



**SU EXCELENCIA**

primera novela  
escrita por

**Mario Moreno**

**CANTINFLAS**

Lectulandia

**Su Excelencia** es una novela de humor donde se cuenta cómo Píndaro López «Lopitos» llega una helada mañana a Pepeslavia, capital de Troleburgo, procedente de la tropical República de Los Cocos, a tomar el cargo de canciller. En ese entonces, las potencias mundiales se alinean en dos bandos: los *colorados* (socialistas) y los *verdes* (capitalistas). Y la suerte del mundo se decidirá mediante una votación tan cerrada, que prácticamente será definida con el voto de ¡Los Cocos! Grigori Popof primer ministro de Pepeslavia, y el embajador verde de Dolaronia planean obtener el voto de Lopitos a través de todos los medios, pero él permanece firme en sus convicciones ante las tentaciones mejor elaboradas. Y de ahí, por casualidades del destino, salta al pleno de la Organización Mundial de Naciones, donde proclama un interesantísimo discurso sobre el papel de los colorados y los verdes.

La historia fue llevada al cine con el mismo nombre y algunas adecuaciones en la víspera de una Navidad y en plena Guerra Fría.

**Lectulandia**

Mario M. Cantinflas

# **Su Excelencia**

ePub r1.0

elagarde 17.10.13

Título original: *Su excelencia*  
Mario M. Cantinflas, 1969  
Diseño de portada: Menhir, S. A:

Editor digital: elagarde  
ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## CAPÍTULO PRIMERO

**E**L silbato de la locomotora rasgó el silencio de la noche <sup>[1]</sup> —con ese aullido agudo y melancólico de los ferrocarriles europeos— y anunció su aproximación a la capital de Pepeslavia.

Los pasajeros del compartimiento número 7 abrieron gradualmente los ojos y bostezaron en diferentes posturas, menos el ocupante de uno de los asientos inmediatos a la ventanilla, que continuó profundamente dormido con la cabeza apoyada en el cristal y las manos entre las piernas encogidas. Su compañero de al lado, un individuo mitad hombre y mitad bigotes, se creyó en la obligación de despertarlo y le dio ligeramente con el codo en las costillas.

—¡Eh, monsieur! —le dijo, haciendo gala de su poliglotismo—. Monsieur... gospodin... signore...

El pasajero de la ventanilla contestó con un ronquido.

—¡Oiga! —insistió el buen samaritano—. ¡Despierte, que ya estamos llegando!...

El dormilón, sin abrir los ojos, chasqueó la lengua y se acurrucó más en el rincón del asiento.

—Déjeme el café en la mesita —balbuceó plácidamente—. Después le doy su propina, joven.

Bigotes miró a los demás pasajeros y se encogió de hombros, como dando a entender que se trataba de un caso perdido. Después estiró los brazos y las piernas, se levantó del asiento y buscó su destartalado equipaje.

—Qué felicidad —comentó con un oficial que se ajustaba la capa—, poder dormir así en un vagón de tercera...

—¡Bah! —Replicó el oficial—. Estos hombres del trópico son capaces de dormir sobre un hormiguero. Sólo se despiertan para hacer revoluciones o para bailar el mambo.

—¿De dónde dijo que era?

—¡Qué sé yo!... De una republiquitita latinoamericana, de ésas que exportan plátanos y están dominadas por el imperialismo yanqui, a través de una serie de generales llenos de medallas.

—De la República de Los Cocos —terció otro pasajero, que se limpiaba unas migajas del chaleco.

Al oír el nombre de su país, el dormilón abrió un ojo, luego el otro, miró a su alrededor y se incorporó lentamente en el asiento.

—¿Los Cocos? —Preguntó después de un gran bostezo—. ¿Quién dice que estamos llegando a Los Cocos?

—Nadie ha dicho eso —sonrió Bigotes—. A donde estamos llegando es a Troleburgo.

—¡Ah, caray! ¿Tan pronto? Si acabamos de pasar la frontera...

—En Europa Central las distancias son cortas —explicó su interlocutor, enfundándose en un abrigo de pieles que despedía un tufillo a ajo y a sudor reconcentrado—. Además, cruzamos la frontera a las seis de la tarde y ya van a dar las once de la noche.

—Como quien dice, venimos retrasados —sonrió burlescamente el latinoamericano.

El oficial le dirigió una mirada hostil:

—Supongo que en su país los trenes nunca se retrasan.

—¡Nunca! Jamás ha llegado tarde un tren en Los Cocos.

—¿Cómo es posible? —preguntó Bigotes.

—Se los manejarán los americanos —comentó el oficial con una mueca de desprecio.

—No, joven. Lo que sucede es que en mi país no hay trenes.

Los pasajeros se miraron una a otro con asombro.

—Ésa es una de las ventajas de ser país subdesarrollado —dijo el hombrecito del trópico volviendo a acurrucarse—. Entre menos se tiene, menos se sufre, como aseguran que aseguró Aristófanes...

Píndaro López trató de volver a conciliar el sueño, pero se lo impidió el revuelo de sus compañeros de compartimiento, al bajar maletas y ponerse los abrigos. Con el dorso de la mano limpió el vaho que empañaba el cristal de la ventanilla y miró hacia afuera. A través de los churretes de hollín contempló el paisaje nevado y las luces macilentas de los primeros arrabales de la ciudad. Taca-ta-tás, taca-ta-tás, taca-ta-tás... repetían monótonamente las ruedas sobre los carriles. Brilló una luz roja y el tintinar de una campana pasó como exhalación. Taca-ta-tás, taca-ta-tás, taca-ta-tás... Después aulló nuevamente el lúgubre silbato de la locomotora.

Dicen que los que se ahogan, en el breve instante de agonía cuando el agua invade sus pulmones, ven transcurrir en cuestión de segundos los acontecimientos más significativos de sus vidas.

Así le ocurrió ahora a Píndaro López. Mirando a través de la opaca ventanilla, le pareció ver el telegrama que lo arrancó de su último puesto, una risueña capital del Medio Oriente: «Para su traslado a Troleburgo, Pepeslavia, se le giran pasajes y viáticos». Como tantos otros telegramas lo habían arrancado de tantos otros sitios: del Japón, de Portugal, de Guatemala, del Líbano, de Suecia, de Falfurrias, Texas... Un papelito amarillo unas veces, azul las otras, lo había lanzado de un extremo a otro del globo. Se le giran pasajes y viáticos... «Ojalá me hubieran girado también un abrigo», pensó para sus adentros. «Aquí debe hacer más frío que en Siberia»...

«Veinte años de Canciller de Quinta», continuó pensando con cierta melancolía, mientras veía caer oblicuamente los copos de nieve. «Aunque me doy de santos que no hay de sexta... ¿El escalafón? Muy bien, gracias. Lo respetamos tanto como a la Constitución, y por eso lo conservamos muy bien guardadito. Nadie lo toca. Embajadores, Ministros y Cónsules Generales de puro dedo. El Servicio Diplomático se ha convertido en una recompensa para los compadres que ayudaron en la última campaña presidencial, o en exilio dorado para aquéllos a quienes se quiere tener alejaditos... ¿Pero a los de carrera? Ya se les giran pasajes y viáticos... y confórmense con poder mantener el alma hilvanada al cuerpo».

El tren aminoró su marcha y Píndaro López volvió a pasar el dorso de la mano por los cristales. Las casuchas de los arrabales quedaron atrás y ahora aparecieron los corralones y patios ferrocarrileros, sumidos en una oscuridad que apenas permitía distinguir las siluetas de los vagones inmóviles sobre las vías. La nieve se convirtió en lodo. Las luces amarillentas de la estación brillaron a lo lejos.

**Pepeslavia**, capital Troleburgo.

Población del país: 1,500,000 habitantes. Enclavado en una espuela de los Cárpatos.

Régimen político: popular socialista.

Raza: eslava, con minorías germánicas, húngaras, croatas, albanesas y turcas, lo cual explica que sea una olla de grillos.

Producción: cereales, cinturones bordados y emigrantes a América.

Bandera nacional: roja con bordes negros y en el centro una

hoz y un cuchillo.

Así decía el almanaque que consultó el canciller López cuando recibió el telegrama.

Un rechinado de ruedas sobre rieles congelados lo sacó de su ensimismamiento. Sus compañeros de viaje, con el equipaje en la mano, se agolpaban en el pasillo del vagón, empujándose unos a otros en el afán de salir y conseguir maletero.

Píndaro López miró por última vez a través de la ventanilla y contempló una multitud abigarrada, envuelta en gruesos gabanes de pieles, con botas de cuero hasta las rodillas, que iba y venía por el andén entre las bocanadas de vapor de la locomotora. Rostros eslavos, casi mongólicos, de facciones duras, con pómulos salientes y cabellos de un rubio desteñido. Las mujeres llevaban la cabeza envuelta en pañoletas y buscaban a su prole con cacareos de gallina clueca; otras miraban ansiosamente hacia las ventanillas del tren, tratando de localizar a algún pariente que llegaba. Los hombres discutían precios con los maleteros, mostrando patéticamente un puñado de monedas de latón en la palma de la mano. Y de dos en dos, siniestros, los guardias pepeslavos caminaban por el andén con el gesto agrio, enfundados en sus gruesos capotes militares, con gorros de Astrakán y el fusil cruzado a la espalda. A su paso, la gente guardaba silencio y se hacía discretamente a un lado.

Píndaro se incorporó lentamente del asiento, se puso la gabardina y recogió su única maleta, pensando en lo agradable que sería el tener a alguien esperándolo en la estación, especialmente si ese alguien tuviese forma femenina. Echando un vistazo alrededor del compartimiento, bajó al andén y se abrió paso entre la multitud indiferente. Al salir a la calle, una bocanada de viento helado lo hizo doblarse de frío. Levantándose el cuello de la gabardina, dejó la maleta en el suelo y esperó resignadamente que viniera un taxi.

Así llegó a Troleburgo Píndaro López, Canciller de Quinta de la Embajada de Los Cocos ante el gobierno de Pepeslavia. Nada, en ese momento, podía hacerle pensar que éste iba a ser el puesto más trascendental de su carrera.

A la mañana siguiente, el canciller López se levantó temprano a

pesar del frío. Arropándose con la colcha y un cobertor, se acercó a la ventana del hotel, frotó los cristales y miró hacia afuera. El cielo estaba plomizo y la calle cubierta de nieve; por ella transitaban apresuradamente grupos de obreros y mujeres envueltas en chales, que al llegar a la esquina se detenían para formar una cola interminable. De vez en cuando pasaban autobuses destartados y la gente de la cola se subía en ellos ordenadamente, con mansedumbre de rebaño. Al cabo de algún tiempo la calle quedó desierta, salvo uno que otro automóvil de modelo muy antiguo, o algún carricoche tirado por un caballo entelerido, que se abrían paso trabajosamente a través de la nieve.

Píndaro se estremeció. Sentía frío en el cuerpo y en el alma. Lo poco que había visto de la ciudad la noche anterior, y ahora en este gris amanecer, le daba una impresión de miseria y melancolía. Por un momento experimentó un deseo irresistible de volver a la estación y de tomar el primer tren que volviese a las soleadas costas del Mediterráneo. Desde ahí podría enviar un telegrama mandando al cuerno al Ministerio. Conseguiría un empleo cualquiera como camarero en un hotel, como escribiente, como guía de turistas... con el dinero que ahorrarse podría volver a su país, donde hacía sol todo el año y la gente era experta en el arte de vivir con un mínimo de esfuerzo. ¡Al diablo los expedientes y los telegramas cifrados! ¡Se acabaron las visas y los refrendos! ¡Al demonio con el ascenso que nunca llegaba! Mentalmente se puso a redactar el telegrama en que presentaría su renuncia, sugiriéndole delicadamente al Director de Personal lo que podría hacer con el escalafón y los traslados...

Sin embargo, la disciplina de veinte años de carrera lo hizo volver a la realidad. Píndaro miró automáticamente su reloj y se dio cuenta de que tendría que apresurarse para llegar a tiempo a la Embajada, máxime que aún no conocía la ciudad y no sabía a punto fijo en donde se encontraban las oficinas. Tiritando de frío se dirigió al cuarto de baño y dejó correr el agua del lavabo, con la esperanza de que saliera un poco tibia. Mirándose al espejo, sonrió al recordar la cantidad de veces que había pensado en renunciar al llegar por primera vez a un puesto. Las impresiones iniciales siempre despertaban en él una rebeldía innata, un deseo latente de ser dueño de su propio destino. Pero después, poco a poco, se iba acostumbrando al nuevo sitio.

En el fondo el canciller López era de temperamento alegre y optimista, y sabía sacarle partido a cualquier situación. Por lo pronto —pensó— era necesario conseguirse una novia: ésa era la mejor forma de aprender el idioma local y, en este condenado lugar, de combatir el frío. Por regla general pronto se hacía de amigos y se llevaba bien con sus jefes y compañeros de trabajo. Inclusive llegaba a hacerse indispensable: «Lopitos, el expediente de comercio exterior... Lopitos, cómo se dice tal cosa en francés... Lopitos, vaya usted a la aduana... Lopitos, prepare una nota... Lopitos, hay que hacer las cuentas de fin de mes... Lopitos, no se le olvide la relación del inventario»... Y Lopitos siempre decía que sí a todo, y cumplía sus obligaciones —y las de los demás— de buen humor y con eficacia. A veces con travesura, pues era amigo de bromas y de desinflar vacas sagradas, pero siempre con diligencia.

Lopitos por acá, Lopitos por allá... Sólo en el Ministerio no se acordaban de Lopitos más que para enviarle periódicamente el telegrama de rigor: «Para su traslado al rabo del mundo, ya se le giran pasajes y viáticos».

El canciller se dio cuenta de que, a menos de producirse un milagro, el agua del grifo no saldría ya más caliente. Y como era un hombre realista, dejó caer la colcha y el cobertor al suelo y empezó a enjabonarse, pensando para sus adentros que era inútil esperar milagros, ya que éstos se encuentran terminantemente prohibidos por la ley en los países de régimen popular socialista...

A las nueve de la mañana en punto, el taxi lo depositó frente a la Embajada de la República de Los Cocos. Era éste un edificio de nobles proporciones, rodeado de un gran jardín cubierto de nieve. Sobre la reja de la entrada aparecía el escudo nacional —una palmera solitaria— y por encima flotaba la bandera, azul, roja y azul, con una estrella blanca de seis puntas. Píndaro pagó al taxista, le dio un cigarro de propina y mentalmente se cuadró ante la bandera. Después se dirigió a la puerta.

Dos guardias pepeslavos, de imponentes bigotes y con pistolón al cinto, salieron de una caseta de madera y le cerraron el paso.

—La documentación —dijo uno de ellos en francés gutural.

—Soy el nuevo canciller de la embajada —explicó Lopitos en el mismo idioma.

—La documentación —repitió el guardia.

Con un gesto de disgusto, Píndaro López sacó su pasaporte y se lo entregó al cancerbero.

—Le repito que soy empleado de la embajada. Vengo a tomar posesión de mi puesto.

El guardia no se dignó contestar y empezó a revisar el documento, hoja por hoja, con lentitud exasperante. Después se lo pasó a su compañero y éste repitió el proceso. Al tratar de pasar una página, se humedeció un dedo.

—¡Cuidado, que me lo despinta! —protestó Lopitos.

Los guardias, sin responder palabra, miraron al canciller con expresión bovina y luego uno de ellos se dirigió a la caseta. Desde ahí llamó por teléfono, sin quitarle la vista de encima al canciller, que tiritaba de frío. El guardia gruñó algo en un idioma ininteligible, esperó la respuesta y colgó el aparato. Salió de la caseta, y siempre sin decir palabra, le devolvió el pasaporte; empujó la reja y le señaló con la mano enguantada un chalet que se encontraba al fondo del jardín, separado del edificio principal.

—Oficinas —dijo el guardia.

—Primera vez que para entrar en una embajada de mi país necesito la bendición de un polizonte —replicó Lopitos mirándolo de arriba a abajo.

El guardia se limitó a encogerse de hombros. El canciller se arrebujó en su gabardina y cruzó por el sendero, haciendo crujir la nieve bajo las delgadas suelas de sus zapatos, más apropiados para las playas mediterráneas que para estos gélidos valles balcánicos. Al llegar a la puerta del chalet, se detuvo un momento para leer un letrero:

## **EMBAJADA DE LA REPÚBLICA DE LOS COCOS CANCILLERÍA**

**HORAS DE OFICINA: LUNES A VIERNES  
DE LAS 10.30 a LAS 10.45 A. M.**

Lopitos consultó su reloj, sonrió y movió la cabeza de un lado a otro. Con un dedo morado por el frío, tocó el timbre insistentemente; al ver que no le abrían, pegó con el borde del zapato sobre la parte inferior de la puerta. Poco después escuchó unos pasos que se acercaban y una voz aguardentosa que decía, con el acento inconfundible de Los Cocos:

—Ya van, hombre, ya van...

El canciller sintió que le volvía el calor al cuerpo. En cualquier parte del mundo hubiera reconocido la voz de su colega y amigo, el Tercer Secretario don Serafín Templado.

## CAPÍTULO SEGUNDO

**D**ON Serafín Templado abrió cautelosamente la puerta y miró por encima de sus anteojos, que por un milagro de equilibrio se sostenían en la punta de la nariz. Al reconocer al canciller, abrió los brazos en cruz y echó la prominente barriga hacia adelante, signo en él de profundo enternecimiento.

—¡Lopitos! ¡Mi querido canciller Lopitos! —Exclamó con su vozarrón de bebedor empedernido—. ¡Cuánto bueno por aquí! ¿Cuándo llegó? ¿De dónde viene? ¿En qué vino? ¿Dónde está hospedado? ¿Por qué no me avisó, hombre?

El canciller entró en la oficina, cerró la puerta y le dio un abrazo al secretario Templado.

—Mi estimado don Sera, todas esas preguntas, y las demás que quiera usted hacerme, se las contestaré en cuanto me vuelva a circular la sangre por el cuerpo. Me estoy muriendo de frío...

—Pásele a lo calentito, no faltaba más. Ahora mismo le voy a dar un excelente remedio para las bajas temperaturas.

El secretario le echó un brazo sobre el hombro y le musitó al oído, como si le confiase un secreto de estado:

—Tengo una botellita de auténtico tequila capaz de volver a la vida a un dinosaurio congelado...

Lopitos miró risueño a su colega. A pesar de los años, don Serafín Templado no había cambiado en lo más mínimo. Bajito de estatura, rechoncho, medio calvo y con una nariz como un tomate, estaba igual que hacía diez o quince años.

—¡Caray, don Sera! ¿No fue lo mismo que me dio usted en Panamá para combatir el calor?

—Lo mismo, lo mismo, mi querido canciller —sonrió Templado con entusiasmo—. Ahí está la excelencia del producto: tan sublime, tan noble, tan generoso, que lo mismo quita el frío en el Polo que el calor en la jungla. Además, tiene la virtud de alegrar el ojo, limpiar el diente y aliviar el vientre...

Lopitos le dio unas palmaditas en la espalda a su colega.

—¡Ah, qué don Sera! Usted el mismo de siempre... Mientras tenga combustible, la vida le viene holgada.

—Exactamente, mi estimable y estimado canciller López. Hay mentecatos que piden el pan nuestro de cada día. Pero ello denota falta de imaginación y de previsión. Yo pido el marguáis de cada

día y de cada noche, siempre de marca diferente, y así ninguna contingencia me agarra desprevenido. Además, dicen que el pan engorda.

El secretario Templado tomó a Lopitos del brazo y lo condujo con paso incierto hacia su despacho. Cruzaron por un salón de amplias proporciones, con sillas y bancas adosadas a las paredes. Al fondo, junto a la entrada a un pasillo, se encontraba un gran escritorio lleno de papeles, sellos y pasaportes. En el muro, una fotografía del Presidente de la República, que miraba benignamente hacia abajo, por encima de su frondoso mostacho.

—Éste es el salón de recibo para el público —explicó el secretario—. Al ratito se llena de gente que solicita visas. Menos mal que por instrucciones del embajador sólo se les atiende quince minutos.

—¡Quince minutos! —Exclamó Lopitos—. ¿Y el resto del tiempo qué hacen?

—Lo de costumbre: quejamos del frío y suspirar por Los Cocos. Lo curioso del caso es que cuando estamos en Los Cocos, nos quejamos del calor y suspiramos por estar en el extranjero.

—¿Tiene mucho personal la embajada?

—¡Qué va! Somos cuatro gatos: el embajador, un consejero muy apretado, el agregado militar, el naval, y el suscrito. Nos estaba haciendo usted mucha falta, sobre todo por la cuestión de las visas y pasaportes, que es lo que quita más tiempo.

—¿Pero no me dice que sólo se atiende al público quince minutos?

El secretario miró al canciller con gesto de reproche:

—Mi querido Lopitos, quince minutos de estar lidiando con estos animales equivalen a quince horas de trabajos forzados...

—¿Y aparte de la cuestión migratoria, hay mucho trabajo?

Don Serafín se encogió de hombros.

—Mucho, mucho, no lo hay. Pero lo inventamos.

Secretario y canciller avanzaron por el pasillo y entraron en un despacho de reducidas dimensiones, que parecía nido de ratas. En un extremo, junto a una ventana que daba al jardín, había un escritorio con una máquina de escribir de modelo muy antiguo, y al frente un archivero de metal, también del año del caldo. Regados por el piso, y sobre una mesa, fajos de expedientes polvorientos ocupaban casi todo el espacio disponible.

—Ésta es mi oficina —dijo el secretario paseando la mirada a su alrededor con orgullo, por encima de sus anteojos—. Como usted ve, es pequeña, pero acogedora. Si me tropiezo con un expediente no corro peligro de descalabrarme, porque caigo encima de otro. Y a falta de diván o de hamaca, duermo la siesta muy sabrosamente sobre este tambache de circulares del Ministerio.

—¿Y el archivero, don Sera? ¿Por qué no guarda usted ahí los expedientes?

El secretario Templado elevó un dedo en el aire y lo movió en sentido negativo.

—Imposible, mi querido canciller. Ahí tengo a la familia.

Don Serafín abrió un cajón del archivero y mostró muy ufano una colección de botellas tintineantes.

—Permítame que le presente a mis hijas: Lupita Tequila, Manolita Valdepeñas, Georgette Cognac, Gretchen Liebefraumlilch, Carla Chianti, Olga Alexandrovna Vodka, Erika Schnapps, Miss Mary Scotch, y la más jovencita, natural de este simpático país: Sonia Slivovitz... ¿A cuál de todas quiere usted darle un beso?

—¡Caray, don Sera! —Rio Lopitos—. ¡Qué familia más internacional tiene usted! Ésta es la ONU de las botellas...

—Yo sólo soy el secretario general, mi querido canciller. Hace treinta años que me acompañan. Con la ventaja de que no se me casan, ni me abandonan, ni me dan disgustos. Cuando una se acaba, otra la sustituye inmediatamente, con un mínimo de gastos. De esta manera nunca me siento solo.

El secretario Templado contempló sus botellas con infinita ternura.

—Además —dijo limpiándose un ojo lacrimoso—, me han enseñado idiomas. Después de un par de farolazos de «stregga», hablo el italiano como el propio Dante. Y nada más de oler a aquella gordita de las cuatro letras, pronuncio más discursos en la lengua de Moliere que ya me valieron las palmas de la Academia Francesa.

Don Serafín cerró cuidadosamente el cajón del archivero y se instaló tras su escritorio.

—Siéntese, Lopitos, siéntese con confianza. Aquellos expedientes de la Conferencia del Desarme son muy cómodos. Ahorita le voy a conectar la calefacción interna.

El secretario abrió un cajón del escritorio y sacó una botella de

coñac y un vasito. Con pulso de temblorín llenó el vaso y se lo ofreció a Lopitos.

—Por el gusto de volver a verlo, mi querido colega...

Lopitos tomó el vaso pero dudó un momento.

—Caray, don Sera, ¿no es muy temprano para empezar el soplido?

Don Serafín miró severamente al canciller por encima de sus anteojos.

—Todo depende de la tasa con la que mida usted el tiempo. Para mí, por ejemplo, ya es muy tarde, pues anoche me quedé dormido en la oficina y todavía no regreso al hotel. Imagínese...

Lopitos oprimió el vaso entre ambas manos.

—Es que tampoco me gustaría presentarme por primera vez ante el embajador oliendo a tanguarniz...

El secretario hizo aspavientos con la mano.

—Sepa usted, pollo, que el señor embajador, don Salustio Menchaca, es un hombre muy comprensivo. Además, cuando baje a su despacho, por ahí de las doce meridiano, él ya traerá cuatro o cinco aguardientes de caña entre pecho y espalda. Y que yo sepa, no es hombre de andar oliendo a su personal subalterno.

Lopitos sonrió, al recordar a tantos otros embajadores de iguales o parecidos hábitos.

—Bueno, pues en ese caso, salucita. ¿Usted no bebe?

—¡Siempre, mientras Dios me preste vida, mi querido canciller! Sólo que yo abrevio el trámite, prescindiendo del prosaico vaso y libando a pico de botella.

El secretario Templado tomó la botella delicadamente por el cuello y se la llevó a la boca. Con gesto de voluptuosa satisfacción bebió un trago capaz de atarantar a un caballo.

—¡Aaah! —Dijo, mirándola al trasluz—. Esto es vitamina en rama, elixir de los dioses, energía solar de 85 grados... ¿Otro traslado al cielo, mi querido coterráneo?

—Hombre, si no voy ni a la mitad, don Sera. Ya sabe que yo bebo muy despacio. Mejor cuénteme cómo le ha ido...

El secretario hizo un gesto de indiferencia y se atizó otro latigazo.

—Igual que siempre, Lopitos, igual que siempre. Para mí ya todos los puestos son iguales. Llevo treinta años en el servicio: he estado en veinte países diferentes... y a la vez iguales. Llegué a

Tercer Secretario y de ahí no paso. Ya todo me da lo mismo.

—Igual que a mí —sonrió Lopitos—. Cada vez que me trasladan pienso en renunciar y en volver a Los Cocos, pero a los ocho días estoy otra vez con los cuernos en el surco. Nada menos hoy en la mañana estuve a punto de tirar el arpa... pero aquí me tiene.

—¡Vive le service diplomatique! —exclamó don Serafín esgrimiendo la botella.

—Cuénteme qué tal es este puesto, don Sera —dijo Lopitos bebiendo un sorbo de coñac. Poco a poco sentía que la sangre volvía a circularle por las venas.

—¡Bah! Igual que todos. Tiene cosas buenas y malas. El clima es endemoniadamente frío, como ya tuvo usted ocasión de comprobar. La gente es amable, simpática, pero viven bajo un régimen de terror y no los dejan alternar con los extranjeros. Por lo que respecta a los colegas del cuerpo diplomático, ya sabe usted: mucha recepción, mucha cena de etiqueta, mucho chismorreo y las mismas tonterías de siempre.

—¿Elemento femenino?

—Bastante potable, pero difícil. No por ellas, sino por las restricciones que les impone el gobierno. Si le sonrío una chica, nunca sabe uno si efectivamente quiere flirtear, o si se trata de un espía, o peor aún, de un agente de la policía secreta disfrazado de Sofía Loren...

—¿Y nuestros estimables compañeros de sudores?

El secretario Templado cerró un ojo y con el otro miró por el cuello de la botella. Bebió otro trago y se limpió los labios con el dorso de la mano.

—El embajador Menchaca es un buen hombre. Bajado del cerro a tamborazos, pero tratable. Por lo menos no se dedica a hacerle a uno la vida pesada. Usted sabe que es político, como casi todos nuestros actuales representantes. Lo mandaron a Pepeslavia no sé si en premio a sus servicios, o para mantenerlo alejado, ya que es un hombre extraordinariamente ambicioso. Él llegó como llegan todos, pensando que iba a ser un personaje y a llevar la batuta en las esferas de la alta política, como la llevó cuando fue alcalde de su pueblo. Excuso decirle a usted que a los ocho días se dio cuenta de que aquí sólo es un monigote. Como no habla idiomas, ni tiene trato social, al poco tiempo se vio en papel de sordomudo y se creó un complejo como un piano. Desde entonces se encerró en su

despacho, para leer los periódicos de Los Cocos —que nos llegan con dos meses de retraso— y para soñar con los importantes puestos políticos que le esperan a su regreso a la república. El trabajo interno de la embajada le importa un soberano pepino, y ha dejado todo en manos del señor consejero.

—¿Qué es...? —inquirió Lopitos.

—El licenciado don Tirso de la Pompa y Pompa, funcionario de carrera, millonario por herencia y emparentado con las siete familias que constituyen la aristocracia de Los Cocos. Habla el francés mejor que el español, y se pone guantes para ir al baño.

—No tengo el gusto de conocerlo personalmente, pero he oído hablar de él.

—Juega al «bridge», naturalmente. Fuma cigarrillos egipcios en boquilla y sólo bebe champaña. Su máxima preocupación es que lo sienten bien a la mesa, en el sitio que corresponde a su rango y categoría. Es soltero, pero se pasa la vida enviando ramos de flores a las señoras: a las señoras de los embajadores y de los ministros, pues para él todas las demás tienen jerarquía social de dependientes de farmacia o telefonistas.

Lopitos volvió a sonreír y a tomar un sorbo de coñac. También este tipo de funcionario diplomático le era muy familiar.

—Después —continuó el secretario Templado— están í los agregados: el militar, mi general don León Balarrasa, y el naval, el almirante don Neptuno Aguado. Los dos son buenas personas. Cada uno de ellos gana más que todos nosotros juntos; sufren mucho por el frío y se dedican exclusivamente a lo suyo.

—¿A observar las maniobras militares y navales de Pepeslavia para informar oportunamente al ilustrado gobierno de Los Cocos? —preguntó Lopitos con sorna.

El secretario rio con gran estremecimiento de su exuberante barriga.

—Difícilmente, mi querido canciller. Aquí no hay más maniobras militares que los desfiles para conmemorar la «liberación» que les trajeron los tovariches. Y por lo que respecta a las actividades navales, me permito recordarle que Pepeslavia no tiene costas y que está a más de mil kilómetros del Mediterráneo y a otros tantos del Báltico. La única marina es un bar que se llama así, donde sirven camarones de botana.

—Entonces, ¿cómo dice usted que los dos agregados se dedican

exclusivamente a lo suyo?

Don Serafín volvió a empujarse la botella y después se sonó la nariz estrepitosamente.

—Quiero decir que mi general juega a los soldaditos, y el almirante ya tiene más de treinta barquitos de plástico en la bañera...

El secretario sonrió beatíficamente.

—¡Ah, y me olvidaba de Lolita!

—¿Quién es Lolita? —preguntó el canciller.

—La secretaria particular del embajador. Una chica muy guapa; una verdadera belleza del trópico. Y muy simpática.

—Estará muy solicitada en esta tierra de güeras desteñidas.

—¡Ya lo creo! Pero es una muchacha muy seria.

El secretario le alargó la botella a Lopitos.

—Ya los conocerá usted a todos, mi querido amigo. Mientras tanto, beba, que la vida es corta...

—Gracias, don Sera. Ya es suficiente. No quiero llegar a gatas al despacho del señor embajador.

Don Serafín Templado se encogió de hombros, bebió otro trago y por encima de sus anteojos miró al canciller Lopitos entre burlona y melancólicamente. Después, poco a poco, se quedó dormido sobre un expediente.

## CAPÍTULO TERCERO

**P**ASÓ el invierno y vino la primavera y llegó el verano. Los días se sucedieron monótonamente, uno tras otro, sin más cambio que la longitud de los mismos. En invierno amanecía a las diez de la mañana, y a las cuatro de la tarde ya era noche cerrada. En verano, en cambio, a las once de la noche aún había luz crepuscular y a las cuatro de la mañana ya era de día.

Lopitos se entregó de lleno a su trabajo. Tal y como se lo había pronosticado don Serafín Templado, hizo buenas migas con el embajador Menchaca, más no así con el consejero De la Pompa y Pompa, quien desde un principio lo trató con altanería y poco a poco le fue cargando la mano con las labores de la oficina. El canciller ocupó el escritorio en el salón de recibo y tuvo a su cargo atender al público, que acudía en gran número con la esperanza de obtener una visa para emigrar a Los Cocos. Los trámites, sin embargo, eran lentos y complicados, y había personas que llevaban años de estar en espera de obtener el permiso necesario para viajar a cualquier sitio del continente americano, con la intención de saltar después a los Estados Unidos, meca de todos los ilusos.

Lopitos, además, llevaba la contabilidad y los inventarios de la embajada, recibía y despachaba la correspondencia de rutina, iba al aeropuerto a recoger la valija diplomática, llevaba a los niños del embajador a la escuela, le curaba las “crudas” a don Serafín, toreaba a la multitud de pedigüños que acudían en busca de ayuda económica para toda clase de obras de beneficencia, e iba a comprar soldaditos y barquitos de plástico para los agregados. Como en todos sus puestos anteriores, pronto se hizo indispensable, y dada la eficacia y el buen modo con que cumplía todo lo que se le encomendaba, a los pocos meses era él quien prácticamente desempeñaba todo el trabajo de la oficina. El consejero dirigía y el embajador firmaba. El secretario Templado bebía y de vez en cuando añadía un capítulo más a un larguísimo informe político-económico-social que había iniciado tres años atrás y no tenía para cuando acabar. Los agregados se pasaban la vida encerrados en sus respectivos despachos, planeando descomunales maniobras y batallas por mar y tierra.

Lopitos había llegado a los cuarenta años de edad relativamente inmune a las acechanzas de Cupido. Novias y aventuras no le

habían faltado en los diversos países donde estuvo comisionado, pero hasta su llegada a Pepeslavia puede decirse que nunca se había enamorado de verdad. Ahora, en cambio, estaba que se subía por las paredes a causa de Lolita, la secretaria particular del embajador MENCHACA, una morena de grandes ojos negros y cuerpo escultural, que llevaba un par de años en Troleburgo. Lolita, además de guapa, era una chica extraordinariamente bondadosa y simpática. Ella también le cobró cariño al canciller, si bien procuraba disimularlo para evitar las murmuraciones tan frecuentes en una embajada pequeña donde conviven hombres y mujeres alejados de la patria. Lopitos enamoraba a la chica, aunque con pocas esperanzas, ya que su cargo de canciller de quinta difícilmente le hubiera permitido echarse encima los compromisos inherentes al matrimonio. Se limitaba a conversar con ella en horas de oficina, a llevarla al cine o a cenar de vez en cuando y a coquetearle descaradamente en frente del consejero, a sabiendas de que esto ponía de un humor negro al estirado señor De la Pompa y Pompa, ya que él también le tenía echado el ojo a la muchacha, si bien con otras intenciones.

Aquella mañana de principios de otoño, cuando Lopitos llegó a la cancillería, el salón de recibo ya estaba atiborrado de público: hombres y mujeres, niños, jóvenes y ancianos, todos ellos sentados en bancas y sillas a lo largo de las paredes con aire de resignación o aburrimiento. Los más cercanos a la puerta de entrada eran los más jóvenes, y la edad de los demás iba aumentando progresivamente conforme se aproximaban al escritorio del fondo, con el resultado de que el más inmediato a éste era un viejecito de barba blanca que se apoyaba en un báculo y tenía sobre las piernas una gran bolsa de cuero, como las que usan los carteros.

El reloj de la pared señalaba las diez y cuarto de la mañana. Uno de los recién llegados, que aún no conocía la rutina de la oficina, se revolvió impacientemente en el asiento y le preguntó a su vecino de al lado:

—Oiga usted, yo tengo muchas cosas que hacer. ¿Qué aquí no trabajan en la tarde?

—No, señor —suspiró el otro—. En la tarde no vienen. En la mañana es cuando no trabajan...

El joven iba a replicar, cuando se abrió la puerta lateral y por

ella apareció muy sonriente el canciller Lopitos con un portafolio bajo el brazo. Vestía traje de calle común y corriente, que a todas luces le quedaba corto; especialmente la manga izquierda del saco, que a cada momento se le subía hasta medio brazo. Al entrar el canciller, todo el público se puso respetuosamente de pie.

—Good morning, good morning —saludó Lopitos a izquierda y derecha mientras cruzaba el salón—. Bon jour, guten morgen, buon giorno, buenos días, jóvenes...

Al llegar a su escritorio miró el reloj de pared: las diez y veinte. Tomó un montón de cartas y telegramas y los contempló al trasluz. Después se tiró de la manga del saco y le hizo seña al público de que se sentara:

—Sentaditos, mis tovariches. Asseyez vous. Sadiches, sadiches. Todavía faltan unos minutos para abrir el changarro, no sean ansiosos.

Lopitos se instaló cómodamente tras su escritorio y con toda calma sacó de su portafolio un «termos» y un sándwich envuelto en una servilleta. Se sirvió una taza de café, echó el asiento para atrás y desplegó su periódico por encima de sellos y papeles. Con toda parsimonia se puso a leerlo, bebiendo el café a pequeños sorbos e ignorando al público olímpicamente. Tan ensimismado quedó en la lectura, que en vez de darle un bocado al sándwich se lo dio al manojito de telegramas.

Al sonar las diez y media, Lopitos dobló su periódico, guardó el «termos» y adoptó una actitud muy oficial. Dándose un tirón a la manga de la chaqueta, que ya le iba por el codo, se dirigió al viejecito de la barba blanca:

—A ver, don Milos Popovich. ¿Ya tiene usted todos sus documentos en orden?

—Creo que ahora sí, señor.

—¡Vaya, hombre, ya era tiempo! —sonrió Lopitos—. Ya hace como treinta años que está usted tramitando su visa.

—Treinta y cinco, señor —suspiró don Milos elevando los ojos al cielo—. Sólo que cada vez que vengo me piden un papel diferente y nunca puedo emparejarme con las nuevas disposiciones.

—Bueno, bueno... Vamos a ver si ahora sí ya tiene usted todo completo, para que le de su visa y pueda alcanzar el avión de las doce. ¿Su pasaporte?

El anciano buscó en su bolsa de cuero y sacó el documento.

—Aquí está, señor.

—¿Todavía está válido? —preguntó Lopitos examinando detenidamente sus páginas.

—Lo tengo refrendado hasta el fin del siglo, por si las dudas.

—Muy bien. ¿Certificados de vacuna?

El viejecito sacó una serie de sobres y se los entregó al canciller, quien los fue leyendo uno a uno.

—Ajá. Contra la viruela. El sarampión. Fiebre amarilla. Cólera morbus. Tifo. Tifoidea. Vómito negro. Vómito blanco. Paludismo. Ictericia. Agruras. Rabia... Muy bien, don Milos.

—También traje uno contra la roña.

—No hace falta —sonrió Lopitos—. Ésa se quita ahora con jabón y lejía.

El anciano guardó el certificado y miró con ansiedad al empleado.

—Bueno, don Milos, ahora sí parece que ya está todo en orden. A ver, su cartilla militar.

El viejo le entregó un pergamino apolillado, con un sello de lacre y un listón desteñado. Lopitos lo examinó con interés.

—¡Ah, caray! ¡Está firmada por Napoleón Bonaparte!

—Sí, señor —repuso don Milos modestamente—. Fui tambor de la vieja guardia...

—Y todavía sin ningún parche, ¿eh?

—Gracias a Dios, señor.

—Muy bien. ¿Su certificado de matrimonio, o de alegre viudez?

—Nunca me casé, señor.

—Con razón llegó usted a viejo —observó Lopitos sentenciosamente—. ¿Cuántos años tiene?

—¡Huy! Ya perdí la cuenta... Tengo muchas horas de vuelo.

—Bueno, pero no pasará de los setenta, ¿verdad?

Don Milos sonrió, mostrando las encías desdentadas.

—¡Hummm! Como con diez kilómetros de ventaja...

Lopitos frunció las cejas y buscó entre unos papeles sobre el escritorio. Tomó una circular y la leyó detenidamente.

—Ah, ¡qué caray, don Milos! Eso sí que está grave. Fíjese que ayer precisamente recibimos del Ministerio la circular número 283497, expediente PPW (20:23)/6438, que a la letra dice:

Lopitos leyó la circular ahuecando la voz, para darle más tono oficial:

—«Sírvese tomar nota de que a partir del día de la fecha, se exigirá a todos los extranjeros mayores de 70 años que pretendan internarse en el país, COPIA CERTIFICADA DE SU ACTA DE DEFUNCION, para evitar que fallezcan en territorio de la República y después el Estado tenga que cargar con los gastos de entierro. Reitero a usted, etc., etc».

El canciller dejó la circular sobre el escritorio y miró fijamente al anciano.

—¿Tiene usted su Acta de Defunción, don Milos? —le preguntó gravemente.

—No, señor —suspiró el viejecito—. Es la única que me falta...

—Pues entonces váyase como de rayo y tráigame una carta, debidamente certificada ante notario público, en la que se compromete a no morir en mi país. Así queda todo arreglado y le doy su visa de inmediato.

Con gesto de infinita resignación el viejo recogió sus papeles, los metió en la bolsa de cuero y le hizo una inclinación de cabeza a Lopitos.

—A ver si puedo traérsela a usted mañana, señor.

—Ándele, don Milos. Nomás no vaya usted a morir en el camino...

El viejecito cruzó el salón lentamente, apoyándose en su báculo. Lopitos lo siguió con la mirada, no exenta de compasión. Después sacudió la cabeza, pensando que si de él dependiera, aboliría todos los absurdos trámites burocráticos. Pero ni remedio: la ley era la ley, y él estaba ahí para cumplirla.

En el momento en que se disponía a llamar al siguiente solicitante, entró Lolita y se acercó muy sonriente al escritorio. Vestía una falda entallada y un sweater que daba realce a sus formas exuberantes. Lopitos se puso de pie como impulsado por un resorte.

—Buenos días, Lopitos —sonrió la chica coquetonamente.

—Lolita, muy buenos días. No le pregunto cómo amaneció, porque ya lo estoy viendo.

—¿Cómo, Lopitos?

—Guapa con «GU» mayúscula... Caray, Lolita, lo que es que si lo bonito doliera, usted no ganaría dinero para aspirinas...

Lolita volvió a sonreír, halagada por el piropo.

—Gracias, Lopitos. Usted siempre tan gentil. De parte del embajador, que si han llegado telegramas.

El canciller buscó apresuradamente entre los papeles encima del escritorio y le entregó a la chica el fajo de telegramas que había mordisqueado cuando estaba desayunando. Lolita los miró con extrañeza.

—¿Y esto qué es? ¿Por qué están roídos los telegramas?

—Es que hay ratones —replicó el canciller con disimulo—. O a lo mejor fue la censura. Ya sabe usted cómo las gastan los tovariches...

Lolita rio y guardó los telegramas en una carpeta.

—Dice el embajador que cuando se desocupe, haga usted favor de ir a su despacho.

Lopitos hizo una reverencia versallesca.

—Dígale a Su Excelencia que quedo enterado con satisfacción, y que aprovecho la oportunidad para reiterarle las seguridades de mi más atenta y distinguida consideración...

La secretaria le guiñó un ojo y se dirigió al pasillo que comunicaba con las oficinas interiores. Lopitos la siguió ávidamente con la mirada y después volvió a sentarse muy serio.

—Next... —le dijo al solicitante más inmediato.

Éste era un hombre viejo también, aunque no tanto como el anterior. Se levantó de un salto de su asiento, y se acercó al escritorio haciendo reverencias.

—A ver, joven —dijo el canciller—, usted es el que quiere ir en tránsito, ¿no?

—Sí, señor consulado —contestó el hombre vehementemente—. Sólo quiero permanecer veinticuatro horas en Los Cocos, de paso a Mangonia, a donde voy como emigrante.

Pues va a ser medio difícil, jovenazo, porque ya sabe usted que tenemos muy restringido el paso de extranjeros por la República. Dicen que nomás quieren hacer escala para cambiar de avión, y al día siguiente ya andan vendiendo corbatas en la calle.

—Yo no vendo corbatas, señor. Vendo alfombras, —explicó el solicitante, con los ojos saltándosele de las órbitas.

—¡Uf, pues peor tantito! Les va a hacer competencia a nuestros petates ...

—Pero si yo no voy a venderlas a Los Cocos, sino a Mangonia. Le juro por mis barbas que sólo quiero ir de paso, señor consulado.

¡Sólo veinticuatro horas, sultán de los pasaportes!

—Bueno, bueno, sin lambisconear. A ver, ¿tiene su pasaporte y su boleto de avión con destino a la hermana república?

—Sí, señor —repuso el solicitante sacando apresuradamente unos sobres del bolsillo—. Aquí los tiene su emergencia...

—Excelencia, joven, excelencia. Aunque yo todavía no merezco ese tratamiento.

—Usted merece una estatua, con toldo de lona para protegerlo de la intemperie, faraón de los visados...

—Ya le dije que no me gustan los barberos —replicó Lopitos con severidad—. A ver, cáigase con dos docenas de fotografías de frente.

El hombre de los ojos saltones le entregó las fotos.

—Y dos docenas de perfil —añadió el canciller.

El solicitante entregó otro sobrecito.

—Y, ahora, dos docenas de fotografías de espalda.

El hombre hizo un gesto de asombro.

—¿De espalda, señor consulado? ¿Y esas para qué sirven?

—Para identificar las huellas digitales del espinazo.

—¡Ay, señor! —Gimoteó el solicitante con lágrimas en los ojos—. ¡Se me hace que ésas no las tengo!

—Pues entonces vaya a sacárselas antes de que oscurezca, no sea que después nomás salga en negativo.

—Pero señor ministro —suplicó el de las alfombras.

En estos momentos el reloj de pared dio once campanadas. Lopitos saltó de su asiento y se dirigió al público:

—¡Las once, jóvenes! ¡Se acabó lo que se daba! Qué barbaridad, ya nos pasamos quince minutos del cuarto de hora de oficina... Pero yo tengo la culpa por andar de acomedido. ¡A volar todos, que me necesita el embajador!

En medio de gemidos y protestas, los solicitantes se incorporaron de sus asientos y se dirigieron a la puerta. El canciller los fue empujando gentilmente.

—¡Vámonos, tovariches, vámonos! Mañana será otro día...

Una vez que salieron todos, Lopitos cerró la puerta y exhaló un suspiro.

—¡Ay, Señor, Señor! ¡Y todo este trajín por sólo 185 móndrigós dólares mensuales, sin contar lo que le quitan a uno de Pensiones y de impuesto sobre la renta! Decididamente la diplomacia no es

negocio... ¡Ni mi sándwich pude acabarme!

Lopitos se dio un tirón a la manga y volvió a su escritorio. Nuevamente sacó el «termos» y un pedazo de sándwich; desplegó el periódico y se sentó a leerlo con toda calma, olvidándose que el señor embajador lo necesitaba para un encargo urgente y de gran importancia.

## CAPÍTULO CUARTO

**H**ACÍA algunas semanas que el señor embajador don Salustio Menchaca estaba nervioso e intranquilo. Por una parte, noticias procedentes de Los Cocos le daban a entender que se estaba cocinando algo importante en el caldero político de la república, y a él le dolía en el alma no estar presente para meter la cuchara. Por otra, se avecinaba la celebración de una gran conferencia internacional en Troleburgo, y el gobierno de Los Cocos le había pedido que informase ampliamente sobre la situación del momento, así como sobre las corrientes políticas en juego y la postura del gobierno pepeslavo, temas todos ellos que estaban bastante más allá de su comprensión y entendimiento. Y para don Salustio, que conocía a fondo el tejemaneje y las intrigas de la política de campanario de Los Cocos, resultaba penoso el no poder captar las sutilezas de la enmarañada situación internacional, a la vez que le humillaba el tener que recurrir a sus subalternos para que lo ilustrasen.

Aquella mañana decidió aprovechar la circunstancia de que el consejero De la Pompa y Pompa se encontraba celebrando acuerdo con él en su despacho, para mencionar una carta que había recibido de Los Cocos y de ahí pasar sutilmente a la cuestión de la conferencia, de tal manera que pareciese un simple intercambio de opiniones y no una solicitud de que el consejero le explicara el ABC de la situación política.

Don Tirso de la Pompa y Pompa, como de costumbre, estaba impecablemente vestido, fumando un cigarrillo egipcio en una boquilla de marfil muy larga. El embajador, que en su tierra fumaba cigarritos de hoja, sentía ligeros mareos al percibir el perfume, tanto del tabaco como de la colonia que despedía el consejero. Sin embargo, no se atrevía a decirle nada, por temor a las respuestas sutiles y sarcásticas con que éste —muy diplomáticamente— acostumbraba «ponerlo en su lugar». Don Salustio Menchaca detestaba cordialmente a su subalterno, pero a la vez reconocía que le era indispensable para el buen funcionamiento de la embajada. Como zorro viejo y marrullero que era, se tragaba sus reconcomios y fingía cordialidad hacia el consejero, mientras se prometía mentalmente encontrarlo alguna vez en Los Cocos para bañarlo en alquitrán y emplumarlo, después

de haberle dado una buena entrada de latigazos. De la Pompa y Pompa, que tampoco era tonto, sabía perfectamente cuáles eran los sentimientos de su embajador, y si bien en su fuero interno lo despreciaba olímpicamente por ignorante y palurdo, procuraba avenirse con él hasta donde era posible, a sabiendas de que don Salustio aún tenía influencia política en la república y que, de proponérselo, podría causarle algún trastorno en su carrera.

Ambos personajes, por lo tanto, se sonreían uno al otro y se trataban con exagerada cortesía, para disimular la repugnancia y el mutuo resentimiento que se causaban.

El embajador terminó de leer una carta muy larga, escrita en papel rayado y con tinta morada, a la cual acompañaba un recorte de periódico.

—¡Ah, qué mi compadre Celerino! —dijo sonriendo al consejero, que se examinaba las uñas impecablemente manicuradas—. Por fin se le hizo que le dieran un Ministerio... aunque a la mejor no le dura mucho, pues parece que la situación está que arde allá en Los Cocos. ¡Ay, licenciado, qué ganas de estar en nuestra tierra!

El consejero se limitó a sonreír y a darle un chupetoncito a su boquilla, pensando para sus adentros que, para él, «su tierra» era muy diferente a la de don Salustio, a pesar de ser el mismo país.

—Hay alboroto político, que es lo que a mí me gusta —prosiguió el embajador, levantándose de su asiento y dando unos pasos por el bien alfombrado despacho—. Se acercan las elecciones y todo el mundo está parapetándose. Yo creo que al Presidente se lo suenan, para impedir que imponga a su candidato. Y si tal cosa sucede, ya verá usted nomás que arrebatenga ...

El embajador miró con desdén su propia chaqueta negra, su chaleco con ribete de seda blanca y su pantalón a rayas, que si bien de excelente calidad, le daban aspecto de camarero en espera de propina.

—¡Y yo aquí, a cinco mil kilómetros de distancia, maldita sea, vestido de novio y aprendiendo a besarle la mano a las señoras!

Don Salustio hizo ademán de inclinarse para besar una mano imaginaria. El consejero no pudo reprimir una sonrisa.

—Y tomando clases de inglés y de francés como cualquier escolapio —continuó el embajador—, para poder decir «sénkiu very moch» y «mercí, mesié» a un montón de mequetrefes almidonados

y de viejas apretadas que de cualquier manera ni me entienden ni los entiendo...

El consejero hizo una mueca elegante y apagó la colilla de su cigarro en un cenicero.

—C'est la vie, mi querido don Salustio. Usted, rabiando por dejar de ser embajador, y yo, en cambio, esperando pacientemente llegar a serlo, para culminar mi larga y sacrificada carrera diplomática. Así de cruel es el destino. Si bien decididamente cada quién debería estar dedicado a su «métier»...

—¿A su qué? —preguntó el embajador alzando una ceja y mirando a De la Pompa y Pompa con recelo.

—A lo suyo, a lo que le gusta, a aquello para lo cual se está mejor dotado y preparado —sonrió el consejero—. Usted, por ejemplo, no dudo que haría un brillantísimo papel como líder de la mayoría en la Cámara, como Ministro de Estado... inclusive como Presidente de la República. Sinceramente creo que se están desperdiciando sus altas dotes de político en un puestecillo como éste que, como usted dice, sólo le aburre y le causa mortificaciones.

El embajador sonrió halagado, a pesar de que sabía la malevolencia que se ocultaba tras las lisonjas del consejero.

—De eso puede usted estar seguro, licenciado. Yo podría servir mejor a mi país desde la silla vaquera de la presidencia, que desde esta butaca de luneta, aunque esté forrada de sedas y terciopelos...

—Más bien creo que está forrada de cuero de Rusia —observó mordazmente De la Pompa y Pompa.

—Es nomás un decir —replicó don Salustio—. Pero créame que con mucho gusto la cambiaría con usted para que no se le arrugasen los pantalones. Si algún día llego a la Presidencia, lo nombro embajador como de rayo. Tiene usted razón: como dice el dicho, zapatero a tus huaraches.

El consejero inclinó ceremoniosamente la cabeza. Don Salustio Menchaca se dirigió a un falso librero, lo abrió y sacó una botella.

—Tengo que dejar la cantina bajo llave, porque si no, el señor secretario Templado se chupa todas mis botellas en un abrir y cerrar de ojos. ¡Ah, qué hombre! Tal parece que tiene radar para encontrar el combustible... ¿Quiere un aguardiente de caña, licenciado?

El consejero sonrió con un lado de la boca.

—No, muchas gracias, embajador. Ya sabe usted que yo sólo bebo «champagne»...

Don Salustio se encogió de hombros y se sirvió un copazo.

—¡Huy, pues usted sí que es de a tiro protocolario! Yo sí me voy a echar mi raspabuche. Por cierto que ya se Me está acabando, pero creo que ya llegó el nuevo pedido.

—A ver si Lopitos va a sacarlo de la aduana.

El embajador elevó su vaso.

—¡Salucita, señor licenciado! Porque llegue usted pronto a ser embajador, y yo a dejar de serlo...

De la Pompa y Pompa inclinó nuevamente la cabeza y el embajador se bebió el aguardiente de un trago.

—¡Aaah! —Exclamó don Salustio, resoplando y chasqueando la lengua—. Esto sí que es bueno, y no esos mentados «martínez» que le sirven a uno en las recepciones.

—Martinis —corrigió secamente el consejero.

—Pues a mí me saben a puro Martínez. Así se llamaba un cantinero de mi pueblo, que revolvía el chinguirito y el jarabe con un dedo...

El consejero sacó su pitillera de oro, tomó un cigarro y lo colocó delicadamente en la boquilla de marfil. El embajador le ofreció fuego con su encendedor y se sentó en el borde del escritorio, con una segunda copa en la mano.

Muchas gracias, embajador.

—Las que le adornan, señor licenciado.

Don Salustio bebió un sorbito y se quedó mirando fijamente al consejero, que echaba bocanadas de humo aromático.

—Hoy nos llegó otro telegrama del Ministerio —dijo el embajador aparentando indiferencia—, pidiendo que informemos sobre los preparativos para la dichosa conferencia. Yo ya tengo bien redondeado mi criterio, como es natural, pero de cualquier manera me gustaría conocer su opinión sobre la situación internacional, licenciado. ¿Cómo ve usted todo este relajo? Quiero, decir, desde su punto de vista diplomático.

De la Pompa y Pompa sonrió irónicamente, sabiendo que el embajador no tenía ni la menor idea de lo que estaba ocurriendo, y que ésta era una manera astuta de pedir que lo iluminara sin admitir su ignorancia. Poniéndose de pie, el consejero se acercó al escritorio, abrió una caja de plata y sacó un puñado de cigarros.

—Es muy sencillo, embajador. Mire usted: el mundo está dividido actualmente en tres facciones políticas...

El licenciado formó tres montoncitos con los cigarros, y los colocó sobre el escritorio.

—Los países «verdes», los «colorados»... y los «de dulce».

—Como los tamales —sonrió el embajador.

—Exactamente. Los países «colorados» —prosiguió don Tirso, señalando el montoncito de la izquierda—, son las potencias socialistas, o que dicen practicar el socialismo. Se distinguen por sus regímenes autoritarios, sus procedimientos despóticos y por sus sistemas económicos sui generis.

—No me eche latines, que no estamos en misa —protestó el embajador.

—Usted perdone. Quiero decir que los países «colorados» siguen un sistema económico y social muy particular, dirigidos por un pequeño grupo que suele afianzarse en el poder y que emplea procedimientos dictatoriales.

—Hasta que los tumban a la brava...

—Más bien hasta que se eliminan unos a otros, entre ellos mismos. Es lo que se le llaman «purgas». El tumbarlos es difícil, pues casi siempre están muy bien... «amarrados», como diría usted.

—Así me gusta —dijo don Salustio con visible satisfacción.

El consejero señaló el montoncito de la derecha.

—Luego tenemos el grupo de los países «verdes», o sean las potencias también llamadas «capitalistas». Éstas se caracterizan por sus sistemas políticos más o menos democráticos, por su renovación periódica de gobiernos mediante el sistema de elecciones... y sobre todo por su enorme poderío económico.

—Como quien dice, son los de la «lana» —completó el embajador cerrando un ojo.

—Sí, señor. Aunque no crea usted que los «colorados» están en la calle. Ellos también disponen de capitales fabulosos.

—Nomás que lo disimulan...

El consejero ignoró el comentario, y señaló el montón de cigarros que quedó en el centro.

—Por último —continuó De la Pompa y Pompa—, tenemos el grupo muy numeroso de los países «de dulce», integrados por naciones económica y políticamente débiles. Estos países se ven

obligados a girar alrededor de los «verdes» o de los «colorados».

El consejero tomó el puñado de en medio y colocó artísticamente unos cigarros alrededor del montón de la izquierda y otros alrededor de la derecha. Dejó unos cuantos en el centro y los señaló con el índice:

—Algunos de estos países «de dulce» tratan de no dejarse llevar por las influencias de ninguno de los dos grupos, y de seguir una trayectoria que quiere ser independiente. Éstos son los que se autodenominan «países no alineados»... Lo cual no impide que reciban ayuda y acepten empréstitos tanto de los «verdes» como de los «colorados».

—Mire nomás qué listos —observó el embajador.

—Ahora bien —prosiguió el consejero—, dentro de un mes va a celebrarse aquí en Troleburgo una gran Conferencia Internacional, en la que estarán representados todos los países de la Tierra. En la conferencia se tratarán temas sumamente importantes, que pueden decidir el destino de la Humanidad.

—¡Ah, caray!

—Como es natural, tantos los «verdes» como los «colorados» desde ahora están tratando de atraerse a los países «de dulce», para ganarse sus votos en la conferencia.

—Con razón andan coqueteando con nosotros, siendo que antes no nos echaban ni un lazo...

—Precisamente. Como los países «de dulce» formamos la inmensa mayoría, nuestros votos pueden inclinar la balanza a un lado... o a otro. ¿Está clara la cosa?

—¡Más clara que la leche de mi tierra! —sonrió don Salustio.

Acto seguido tomó los cigarros que quedaron en medio y los que el consejero había colocado alrededor de los otros dos montones. Con el puñado de pitillos en la mano, el embajador los puso alternativamente junto a uno y otro montón.

—Es decir —dijo animadamente, al haber captado mediante las infantiles explicaciones del consejero los intrínquilis de la alta política internacional—, que si los chiquitos nos unimos y nos vamos a la cargada con éstos, hacemos que ganen los «verdes» por mayoría de votos... Pero si nos vamos con estos otros, hacemos que ganen los «colorados» por no-cau [5], ¿o no?

—Exactamente, embajador —sonrió sarcásticamente De la Pompa y Pompa—. Veo que tiene usted una facultad de

entendimiento prodigiosa.

—Es gracia que Dios me ha dado —replicó don Salustio bajando modestamente la vista.

Por un momento se quedó mirando muy pensativo los montones de cigarros. Después se volvió hacia el consejero y se pegó una palmada en la frente.

—¡Hombre! —exclamó, como si se le hubiera ocurrido una idea extraordinaria.

—¿Qué, embajador? ¿Vislumbra usted alguna maniobra, que nos coloque en situación ventajosa?

—No, licenciado, no. ¡Se me había olvidado que el canciller Lopitos tiene que ir al colegio!

—Buena falta le hace —replicó el consejero con una mueca de desprecio.

—Pero no para que lo desasnen, licenciado.

—Eso sería punto menos que imposible...

—Tiene que ir al colegio a recoger a mis hijos, hombre. Ya van a dar las doce.

El consejero suspiró y elevó los ojos al cielo. Don Salustio Menchaca guardó su botella de aguardiente de caña, cerró cuidadosamente el falso librero y tocó un timbre con ese gesto de imperio y autoridad de quienes están acostumbrados a que se les obedezca de inmediato. Por algo era embajador, qué caramba...

## CAPÍTULO QUINTO

**PÍNDARO** López se había quedado profundamente dormido tras de su escritorio, con el periódico en la mano. Al oír el timbrazo del embajador, Lolita salió rápidamente de su oficina y se dirigió al salón de recibo. El canciller roncaba cómo un bendito.

—¡Lopitos! ¡Lopitos! —Lo sacudió la muchacha—. ¡Despiértese, hombre!

Lopitos abrió un ojo lentamente, luego el otro, y al ver a la guapa secretaria se levantó de un salto.

—Perdone, Lolita —dijo, estirando los brazos—. Es que estaba haciendo mis ejercicios de yoga...

—¡Qué yoga ni qué cuernos! ¿No le dije que el embajador quería verlo? Luego me echa a mí la culpa porque cree que se me olvidó despertarlo.

—En estos momentos iba yo para allá...

—Pues apúrese, que ya van a dar las doce.

Lopitos recogió apresuradamente unos papeles de encima de su escritorio y se dirigió al despacho del embajador, en compañía de la secretaria. Tocó la puerta, y al oír el ronco ¡adelante!, de su jefe, la abrió y le cedió el paso ceremoniosamente a la muchacha. Con sus andares de torero se acercó a la mesa de trabajo y le hizo una reverencia a don Salustio. Después le hizo media reverencia al licenciado De la Pompa y Pompa.

—Señor embajador... señor consejero... —dijo, entre respetuoso y burlón.

—¡Hombre, Lopitos! —Gruñó Menchaca—. ¿No ha ido todavía por los niños al colegio?

—Oritita iba a salir, mi emba... Nomás estaba yo acabando de leer un discurso del Ministro de Relaciones de Pepeslavia, para luego prepararle a usted un informe, de ésos que después le valen una felicitación por cable...

—No pierda el tiempo en tonterías, Lopitos —replicó el embajador—. Yo me basto solo para preparar mis informes, y si me felicitan, es por mi propio mérito... Ándele, váyase volado, porque también quiero que pase por la aduana para recoger los comestibles y bebestibles de la cena que doy pasado mañana.

—¡Ah, caray! —Exclamó el canciller, frotándose las manos—. ¿Qué va a haber sancocho?

El embajador lo miró de arriba a abajo.

—Eso a usted no le importa. Ándele, váyase con el secretario Templado para que recoja también la valija diplomática en el aeropuerto y firme los papeles. Nada más que...

El embajador se llevó un dedo al ojo derecho:

—¡Ojo de chícharo, Lopitos! No vaya a dejar que meta las manos en las botellas...

—No, mi emba. Si don Serafín ni las manos mete. Nomás se las chupa por succión, desde lejecitos.

El consejero, que no había cesado de mirar a Lopitos con expresión de disgusto, le dijo en el momento en que se retiraba:

—Y arréglese esa manga... ¿No le da vergüenza andar así?

El canciller se volvió hacia De la Pompa y Pompa y se dio un tremendo tirón a la manga de la chaqueta, con el resultado de que se le desprendió por el hombro y se le quedó en la mano.

—Ora sí que la amolamos... ¿Ya ve por sus consejitos, mi consejero? Ahora voy a andar de saco-bikini, y con el frío que está haciendo...

Lopitos se acercó al licenciado y le palpó la solapa del saco.

—A ver, mi conse, présteme un alfiler...

El consejero, muy indignado, se lo quitó de encima de un manotazo.

—¡Quítese de aquí, insolente!

—El insolente es usted, joven, que ni a alfileres llega.

El embajador disimuló una sonrisa y se dirigió a un perchero. Descolgó un grueso abrigo de pieles y se lo entregó a Lopitos.

—Tome, hombre, tome —le dijo—. Llévase este abrigo mientras le arreglan el saco. Y ahora váyase volado, si no cuando llegue al colegio se va a encontrar con que mis hijos ya terminaron el bachillerato.

Lolita se acercó al canciller y le ayudó a quitarse la chaqueta y a ponerse el abrigo, mientras el consejero se la comía con los ojos.

—A ver, Lopitos —dijo la chica—. Yo le coso la manga mientras usted va a la aduana.

El abrigo le venía grande y muy holgado al canciller, pero éste pasó voluptuosamente las manos por la piel de las solapas.

—Muchas gracias, Lolita. El día menos pensado le ofrezco a usted mi blanca mano ...

Después se acercó al embajador y le dijo sonriendo:

—Gracias, mi emba... Usted siempre tan amable y comprensivo con sus subordinados. Por eso se le quiere, se le aprecia, se le recuerda y se le mienta tanto en esta dependencia del Ejecutivo...

Aproximándose al consejero, lo miró despectivamente.

—¿No que no? Mire: nomás toque... Pura Chinchilla con sabor a «Minke»...

De la Pompa y Pompa volvió despectivamente la cara a un lado y sacó un cigarrillo de su pitillera de oro. Lopitos dio un paseo por el despacho, luciendo el abrigo. Después le hizo una reverencia al embajador, le guiñó un ojo a la secretaria, y se dirigió a la puerta levantándose delicadamente la falda del abrigo, que le arrastraba por el suelo.

El secretario Templado estaba sentado a la máquina, escribiendo muy lentamente con sólo dos dedos. Al ver entrar a Lopitos, le sonrió y lo miró por encima de sus anteojos.

—¡Hola, mi querido canciller! ¡Cuánto bueno por acá!, pásele con confianza y sin complejos, hombre. Llega usted justo a tiempo para hacer una gargarita ...

Don Serafín se inclinó con dificultad para sacar una botella del cajón de su escritorio.

—Ahorita no, don Sera. Ya sabe usted que yo no bebo con el estómago vacío.

—Pues si quiere, le doy una galletita para que se le vaya llenando. Por ese lado no hay problema.

Al ver a Lopitos enfundado en el abrigo de pieles del embajador, el secretario entrecerró un ojo y lo examinó de arriba a abajo.

—¿Y ora? —preguntó muy extrañado—. ¿Qué ya lo ascendieron a usted a oso?

Lopitos sonrió y se pasó una mano por las mangas.

—¿O acaso lo manda nuestro ilustrado gobierno a abrir un consulado en Siberia? —insistió el secretario.

—Es que está haciendo un frío de pastorela —sonrió Lopitos.

—Entonces será conveniente que conecte yo la calefacción interna...

El secretario Templado se llevó la botella a los labios y bebió un trago muy largo.

—Don Serafín —dijo Lopitos—, quiere el embajador que vayamos a la aduana a sacar el pedido de las viandas y los vinos.

¿Ya tiene usted la franquicia?

Al oír lo de los vinos, el secretario Templado buscó nerviosamente entre los papeles que cubrían su escritorio. Por fin encontró una nota y la esgrimió triunfalmente en la mano.

—¡Aquí está! ¡Aquí está la franquicia! La tengo lista desde hace un mes, pues el embajador me prometió un par de botellitas para el dolor de muelas.

—Entonces vámonos volados, don Sera.

—¡Vámonos, vámonos!

Don Serafín se levantó con dificultad del asiento y Lopitos lo ayudó a ponerse el abrigo. Después le colocó un sombrerito tirolés sobre la calva, y ofreciéndole el brazo ambos salieron del despacho.

Al cruzar por el pasillo frente a la oficina del agregado militar, oyeron las notas vibrantes de un clarín de órdenes y después un violento tableteo de ametralladoras. Se escuchó un bombazo y gritos confusos de hombres en batalla. El secretario y el canciller no se inmutaron.

—Ya empezó mi general Balarrasa —dijo el secretario Templado—. Vamos a preguntarle si quiere que le recojamos algo de la aduana. A él también le llegan de repente sus botellitas y siempre se acuerda de sus amigos...

Lopitos y el secretario tocaron en la puerta del agregado militar, pero el estruendo de los cañonazos impidió que los oyeran. Sin más ceremonia, abrieron y entraron en el despacho.

Era éste un salón muy amplio, con dos grandes ventanales que daban al jardín. Las paredes estaban cubiertas de trecho en trecho con mapas y cartas militares, llenos de alfileres con banderitas de colores. En una repisa, un busto de Napoleón Bonaparte contemplaba con gesto de severidad el gramófono y el disco de donde salía el tronar de las bombas y el silbido de las balas. En el centro del despacho había una mesa muy larga, llena de tanques y soldaditos de plástico, que simulaban feroz batalla. En un extremo de la mesa, el general Balarrasa observaba la acción a través de unos prismáticos, y de vez en cuando hacía explotar una posición tronando un cohete chino.

El general era un hombre de elevada estatura, de mediana edad y corpulento. Con el uniforme lleno de medallas, llevaba puesta la

gorra, unos guantes de cuero y relucientes botas federicas. Al ver entrar a Lopitos y a Templado, se atusó el bigote a lo «káiser» y desconectó el gramófono. Después se colocó un monóculo en el ojo derecho y miró a sus visitantes con insolencia.

Canciller y secretario se cuadraron, en posición de firmes.

—Buenos días, mi general, —dijeron al unísono.

Balarrasa devolvió el saludo tocándose ligeramente la visera de la gorra con la mano enguantada.

—Buenos días, jóvenes... ¿Hay novedad?

—Sin novedad en el frente, ni por detrás, ni por ningún lado, mi general, —repuso Lopitos.

—Se dice «por la retaguardia» y por «los flancos» —observó austeramente el general.

—Bueno, según por donde lo agarre a uno el enemigo...

—¿Qué desean?

—Pues nomás que vamos a la aduana, y pasamos a ver si se le ofrecía a usted algo ...

—Si ya le llegaron sus botellitas —intervino el secretario Templado—, se las traemos con mucho gusto.

El general se atusó el bigote y miró fijamente a Lopitos.

—Pues no, de la aduana no se me ofrece nada. Pero... si van a pasar por la Plaza de la Estrella...

—Ya, ya ni me diga —sonrió Lopitos—. Quiere que le traigamos más soldaditos ...

El general carraspeó y echó el pecho hacia adelante.

—Pues... sí, efectivamente. Necesito tres docenas de soldados de infantería y dos de artillería, para reforzar aquellas posiciones...

—Qué, ¿ha tenido usted muchas bajas? —preguntó el canciller siguiéndole la corriente.

—Algunas, algunas. Esta mañana el enemigo parece que desayunó pólvora...

Balarrasa sacó una abultada cartera, contó unos billetes y se los entregó a Lopitos. El canciller y el secretario volvieron a cuadrarse y se dirigieron a la puerta, mientras el general se agachaba para mirar a través de sus binóculos las posiciones del otro extremo de la mesa. Lopitos se volvió y preguntó muy solícito:

—Bombas, mi general, ¿no se le ofrecen?

—Ahorita no, —repuso el milite sin incorporarse—. Mejor ataco a bayoneta calada.

Después conectó nuevamente el gramófono, y secretario y canciller salieron del despacho en medio del estruendo de la artillería.

Al pasar frente al despacho del agregado naval, don Serafín Templado sugirió entrar a verlo para preguntarle si se le ofrecía algo de la aduana, con la secreta esperanza de que el almirante Aguado hubiera recibido su remesa mensual de bebidas y le pasara algunas botellas.

Lopitos tocó discretamente en la puerta, y acto seguido se escuchó el vozarrón del viejo lobo de mar:

—¡Suban a bordo!

Canciller y secretario entraron en la oficina del almirante. Las paredes estaban cubiertas con mapas, cartas de navegación y cuadros que representaban famosas batallas navales. Sobre las mesas y el escritorio había modelos a escala de toda clase de navíos, desde trirremes romanos hasta majestuosos acorazados británicos, sin faltar un precioso galeón español con las velas desplegadas. De trecho en trecho, en las paredes y en el suelo había anclas, barómetros, ruedas de timón, rollos de cuerdas y faroles marinos. Junto al ventanal, sobre el escritorio, destacaba una acuarela de grandes dimensiones que representaba a una sirena, nada más que al revés: es decir, la parte superior era un pez, y en la inferior aparecían unas bien torneadas piernas femeninas.

El almirante don Neptuno Aguado estaba dándole cuerda a un barquito de juguete, para echarlo en un pequeño estanque de cristal donde flotaba toda una colección de cruceros, destroyers y dragaminas de plástico. Al ver a Lopitos y al secretario, dejó el barquito en el agua y se acercó a ellos caminando con ese balanceo peculiar de la gente de mar, echando bocanadas de humo con la pipa entre los dientes. Lopitos y Templado se cuadraron.

—Buenos días, mi almirante, —dijeron al unísono.

—Muy buenos —repuso el marino enarcando las cejas, gruesas como dos cepillos—. ¿Qué vientos los traen por aquí, par de tritones?

—Fresquete del norte-nordeste, con marejadilla en el estrecho —contestó Lopitos balanceándose como si estuviera sobre cubierta—. Vamos a la aduana en lastre, mi almirante, y lo abordamos a

usted para preguntarle si se le ofrece algo, aprovechando la singladura.

—Si ya le llegó su petróleo —añadió el secretario Templado—, ya sabe que se lo traemos con mucho gusto, aunque nos llegue la línea de flotación hasta el pescuezo.

El almirante se cambió la pipa a estribor.

—Gracias, cachalotes. Pero todavía me quedan algunas botellas. Además, no quiero cargar combustible hasta que no termine mi informe sobre las instalaciones portuarias.

—¿Cuáles instalaciones portuarias, si aquí no hay costa? —preguntó Lopitos con mucha sorna.

—Las del lago del parque, hombre, —repuso sonriendo el almirante.

—¡Ah, vaya! Ya se me hacía raro, estando el mar de aquí a mil y pico de kilómetros...

—Afortunadamente —replicó el marino muy serio—. Porque a mí la humedad me hace mucho daño para las reumas.

—Eso se quita con un par de alipuses, —sugirió el secretario.

—Pues sí, pero los alipuses marean...

Lopitos sonrió burlonamente.

—Pero si usted se mareaba con todo, mi almi... Acuérdesse de aquella vez que le toqué el disco de «Sobre las Olas»... Hasta devolvió usted, y eso que usted no devuelve ni los cerillos...

El almirante iba a contestar una barbaridad, cuando el reloj de pared dio doce campanadas.

—¡Rayos y centellas! —Exclamó Lopitos—. ¡Galernas y tifones! ¡Sardinas y tiburones, con pulpos y charales y unos cuantos camarones! ¡Ya son las doce! Con su venia, mi almirante, levamos anclas... ¡Ándele, don Sera! Vire a babor...

El secretario Templado dio bruscamente la vuelta y por poco pierde el equilibrio. Lopitos lo sostuvo con una mano y con la otra volvió a cuadrarse.

—Que tengan buen viaje, ballenatos —sonrió el almirante.

—«Ai» nos vemos, mi Popeye, —contestó Lopitos.

—A ver si cuando regresemos nos echamos un farolazo para la neblina —propuso el secretario Templado.

—¡Ándele, don Sera, ándele! —Lo apremió Lopitos—. Después es a mí a quien le echan la aburridora por llegar tarde...

Lopitos tomó del brazo a su compañero y lo arrastró hasta la

puerta. El almirante don Neptuno Aguado suspiró, echó una gran bocanada de humo, y siguió dándole cuerda a su barquito. Las ocupaciones de los agregados navales en Pepeslavia no solían ser precisamente abrumadoras, pero había que hacer algo para no enmohecerse y sobre todo para desquitar el sueldo.

## CAPÍTULO SEXTO

**E**L Ministro de Relaciones Exteriores de Pepeslavia, Vasili Vasiloff, cruzó el gran salón del Palacio de Gobierno y se dirigió con paso rápido al despacho del Primer Ministro. Un ujier uniformado, al verlo venir, se puso de pie y lo saludó con una respetuosa inclinación de cabeza.

—Buenos días, camarada Ministro de Relaciones. El camarada Primer Ministro lo espera.

Vasili Vasiloff devolvió el saludo cortés pero secamente. Su formación diplomática no se avenía con la actual costumbre de tratar de «camarada» a los empleados inferiores, y de ahí que prefiriese no hablarles. Limitábase a sonreír y a «mantenerlos en su sitio» con la mirada.

El ujier tocó con los nudillos en la puerta y la abrió sin esperar respuesta. Con voz engolada anunció:

—El excelentísimo señor Ministro de Relaciones Exteriores, camarada Vasili Vasiloff...

Vasili Vasiloff no pudo menos que sonreír para sus adentros. Le hacía gracia que aún lo llamasen «excelentísimo», y a la vez lo tratasen de «camarada». En Pepeslavia, como en muchos otros países del centro de Europa, la tradición monárquica todavía estaba bastante reciente, y la población no se había habituado del todo a las nuevas costumbres comunistas, que trataban de ser tan desenfadadas. Vasiloff pertenecía a una vieja familia de la nobleza pepeslava, y solamente la circunstancia de poseer una vasta experiencia diplomática, gracias a sus cuarenta años en la carrera, le había permitido encajar en el nuevo régimen, al que en el fondo despreciaba. Vasili Vasiloff, sin embargo, era lo suficientemente inteligente como para comprender que los tiempos habían cambiado, que el mundo ya no podría ser como lo fue en el pasado, y que era menester amoldarse a las nuevas circunstancias. Con una gran sonrisa, cruzó el despacho ricamente alfombrado.

El Ministro de Relaciones se arregló automáticamente la corbata, a pesar de que llevaba un nudo impecable, y con hasta el extremo donde se encontraba el escritorio del Primer Ministro. Al llegar a él, hizo una reverencia.

—Muy buenos días, camarada Primer Ministro —dijo con su tono de voz, fino y educado.

El Primer Ministro, Osky Poposky, lo miró fijamente a través del humo de su eterno cigarrillo. Osky Poposky era el reverso de la medalla de Vasili Vasiloff. De extracción campesina, su aspecto y sus modales eran un tanto burdos. Bajo de estatura, rechoncho, con unos enormes bigotes negros cuyas guías le bajaban por las comisuras de los labios, el Primer Ministro tenía más de asiático que de europeo. Con toda seguridad circulaba por sus venas la sangre de las hordas tártaras que cruzaron los Urales al mando de Gengis Khan, sembrando muerte y desolación por medio continente. Sus ojillos, negros y oblicuos, denotaban una crueldad y una falta de escrúpulos que no se hubiera detenido en nada con tal de lograr sus propósitos. A diferencia de Vasili Vasiloff, el Primer Ministro era un comunista convencido y estaba dispuesto a ver el triunfo de su causa aunque para ello hubiese que incendiar y destruir el mundo.

Osky Poposky aspiró profundamente el humo de su cigarrillo, y después lo estrujó en un cenicero lleno de colillas. Sin quitar la mirada de encima del Ministro de Relaciones, sacó otro cigarro y lo encendió automáticamente.

—Camarada Vasili Vasiloff —dijo, levantándose del asiento y yendo hacia el centro del despacho—, lo mandé llamar porque tengo entendido que pasado mañana cena usted en la embajada de la República de Los Cocos...

—Efectivamente, camarada Osky Poposky —repuso Vasiloff, admirándose, como siempre, de que el Primer Ministro estuviera al tanto de todos sus movimientos.

Poposky se acercó a un gran globo terráqueo en un rincón del despacho y lo hizo girar con un dedo hasta encontrar el continente americano.

—¿Qué tal la lleva usted con esa gente?

Soy muy amigo del consejero, el licenciado don Tirso de la Pompa y Pompa, —repuso el Ministro de Relaciones, tratando de adivinar a dónde iba Poposky—. Hace años estuvimos juntos en Buenos Aires, cuando éramos Terceros Secretarios. Al embajador Salustio Menchaca lo he tratado poco: es un hombre bastante retraído.

—Tengo entendido que alienta grandes ambiciones políticas...

—Efectivamente. Por lo menos, no habla de otra cosa más que de volver a su país y de los cargos importantes que se le están

yendo de las manos.

El Primer Ministro hizo girar nuevamente al globo terráqueo, sin mirar a su Ministro de Relaciones.

—¿Usted cree que el embajador Menchaca estaría dispuesto a derrocar al Presidente de su país? Es decir, si contara con la fuerza y el apoyo necesario.

—Es muy posible, —repuso Vasili Vasiloff, adivinando los propósitos de Osky Poposky—. Su ambición suprema es la de llegar al poder.

Con el cigarrillo entre los labios y las manos cruzadas tras de la espalda, el Primer Ministro dio unos pasos por el despacho. De pronto se detuvo frente al Ministro de Relaciones, y le dijo echándole el humo sobre la cara:

—Camarada Vasili Vasiloff: usted sabe la importancia que tienen ahora para nosotros estos países «de dulce». Más que para nosotros, para nuestra causa. Es imprescindible ganarnos sus votos para la próxima conferencia.

—Lo sé, camarada Osky Poposky. Yo llevo dos meses de estar dando recepciones y asistiendo a cocteles y banquetes en mi labor de acercamiento con estos países.

—No basta con eso —gruñó el Primer Ministro enarcando las cejas—. Necesitamos atraerlos a nuestro campo a como de lugar. Inclusive, si es indispensable, utilizando las ambiciones personales de individuos como el embajador Menchaca.

El Primer Ministro encendió otro cigarro con la colilla del último. Volvió a acercarse al Ministro de Relaciones, frunciendo el entrecejo.

—En la cena de pasado mañana —le dijo, casi en un susurro—, busque usted el momento propicio para hablar a solas con el embajador. Haláguelo. Con adulación, tóquele su amor propio y dígame que haría un gran papel como Presidente... Insinúele que nosotros estamos dispuestos a ayudarlo a dar un golpe de estado que lo coloque en el poder... Si ve que reacciona favorablemente, ofrézcale todo lo que se le ocurra: dinero, armas, municiones...

—Tengo entendido que a él le gustan mucho las rubias —sonrió maliciosamente Vasili Vasiloff.

—Entonces ofrézcale rubias. Ofrézcale también morenas, castañas y pelirrojas. Dígame que puede contar con todo el apoyo, no sólo de Pepeslavia, sino de todas las potencias «coloradas»...

El Primer Ministro se acercó más aún al Ministro de Relaciones y le puso una mano sobre el hombro.

—A cambio de nuestra ayuda —continuó Osky Poposky—, pídale solamente el voto de su país en favor de los «colorados». Si está dispuesto a aceptar, dígame que ponemos inmediatamente a su disposición un avión para llevarlo a Los Cocos, con todo el dinero que le haga falta. Después le mandaremos el armamento necesario...

El Ministro de Relaciones, tratando de curarse en salud, tragó saliva y le sonrió anémicamente a Poposky.

—Bueno, camarada Primer Ministro... ¿Y en caso de que el embajador se niegue a aceptar nuestra... nuestra magnánima proposición?

Osky Poposky aspiró el humo de su cigarrillo y entrecerró los ojos. Sus pupilas, sin embargo, relampaguearon por un instante y después destilaron crueldad y odio:

—Eso depende de usted. Yo no dudo de sus habilidades diplomáticas, camarada Vasili Vasiloff... Pero en caso de que el embajador Menchaca se niegue a aceptar nuestra magnánima proposición, como usted dice, usted puede ir empezando a preparar sus maletas... Y no precisamente para ir a un país donde hay cocos, sino nieve... Mucha nieve, camarada...

El Ministro de Relaciones volvió a sonreír sin mucha convicción, en tanto que el Primer Ministro encendía otro cigarrillo, sin quitarle la vista de encima.

## CAPÍTULO SEPTIMO

**E**L embajador Menchaca pasó un dedo regordete por el plano de una mesa que el consejero De la Pompa y Pompa había extendido sobre su escritorio.

—Diez, once, doce, trece... —contó el embajador—. No, licenciado. De ninguna manera nos sentamos trece a la mesa. Yo no me había dado cuenta de que éramos ese número fatal.

—Pero señor embajador —protestó el consejero—, si no tiene la menor importancia. Ésa es una superstición ridícula.

—Será todo lo que usted quiera, licenciado, pero yo no me siento en una mesa de trece personas. Acuérdense de que «cuando el tecolote canta, el indio muere... No será cierto, pero sucede».

El consejero hizo un gesto de disgusto. Éstos eran los caprichos y necesidades del embajador que lo sacaban de quicio.

—La cena es pasado mañana, don Salustio. A estas alturas ya no podemos eliminar a nadie. Yo mandé las invitaciones desde hace quince días, y todas fueron aceptadas.

El embajador levantó una mano como si estuviera dirigiendo el tráfico.

—¡Un momento! No tenemos que eliminar a nadie, licenciado. Ni que estuviéramos en vísperas de elecciones. Con invitar a otra persona más, queda el problema resuelto.

—¿Y a quién vamos a invitar, faltando cuarenta y ocho horas para la cena? —Preguntó el consejero, que era extremadamente puntilloso en cuestiones de ceremonial—. Usted sabe que el protocolo exige que se avise cuando menos con dos semanas de anticipación, tratándose de una cena de frac con condecoraciones.

El embajador Menchaca se levantó de su asiento y dio unos pasos por el despacho, en su característica actitud de rumiar un problema.

—Podemos invitar a alguien de casa, con quien no tengamos que andar con tanto protocolo... —sugirió al cabo de un momento.

El consejero lo miró alarmado. Estas derrapadas del embajador le sacudían el sistema nervioso.

—Pero ¿a quién? —preguntó encendiendo un cigarrillo perfumado—. Los agregados naval y militar ya están invitados. Al secretario Templado, usted mismo dijo que era imposible incluirlo, pues se pondría una borrachera de espanto.

Menchaca se paró en seco.

—¿El secretario Templado? No, hombre; él ya llegaría borracho... No le hace falta sentarse a la mesa para agarrar la onda.

—Entonces, ¿a quién? —Insistió el consejero—. Es una cena de hombres solos. No podemos agregar a la señora embajadora, ni a Lolita, su secretaria particular.

El embajador chasqueó los dedos.

—¡Ya está! Incluiremos a Lopitos... Así seremos catorce.

A pesar de su imperturbabilidad diplomática, el consejero estuvo a punto de caerse al suelo. Con los ojos desorbitados, miró al embajador Menchaca.

—¡Al canciller López! ¡Pero señor embajador, no podemos invitar a López a una cena de etiqueta! Tenga usted presente que vendrán el Ministro de Relaciones y el Director de Protocolo...

—¿Y por qué no vamos a poder invitarlo? —inquirió el embajador levantando las cejas. En el fondo estaba encantado de haber encontrado algo que molestara al estirado consejero, y si bien el propio don Salustio no estaba muy seguro de la conveniencia de incluir a Lopitos en la cena, el hecho de que ello enfermara a De la Pompa y Pompa lo hizo decidirse a tomar tal medida.

—¡Al canciller López! —gimió el consejero elevando los ojos al cielo.

—Después de todo —insistió Menchaca—, forma parte del personal de la embajada, aunque no sea funcionario.

—Pero, señor... —imploró De la Pompa y Pompa—. Lo más probable es que no sepa ni qué cubiertos deben usarse...

—¿Usted ha comido alguna vez con él?

—¡Dios me libre!

—Pues entonces, ¿usted qué sabe? —Replicó el embajador con una mueca de desprecio—. Yo sí he almorzado con Lopitos y se ha comportado perfectamente. Medio vacilador, como siempre, pero correcto.

El consejero olvidó su compostura diplomática y se retorció las manos:

—¡Dirá veinte barbaridades en la mesa! Recuerde usted que la situación internacional es delicada, y que puede comprometernos seriamente.

—Le ordenaré que no abra la boca más que para comer.

—Lo más probable es que ni siquiera tenga frac, —insistió el consejero.

En estos momentos se oyó en la puerta el toque característico de Lopitos: ta-tata-ta-ta, ta-tá.

—Hablando del rey de Roma —sonrió el embajador—. ¡Adelante!

Se abrió la puerta y por ella apareció Lopitos, enfundado en el abrigo de pieles y encorvado por el peso de la valija diplomática que traía al hombro. Ésta era un gran saco de cuero, como los que usan en correos, con un candado y sellos de lacre.

—¡A sus órdenes, chief! —sonrió el canciller.

Después cerró la puerta y avanzó con paso tambaleante hacia el escritorio del embajador.

—¡Ya llegó su Santa Claus, jóvenes! —Dijo Lopitos dejando caer la valija al suelo—. Aquí les trae sus regalitos, ¿qué tal, se han portado bien?

—¿Por qué se tardó tanto, Lopitos? —preguntó austeramente el embajador.

—Es que había una cola enorme, mi emba.

—¿Para recoger la valija?

—No, mi emba, en la juguetería.

—¿Y usted que fue a hacer a la juguetería? —frunció las cejas don Salustio.

—Pues a comprarle a mi general Balarrasa los soldaditos que me encargó. ¡Ah, pero eso sí! Primero fui por los niños al colegio.

—Sí, ya los vi —sonrió el embajador con mucha sorna—. Por cierto que llegó usted tan tarde, por ellos, que el mayorcito ya venía con barba...

—¡Pero si ése no era el niño, mi emba! —Rio Lopitos—. Ha de haber sido el espía enano, ése que se nos mete todas las tardes en la embajada ...

El consejero miró muy significativamente al embajador, como queriéndole decir: ¿ya ve usted lo que sucedería si lo invitamos a la cena?

El embajador ignoró la mirada, e insistió con Lopitos:

—Bueno, bueno, ¿y todo lo demás?

—Misión cumplida, jefe —replicó el canciller cuadrándose militarmente—. Fui a la aduana y saqué los comestibles y bebestibles, que tuve que mandar en un camión.

—Sí, ya llegaron —observó don Salustio—. Por cierto que faltan dos botellas de ginebra.

—Una se la dimos al «vista» de la aduana, que es buena gente y a veces se hace de la vista gorda... y la otra se la incautó don Serafín, diciendo que usted se la había prometido para Navidad.

—¡Pero si apenas estamos en octubre! —Saltó Menchaca—. ¿No le dije que no lo dejara meter mano a las botellas?

—Pero si no metió las manos. Ésta se la chupó con un popote.

—Bueno, ya arreglaremos eso después. ¿Sólo llegó una valija?

—Nomás ésta, mi emba. Pero debe venir muy bien surtida, según lo que pesa.

El embajador sacó unas llaves de su bolsillo y se las entregó a Lopitos.

—A ver, a ver; ya no alegue tanto, y ábrala.

Lopitos abrió el candado, rompió los sellos de lacre y empezó a sacar una serie de objetos, que fue depositando sobre el escritorio.

—Sus latitas de conservas, mi emba. Dos botellitas de aguardiente nacional. Periódicos y revistas para sus ratos de ocio... Unas pantuflas de peluche.

—Ésas son para mi señora —carraspeó el embajador—. Se las ha de mandar su suegra.

Lopitos continuó sacando cosas de la valija:

—Dos cajas de puros... una chambrita tejida para el nene. Una botellita...

—¿Es de perfume? —preguntó don Salustio.

—No. Lo que contiene es pólvora. La pedí para el agregado militar, que nunca la ha olido.

Lopitos sacó una cuerda enrollada y se la entregó al consejero.

—Una reata... Esta ha de ser para usted, mi conse...

El consejero tiró la cuerda al suelo, sacudiéndose el pantalón con muchos aspavientos.

—¡Yo no he pedido nada! —exclamó colérico—. Y ya le he dicho veinte veces que no me diga «mi conse»... No sea igualado, que no tenemos la misma categoría.

—¡No, qué va! —replicó Lopitos en tono zumbón—. Yo soy de modelo mucho más reciente...

—A ver, a ver —insistió el embajador—. Deje de retobar y siga sacando cosas.

El canciller metió el brazo hasta el fondo de la valija y continuó

extrayendo los más variados objetos, ninguno de los cuales tenía la más mínima relación con el ejercicio de la inmunidad de correspondencia diplomática.

—Sus revistas de historietas. Una bufanda. Tabaco picado y hojas de maíz para sus cigarrillos. Una piñatita...

—¡No, hombre!, ésa es una olla de mezcal. ¿Ya no hay más?

Lopitos palpó con la mano el interior de la valija.

—Creo que hay un sobre...

—Ese ha de venir del Ministerio —observó don Salustio.

El canciller sacó un sobre lacrado y se lo entregó al embajador.

—Eso es todo. Esta vez no vino mucha correspondencia confidencial, ni instrucciones secretas.

—Menos mal —suspiró el embajador—. No me gusta que se abuse del privilegio de la valija diplomática, y que la retaquen de documentos que a la mejor resultan ser comprometedores.

Lopitos se incorporó y se limpió el sudor de la frente con uno de los pañuelos que le habían llegado a don Salustio. Después se quitó el abrigo y lo colgó en el perchero.

—Con su permiso, mi emba. Me quito el abrigo porque me estoy asando. Muchas gracias por habérmelo prestado.

—Por nada, hombre —sonrió el embajador magnánimamente encendiendo un puro de su tierra, cuyo aroma «por poco» asfixia al consejero—. Creo que Lolita ya le arregló el saco.

—Esa Lolita es un encanto. Nomás por curiosidad, le voy a dar mis calcetines, a ver qué tal los remienda...

El canciller descolgó su chaqueta y se la puso. Como de costumbre, la manga se le subió hasta medio brazo.

—Por cierto, Lopitos —preguntó el embajador mirando la ceniza de su puro—. ¿Tiene usted frac?

El consejero elevó los ojos al cielo.

—¡Embajador! —Gimió con un hilito de voz—. ¡Por favor!

Lopitos miró al embajador con gesto de extrañeza.

—¿Qué si tengo frac? ¿A poco me va usted a poner de pingüino para recibir al selecto público que acude a la embajada, o para ir por los niños al colegio?

—No, hombre, no, —lo tranquilizó Menchaca—. No es para eso. ¿Tiene usted frac, o no?

—Pues sí, creo que sí —replicó Lopitos un poco escamado—. Por ahí tengo uno que compré de tercera mano, hace veinte años,

cuando ingresé en el Servicio Exterior, creyendo que iba a necesitarlo. Ilusiones que se hace uno...

—Y ¿nunca ha tenido ocasión de ponérselo?

—Sólo una vez, que hacía tanto frío, que me lo puse de pijama. Pero yo creo que ha de estar en buenas condiciones, porque lo tengo muy bien guardado, con sus bolitas de naftalina.

—Bueno —repuso el embajador en tono solemne—. Pues ahora sí va a necesitarlo, y no precisamente para dormir en él. Quiero que asista usted a la cena de pasado mañana.

Muy serio, Lopitos se buscó en el bolsillo trasero del pantalón. Extrajo una libretita de apuntes y se puso a hojearla.

—¿Qué busca usted? —le preguntó Menchaca.

—A ver si no tengo ya compromiso para esa fecha...

Al embajador se le erizó el bigote.

—¡Pues si lo tiene, lo cancela! Lo necesito pasado mañana en la cena.

—¿Para servirle de intérprete o para asesorarlo en política pepeslava? —preguntó Lopitos con sorna.

—No sea idiota. Para que no seamos trece a la mesa.

—¿Y eso qué importa? Si lo único malo de que haya trece a la mesa es cuando sólo hay comida para cuatro...

El consejero De la Pompa y Pompa hizo un gesto de mártir.

—¿Ve lo que le digo, embajador? —le gimió a Menchaca.

—¡Ni una palabra más! —Gruñó el embajador—. Aquí se hace lo que yo digo, señor consejero.

De la Pompa y Pompa se mordió un labio para no contestar con una insolencia. Don Salustio Menchaca se volvió hacia Lopitos y le dio unos golpecitos con el índice sobre el pecho:

—Así es que acuérdesse: pasado mañana, a las ocho y media de la noche. Frac y condecoraciones.

—¡Ah caray! —Exclamó Lopitos—. ¿También condecoraciones?

—Sí, señor. Si no tiene, que le preste una el licenciado De la Pompa y Pompa. El tiene como para aventar pa' arriba...

Lopitos hizo una mueca de desprecio.

—¡Puras habas! Yo tengo una medalla de San Juan Bosco que me dieron los Hermanos Maristas cuando terminé la primaria. Nomás le saco brillo y me la pongo...

Lopitos miró con ojos de burla al consejero, que estaba a punto de reventar de rabia. Después se volvió hacia el embajador y le

hizo una reverencia.

—Ahí estaré, mi emba... ¡Más puesto que un calcetín!

El embajador levantó el índice en el aire.

—Nada más que le advierto, Lopitos, que durante la cena usted no chista ni media palabra, ¿eh? Si le preguntan algo, usted nada más sonríe y se hace tarugo, pero no dice nada.

—Entendido —replicó el canciller—. Como quien dice, voy a hacerla de Mona Lisa, por mal nombre «La Gioconda».

—No me venga con calambures —advirtió Menchaca frunciendo las cejas.

—¡Pero si así se llama el cuadro, mi emba! Ése de la mona que nomás se está fichando a todos y medio sonríe, pero nunca dice nada.

—Bueno, pues así quiero que esté usted durante la cena. De mono araña, o de lo que quiera, pero más callado que un poste.

Lopitos volvió a hacerle una profunda reverencia al embajador.

—Muy bien, señor. De todos modos le agradezco el convite. Y si ya no me necesita usted, me retiro discretamente, pues tengo que ir a planchar mi camisa.

Después miró al consejero con ojos de burla y le hizo media reverencia.

—«Ai» nos vemos, mi estimado colega...

De la Pompa y Pompa lo ignoró olímpicamente y dirigió la mirada hacia la ventana. Lopitos recogió el saco vacío de la valija diplomática y se dirigió a la puerta. Desde ahí le cerró un ojo al embajador.

—Y puede estar tranquilo, mi emba. Durante la cena, le prometo que estaré más callado que el Mudo de Lepanto... ¡Buenas tardes, jóvenes!

El embajador se quedó muy pensativo. Una vez que salió Lopitos del despacho, le preguntó extrañado al consejero:

—¿Quién fue el «mudo» de Lepanto?

El consejero sonrió con infinito desprecio.

—Ese bárbaro quiso decir el «manco». El Manco de Lepanto... Así le decían a Cervantes, el autor de don Quijote de la Mancha.

El embajador reflexionó un instante y se rascó la cabeza:

—Es verdad —dijo al cabo de un rato—. Yo no sé por qué estaba en la creencia de que más bien era cojo...

## CAPÍTULO OCTAVO

**L**A noche de la cena, el salón de recepciones de la embajada de Los Cocos estaba profusamente iluminado. Las luces de la gran lámpara de araña que pendía del techo se reflejaban en las hileras de condecoraciones que lucían el embajador Menchaca, sus subalternos y sus invitados. Conforme estos últimos iban llegando, el mayordomo Petrosky los anunciaba con voz engolada:

—Excelentísimo camarada Andrei Karavanovich, Director de Protocolo del Ministerio de Relaciones Exteriores, Camarada general Pandosky, Jefe del Estado Mayor... Camarada almirante Ballenoff, Comandante en Jefe de la Armada... Excelentísimo camarada Sergii Moscovich, Comisario de Finanzas...

Los invitados, relucientes en sus fracs o en sus uniformes de gala, al entrar en el salón se dirigían a saludar al embajador Menchaca con grandes sonrisas y muchas reverencias y taconazos. Después recorrían la fila de anfitriones, estrechando la mano del consejero De la Pompa y Pompa, de los agregados naval y militar y por último de Lopitos. Este último vestía un frac color ala de mosca, oloroso a naftalina que a todas luces le quedaba estrecho. Como de costumbre, la manga izquierda del saco se le subía hasta medio brazo, especialmente cuando le sacaba brillo con mucho disimulo a la medallita que pendía de su pecho.

El mayordomo Petrosky anunció a los últimos invitados:

—Excelentísimo camarada Chicharín, Comisario de Enlace con los Países Subdesarrollados...

Un hombrecito diminuto, que apenas alzaba tres palmos del suelo, entró pisando fuerte y con la cabeza en alto. Rebotando como pelotita de golf, fue saludando al embajador y al personal de la embajada.

—Excelentísimo camarada Vasili Vasiloff, Ministro de Relaciones Exteriores...

A la entrada del ministro se hizo silencio en el salón y todos los demás invitados, que ya formaban grupos, se volvieron a verlo. El embajador Menchaca avanzó un paso para saludarlo y darle la bienvenida. El consejero, los agregados y Lopitos se acercaron después para presentar sus respetos. Un criado de filipina blanca se acercó con una gran bandeja llena de jaiboles, cocteles y copas de vodka, y se la ofreció al ministro. Después cinco o seis mozos

más circularon entre los grupos de invitados y anfitriones, repartiendo bebidas y bocadillos.

Fiel a su promesa de no abrir el pico, Lopitos tomó un jaibol y se quedó en un rincón, observando los diversos grupos que brindaban y se hacían reverencias unos a otros. De vez en cuando llegaban hasta él fragmentos de conversación.

—Pues sí —decía el general Balarrasa al general Pandosky, un hombrazo bigotudo y corpulento, lleno de medallas—; esta condecoración me la dieron cuando sofoqué el levantamiento del general Chirolas.

El general Pandosky se caló el monóculo y se inclinó para mirar la medalla.

—¡Caray, qué bonita! Cuénteme cómo fue la acción de guerra, general.

El general Balarrasa movió rápidamente un dedo en el aire.

—No, si afortunadamente no hubo acción de guerra... El único que se levantó fue el general Chirolas, pero mis soldados lo volvieron a tumbar al suelo. Yo me le senté encima y así sofoqué su levantamiento.

Lopitos sonrió, bebió un sorbo de whisky y miró hacia el grupo que formaban el consejero De la Pompa y Pompa, el Director de Protocolo y el ayudante de este último. El director tomó delicadamente del brazo al consejero y le dijo con una sonrisa almibarada:

—Oui, mon cher... Muy confidencialmente le digo a usted que ya está aprobado el decreto concediéndole la orden de la Gran Estrella Escarchada, en grado de comendador...

El consejero se inclinó con la más fina de sus reverencias.

—¡Cuánto honor, mi estimado director! Por mi parte, me es grato informarle que hoy en la mañana mandé un telegrama a mi gobierno, para activar el otorgamiento de la Orden del Mono Capuchino, que le tienen prometida a usted...

El Director de Protocolo se dobló desde la cintura.

—Muy agradecido, señor consejero. El día que me la concedan, me subiré a los árboles de puro gusto...

Lopitos sonrió y se aproximó discretamente al agregado naval, que con su vaso de ron en la mano, le contaba sus hazañas al almirante Ballenoff:

—Y entonces, al grito de «¡al abordaje, mis cachorros de mar!»,

mis hombres treparon por estribor sobre cubierta, con el sable entre los dientes, mientras yo cubría el asalto disparando cinco cañones desde el castillo de proa...

—¡Qué emocionante, caramba! —Exclamó Ballenoff—. A mí también me encantaría escribir novelas como las de Salgari...

Lopitos tomó un bocadillo de anchoas y volvió a su rincón. Momentos después se le acercó el camarada Chicharín, Comisario de Enlace con los Países Subdesarrollados.

—¡Ah, mi querido amigo! —le dijo a Lopitos, parándose de puntillas—. ¡Qué recepción más agradable! ¡Qué lujo! ¡Qué boato! ¡Qué vasos de whisky más enormes! Ni en las embajadas de las grandes potencias he visto tanta esplendidez...

—Y eso que somos país subdesarrollado, —se atrevió a contestar Lopitos.

—Ahí está la clave, mi querido amigo, —observó el camarada Chicharín—. La ventaja de ser país subdesarrollado es que no tienen que ayudar a nadie, y consecuentemente pueden aprovechar sus recursos naturales en beneficio propio. Sus recursos naturales... y la ayuda que reciben de los países súper desarrollados.

—Ahí está el detalle, mi querido comisario —sonrió Lopitos inclinándose un poco para que lo pudiera oír Chicharín sin necesidad de dar de gritos—. Por eso los países desarrollados quieren que nos desarrollemos, para que ellos a su vez se subdesarrollen y entonces nosotros entremos al quite para ayudarlos a volver a desarrollarse, ¿o no?

El camarada Chicharín se quedó mirando a Lopitos con la boca abierta.

—Porque después de todo —continuó Lopitos, haciéndole seña a un camarero para que se acercara con la bandeja de empanadillas —, yo creo que todo es cuestión de que yo te desarrolle y ahora tú me desarrollas, pero no te me desenrolles, porque si no, nos enrollamos...

Chicharín abrió unos ojos como platos.

—¿Cómo? —preguntó estupefacto.

Lopitos le ofreció la bandeja que sostenía el criado.

—¡Pues coma, mi comi, a ver si así se desarrolla, hombre!

En estos momentos se abrió lentamente la gran puerta que comunicaba al comedor, y que hasta entonces había estado

cerrada. Por ella apareció el mayordomo Petrovsky, más tieso que un poste. Instintivamente los invitados volvieron la vista hacia el comedor y pudieron observar una mesa espléndidamente servida. Acostumbrados como estaban a sus parcas raciones pepeslavas, a todos se les hizo agua la boca.

—Señor embajador —anunció el mayordomo con voz engolada—. La cena está servida...

Invitados y anfitriones apuraron sus bebidas y depositaron los vasos sobre las bandejas o en las mesitas, dirigiéndose hacia la puerta del comedor. Al llegar a ella, se detuvieron respetuosamente esperando a que pasaran el Ministro de Relaciones y el embajador Menchaca. Después trataron de observar el protocolo, pero el delicioso aroma que llegaba desde las fuentes hizo que se olvidaran de rangos y precedencias, y todos se precipitaron en montón. En el tumulto, pisotearon al camarada Chicharín y al canciller Lopitos por poco lodejan sin corbata.

La mesa estaba elegantemente puesta, con un fino mantel de brocado de Damasco y cristalería de Bacará. Todos los cubiertos y la vajilla eran de plata, al igual que los fruteros y los centros de mesa. El embajador Menchaca ocupó la cabecera, bajo un gran cuadro al óleo que representaba al general Godínez, Presidente de la República de Los Cocos. A la derecha del embajador se sentó el Ministro de Relaciones y a su izquierda el Comisario de Finanzas, camarada Moscavich, quien rápidamente hizo un cálculo de lo que podrían costar la vajilla y la cristalería en el mercado negro de Pepeslavia. Los demás invitados se fueron sentando de acuerdo con su rango, y al centro de la mesa quedaron el general Balarrasa y el almirante Aguado, uno en frente del otro. En el extremo opuesto a la cabecera, se instaló el canciller Lopitos, con el camarada Chicharín a su derecha y el Ayudante de Protocolo a su izquierda. A pesar de que el consejero De la Pompa y Pompa se encontraba bastante retirado de Lopitos, no le quitaba la vista de encima, preocupado de que fuera a hacer o a decir alguna barbaridad.

Bajo la mirada de águila del mayordomo Petrosky, los camareros de filipina blanca empezaron a revolotear alrededor de la mesa, sirviendo los entremeses y llenando las copas de vino blanco. Como la cena había sido calculada para trece personas, ocurría que al

canciller Lopitos, a quien servían al último, le tocaba muy poca cosa. De la sopa que siguió a los entremeses, sólo alcanzó medio cucharón.

En el momento en que iba a protestar, entró en el salón un criado uniformado, con una bandeja en la mano. Sobre la bandeja se veía el característico sobrecito azul de un telegrama. El criado se acercó al embajador Menchaca y le presentó la bandeja, inclinándose respetuosamente.

—Señor embajador —dijo en voz baja—, un telegrama. Extra urgente...

El embajador Menchaca tomó el telegrama y pidió licencia a sus vecinos de asiento para abrirlo. Conforme lo fue leyendo, sus facciones se tornaron rígidas y un ligero tic nervioso que tenía en el ojo se hizo más notorio. Pálido como un empleado público, le sonrió anémicamente al Ministro de Relaciones y al Director de Protocolo:

—Con permiso de ustedes, señores...

Ante el asombro de sus invitados y subalternos, el embajador se levantó de su asiento y con paso incierto se dirigió al general Balarrasa. Al llegar a él, le entregó el telegrama y le cuchicheó unas palabras al oído. El general leyó dos o tres veces el mensaje, al principio con una expresión de sorpresa, y por último, de gran satisfacción. Balarrasa se limpió los bigotes con la servilleta, les hizo una inclinación de cabeza a sus vecinos y se levantó con mucha parsimonia de su asiento. Con paso majestuoso se dirigió al sitio que ocupaba el embajador Menchaca, en la cabecera de la mesa. Todos los comensales habían dejado los cubiertos sobre sus platos y siguieron al general con la mirada, muy intrigados por lo que ocurría. El agregado militar, de pie, echó el pecho hacia adelante, carraspeó y se atusó el bigote. Con el telegrama en la mano, miró de hito en hito a los comensales:

—Excelentísimo señor Ministro de Relaciones —dijo, haciéndole una ligera inclinación de cabeza al camarada Vasili Vasiloff—, señores comisarios... queridos colegas: acabamos de recibir un telegrama de nuestro país, informándonos que el glorioso ejército de la República de Los Cocos, en una operación relámpago, ha derrocado al general Godínez y se ha hecho cargo del poder, mientras se convoca a elecciones.

Todos los comensales se miraron entre sí, con expresión de

asombro. Lopitos se quedó con la boca abierta, y don Salustio Menchaca, sentado en el sitio que antes ocupaba el agregado militar, se limpió discretamente los ojos con una servilleta. El mayordomo, imperturbable, le hizo una seña con la mano a uno de los criados, que se acercó con una silla, se subió en ella y procedió a descolgar de la pared el retrato del general Godínez. Balarrasa continuó, con voz temblorosa por la emoción:

—Más aún, el señor general don Filomeno Natilla, viejo amigo mío y compañero de armas, al hacerse cargo de la Presidencia de la República ha tenido a bien nombrarme Embajador Extraordinario y Plenipotenciario de Los Cocos ante el gobierno de Pepeslavia... Don Salustio Menchaca ha quedado destituido y oportunamente se le girarán los pasajes y viáticos correspondientes, para su regreso a la patria...

El criado que descolgó el retrato se lo entregó a un compañero, y sin bajarse de la silla recibió otro cuadro que representaba a un generalote lleno de medallas. Con mucho respeto lo colgó de la alcañata, se bajó de la silla y se sacudió las manos. El general Balarrasa tomó una copa de vino y propuso un brindis:

—Consecuentemente, propongo a ustedes brindar por el nuevo gobierno militar de Los Cocos... por el Presidente, general Natilla... y por la perenne amistad entre nuestros dos países.

Los comensales se pusieron de pie, con sus copas en la mano, y brindaron al unísono dirigiendo la mirada al retrato del nuevo mandatario. Después volvieron a sentarse y a atacar sus platos con entusiasmo, menos don Salustio Menchaca, a quien explicablemente se le había ido el apetito. El Ministro de Relaciones y el Comisario de Finanzas se miraron uno a otro muy asombrados y luego levantaron imperceptiblemente los hombros.

El general Balarrasa, muy orondo, llamó al mayordomo. Petrovsky se acercó en actitud de respeto.

—¿Señor embajador? —preguntó inclinándose.

—¡Qué sirvan lo que sigue! —Ordenó imperiosamente Balarrasa —: ¡Pronto! ¡Deee frente! ¡Maaarchen!...

—En el acto, señor embajador —repuso Petrosky cuadrándose militarmente. Después les hizo una seña a los camareros, y éstos empezaron a servir la sopa, que traían en grandes fuentes. Otros criados llenaron las copas con vino tinto.

Al llegar a Lopitos, que era el último a quien se servía, la sopa

ya casi se había acabado. Por más que escarbó el criado en la sopera, sólo pudo sacar medio cucharón. Lopitos se quedó mirando su plato y luego le dijo en voz baja al criado:

—¡Échele otro poquito, hombre! ¿O a poco ya empezó a racionar el nuevo gobierno?

El criado se inclinó y le dijo al oído:

—Es que ya no hay más, joven...

—¿Cómo que ya no hay más? ¡Pero si yo traje veinte latas!

—Pues sí, pero es que al soltar el hervor se consumen.

—¡Se consumen! —Protestó Lopitos—. ¡Se las clavan, que es otra cosa!

Petrosky se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo y se acercó muy serio con una jarra en la mano. Sin decir palabra, vertió la mitad de su contenido en el plato de Lopitos.

—Agua a la crema —suspiró el canciller—. Qué se me hace, Petrosky, que usted estudió para lechero... ¿no?

El mayordomo, muy digno, se retiró sin responder. Lopitos, filosófico, le echó unos pedazos de pan al caldo y lo removió con la cuchara.

—Bueno —le guiñó un ojo al camarada Chicharín—. Haremos gazpacho...

No habían pasado quince minutos, cuando el mismo criado de librea volvió a entrar en el comedor con una bandeja de plata en la mano. Sobre la bandeja, destacaba otro telegrama. En medio de la expectación general, el criado se dirigió a la cabecera de la mesa y le presentó la bandeja a Balarrasa. El general la miró muy alarmado.

—¿Y esto qué es? —preguntó con voz temblorosa.

—Un telegrama, excelencia.

El general tomó el sobre y trató de sonreírle al Ministro de Relaciones.

—A lo mejor es la confirmación del anterior —dijo mientras lo abría.

El Ministro también sonrió:

—O el aviso de que ya le mandan sus cartas credenciales...

Balarrasa se colocó el monóculo y leyó el telegrama. Conforme se fue enterando de su contenido, se le agrió el gesto y se le erizó el bigote. Al terminar, dio un terrible puñetazo sobre la mesa.

—¡Con cien mil bombas de hidrógeno! —exclamó—. ¡Cartuchos de dinamita, nidos de ametralladoras y húsares destripados!

El general se levantó de su asiento y a grandes zancadas se dirigió al sitio del agregado naval. Siempre puntilloso en materia de protocolo militar, se cuadró ante el almirante Neptuno Aguado y le entregó el telegrama. El viejo lobo de mar lo leyó con gesto de asombro, que gradualmente se convirtió en uno de satisfacción. Sin decir palabra, se levantó de su asiento, se cuadró ante Balarrasa, y con paso lento y solemne se dirigió a la cabecera de la mesa.

—Señor Ministro de Relaciones —le dijo a Vasili Vasiloff, y luego, dirigiéndose al resto de los comensales—: Señores Comisarios y demás distinguidos tritones que tenemos a bordo: tengo el honor de informar a ustedes que las heroicas fuerzas navales de la República de Los Cocos, han derrocado al gobierno militar del general Filomeno Natilla...

El mayordomo Petrosky volvió a hacerle una seña al criado de antes, y éste acudió con una silla. Ante un movimiento de cejas del mayordomo, el criado se subió en la silla y procedió a descolgar el cuadro del general Natilla.

—Tras de una andanada que afortunadamente no causó más bajas que los faroles de la entrada a Palacio —continuó el almirante—, la infantería de marina lo tomó por abordaje y se instaló rápidamente en el mismo. El ex Presidente Natilla tomó el avión de las 8.15 para Miami. No se sabe cuánto se llevó en las maletas de mano, pero ya nos enteraremos... En su lugar, ha tomado posesión de la Presidencia el señor Almirante don Delfín Escamilla, quien se hará cargo del poder hasta que se convoque a elecciones...

El Ministro de Relaciones y el Comisario de Finanzas volvieron a mirarse significativamente y a encogerse de hombros. Mientras tanto, el criado trepado en la silla recibió un nuevo cuadro y lo colocó en la pared. El cuadro representaba a un individuo con barba y uniforme de almirante, también cuajado de condecoraciones.

Don Neptuno Aguado se aclaró la voz y continuó:

Igualmente tengo el honor de comunicar a ustedes que el nuevo Presidente, el almirante Escamilla, ha tenido a bien nombrarme Embajador Extraordinario y Plenipotenciario de Los Cocos en

Pepeslavia...

Mientras el criado salía del comedor con el cuadro del general Natilla de cabeza, se escuchó el murmullo de los comentarios que provocaron las palabras del nuevo embajador. Al pasar el cuadro junto a Lopitos, éste le echó una discreta trompetilla.

El almirante Aguado levantó una copa para brindar. Todos los comensales se pusieron de pie, igualmente armados.

—Les pido, estimables ballenatos, que brindemos por el nuevo gobierno de Los Cocos, por el Almirante Escamilla y por la amistad que une con nudo marino a nuestros dos países...

Los comensales brindaron, elevando sus copas hacia el retrato del nuevo Presidente, y volvieron a sentarse. El almirante Aguado, en el sitio de honor a la cabecera de la mesa, le hizo seña a Petrosky de que se acercara.

—¿Señor embajador? —preguntó el mayordomo muy solícito.

—Que sirvan el pescado —ordenó el almirante.

—A veinte nudos por hora, excelencia...

Los criados sirvieron el pescado y llenaron nuevas copas con vino blanco. El almirante Aguado lo paladeó con satisfacción y brindó muy sonriente con sus vecinos de asiento. Todos los demás comensales empezaron a comer y a conversar animadamente entre sí, menos Menchaca y el general Balarrasa, que tenían unas caras muy largas.

El vino y las emociones de los últimos acontecimientos hicieron que Lopitos sintiera calor. Iba a limpiarse la frente con una servilleta, pero la mirada severa del consejero De la Pompa y Pompa —que no dejaba de observarlo— hizo que dejara la servilleta sobre la mesa y en vez sacara el pañuelo que llevaba en el bolsillo del frac. Al sacarlo, una bolita de naftalina se desprendió de entre sus pliegues y fue a dar al plato del Ayudante de Protocolo, que estaba sentado a su izquierda. En esos momentos el Ayudante estaba conversando con su otro vecino, y por lo tanto no se dio cuenta del incidente.

Lopitos empezó a sudar la gota gorda. Como quien no quiere la cosa, alargó la mano hacia el plato del Ayudante de Protocolo con intención de rescatar la bolita, pero en estos momentos el Ayudante tomó su tenedor y se llevó un trozo de pescado a la boca, con naftalina y todo. El camarada Borbovich hizo un gesto de desagrado.

—¿Qué clase de pescado es éste, que huele a petróleo? —le preguntó a Lopitos.

—Es uno que nos mandaron de Venezuela —contestó el canciller tratando de sonreír.

Haciendo un esfuerzo, el Ayudante de Protocolo tragó el bocado y se bebió de golpe la copa de vino.

—Pues cuando menos tiene noventa octanos, —dijo cruzando sus cubiertos sobre el plato—. Yo mejor no me lo como. No sea que después haga explosión al fumar mi puro...

Lopitos, muy descontrolado, también olió su pescado. El camarada Borbovich se lo quedó mirando con un ojo crítico. Viendo que no lo comía, le sonrió muy significativamente al Comisario de Enlace con Países Subdesarrollados, que trataba de sacarse una espina al amparo de la servilleta.

En la cocina de la embajada, el chef y el criado de librea paladeaban sendas copas de vino mientras los camareros entraban y salían con platos y bandejas. El chef tomó la botella y la miró al trasluz, chasqueando la lengua.

—Este Chateaufeuf du Pape está muy potable... Hay que decirle al mayordomo que ya no lo sirvan en la mesa, pues si no, se nos acaba. Lo mismo el Pouilly-Fuissé...

—¿Y si piden más? —preguntó el criado.

—¡Que les sirvan horchata! —Repuso el chef Encogiéndose de hombros—. Los buenos caldos hay que conservarlos para nosotros los conocedores, que sabemos apreciarlos. A esa gentuza lo mismo le da una copa de coñac que un litro de gasolina.

El chef tomó delicadamente la botella y volvió a llenar las copas. En estos momentos sonó un timbre con insistencia.

—Es el de la puerta —observó el criado—. ¿Quién podrá ser a estas horas?

El chef se encogió de hombros y volvió a su vino. El criado apuró su copa de un trago y salió de la cocina. Al cabo de unos minutos, se asomó muy sonriente por la puerta y agitó un sobre en la mano.

—¡Atiza! —Exclamó el chef, limpiándose los bigotes con el dorso de la mano—. ¡Otro telegrama!

El criado de librea entró muy tieso en el comedor, con la consabida bandeja de plata en la mano, y se dirigió a la cabecera de la mesa. En medio de un silencio general, llegó hasta el almirante Aguado y le presentó la bandeja. El marino tomó el sobre, lo abrió y leyó horrorizado el telegrama.

—¡Rayos y centellas! ¡Centollos y toninas! ¡Galernas y tifones, tiburones y sardinas!

El almirante Aguado se levantó de su asiento y cruzó al otro extremo de la mesa con paso tambaleante. Ante el asombro de todos, se acercó a Lopitos, le puso una mano en el hombro y le entregó el telegrama.

—Bueno, grumete —le dijo tratando de sonreír—. Parece que ahora le toca a usted montar guardia...

Con la boca abierta, Lopitos tomó el telegrama y lo leyó maquinalmente, moviendo los labios. Volvió a leerlo una segunda y tercera vez, y su rostro fue iluminándose con una sonrisa. Por fin se levantó de su asiento, le dio un tirón a la manga del frac y con paso muy digno se dirigió a la cabecera de la mesa. Al llegar allí, miró a todos con expresión entre alegre y de burla, se tiró nuevamente de la manga y les dijo mostrándoles el telegrama:

—Señores, la emoción me embarga, cual vulgar actuario. Acaba de llegar este telegrama, informando que mi padrino, el doctor Belendre, con el apoyo de los veladores, los cuidadores de coches y la policía dizque auxiliar de Los Cocos, ha derrocado al gobierno del almirante Escamilla...

Como de costumbre, el mayordomo Petrosky le hizo seña al criado para que se acercara con su silla y descolgara el retrato del ex Presidente.

—Mi padrino —continuó Lopitos—, se ha hecho cargo del poder y por las dudas no va a convocar a elecciones. Mejor va a comprar cañones...

Los comensales se miraron unos a otros con estupor.

—Con la visión que lo caracteriza —agregó el canciller sacudiéndose las solapas del frac—, porque debo advertirles que mi padrino es dueño de una óptica, el doctor Belendre me ha nombrado Embajador Extraordinario y Plenipotenciario de Los Cocos en Pepeslavia. En realidad lo extraordinario es que me haya nombrado...

Lopitos miró fijamente al consejero De la Pompa y Pompa, que estaba más pálido que un cadáver de cuarenta y ocho horas.

—Y entre mis plenipotencias, está la de cesar ipso facto a cualquier miembro de mi personal que me caiga gordo...

El consejero se limpió el sudor de la frente con su pañuelo. Lopitos sonrió plácidamente.

—Pero no se asusten... Yo no soy un hombre vengativo. Mis veinte años de carrera y mis sufrimientos como canciller de quinta, me han enseñado a ser humano...

Lopitos hizo una pausa y miró a los comensales uno a uno.

—Aunque eso sí: yo llevaré esta embajada con dignidad y decoro, y no dejaré que nadie se me suba a las barbas...

El flamante embajador se tiró de la manga del saco y tomó en la mano una copa de champaña. Todos los presentes se pusieron de pie.

—Señores, los invito a brindar por el nuevo gobierno civil de la República de Los Cocos... Por su Presidente, mi padrastro, digo, mi padrino el doctor Belendre, aunque uno nunca sabe... Por mí mismo... y por la eterna amistad entre nuestros dos países...

Todos los comensales brindaron con Lopitos. El Ministro de Relaciones le estrechó efusivamente la mano, y de paso se la dejó embarrada de mantequilla. Con la otra, Lopitos sacó su pañuelo del bolsillo para limpiarse, y una lluvia de bolitas de naftalina cayeron sobre la mesa y en el piso. Sin inmutarse, se sentó en la cabecera y le hizo seña a Petrosky de que se acercara.

—¿Señor embajador? —preguntó el mayordomo.

—A ver, Petrosky, que traigan una escoba y un recogedor y que limpien esto... ¡Pero como de rayo!

—Inmediatamente, señor embajador. —Petrosky se inclinó y le cuchicheó en el oído a Lopitos—: Con licencia del señor embajador: no tenemos ningún retrato del nuevo señor Presidente.

—No importa, Petrosky. Yo mañana le traigo uno, aunque en él aparece mi padrino en pañales, de cuando cumplió el primer añito. No tiene idea lo mono que está... Mientras tanto, que pongan un calendario.

—¿Un calendario, señor embajador? —preguntó el mayordomo arqueando una ceja.

—O un mapa de la República, que en realidad es lo que cuenta. Después de todo, nosotros somos transistores, digo, transitorios.

—Como ordene el señor embajador —repuso Petrosky haciendo una reverencia.

—¡Ah! Y también ordeno otra cosa —agregó Lopitos—. Si traen más telegramas, no me los pasen. A ver si puedo llegar de embajador al postre y al café...

El mayordomo volvió a inclinarse y se retiró a su puesto. El Ministro de Relaciones le puso una mano en el brazo a Lopitos y le dijo con una gran sonrisa:

—Señor embajador: no sé por qué tengo el pálpito de que las relaciones entre Pepeslavia y la República de Los Cocos se van a estrechar más que nunca.

—Excelencia, ya sabe usted que yo haré todo lo posible y lo que esté de mi parte para lograrlo. Modestia aparte, yo soy especialista en estrecheces...

—Ahora que pasemos al salón —continuó el Ministro—, le agradecería que me concediese unos minutos de charla privada, señor embajador. Me gustaría cambiar impresiones con usted sobre la próxima Conferencia...

Lopitos hizo una inclinación de cabeza.

—Si para entonces sigo en mi puesto, con el mayor gusto, señor Ministro... Yo cambio con usted lo que quiera. Y si le parece, podemos empezar con nuestras copas de champaña: la mía está casi vacía, y la de usted casi llena...

## CAPÍTULO NOVENO

**E**L Primer Ministro Osky Poposky encendió un cigarrillo con la colilla del anterior, aspiró profundamente el humo y lo fue arrojando en pequeños círculos simétricos, que de haber sido de colores hubiesen dado la impresión de emblema olímpico. Los aros, sin embargo, eran amarillos, ya que el político pepeslavo estaba tan completamente saturado de nicotina, que hasta al mismo humo de tabaco lo impregnaba de alquitrán y alcaloides.

Sentado frente a él, escritorio de por medio, el Ministro de Relaciones Vasili Vasiloff hablaba con su voz de finas y estudiadas inflexiones:

—Y lo más extraordinario del caso, camarada Poposky, es que ya han pasado quince días y el Presidente Belendre se mantiene aún al frente del gobierno de Los Cocos.

—¿Qué tiene de extraordinario? —preguntó el Primer Ministro, en ese tono que hacía sentirse a sus interlocutores como perfectos asnos.

—Hombre, que se trata de un civil, y usted sabe que en las repúblicas tropicales de América los civiles no duran en el poder arriba de una semana. En cambio los militares... una vez que fusilan a sus colegas, que son los únicos capaces de derrocarlos, suelen afianzarse en la silla presidencial hasta treinta y cuarenta años.

El Primer Ministro hizo una mueca de desprecio.

—Usted mismo acaba de informarme que el general Filomeno Natilla, que derrocó al antiguo presidente, general Godínez, sólo duro de los entremeses a la sopa, es decir, lo que ustedes tardaron en pasar de un plato a otro en la cena de la embajada.

El Ministro de Relaciones sintió que se le encendían las orejas. El condenado de Poposky siempre encontraba la manera de apabullarlo y hacerlo aparecer como un tarado.

—Es cierto, camarada. Posiblemente ésta sea la excepción que confirma la regla.

El primer Ministro jugueteó con su cajetilla de cigarros.

—En política jamás se pueden hacer generalizaciones, camarada Vasili Vasiloff. Nunca podemos suponer que tal o cual cosa ocurrirá simplemente porque ha sucedido repetidamente en el pasado. Al igual que esos generales latinoamericanos que usted se precia de

conocer tan a fondo, es menester que nos mantengamos constantemente en guardia, desconfiando hasta de nuestras propias sombras, preparados para hacer frente a cualquier contingencia, listos para dar un garrotazo antes de que nos lo den a nosotros.

—Tiene usted toda la razón del mundo, camarada, —repuso Vasiloff bajando la vista.

Poposky emitió un ligero gruñido, que se prestaba a diversas interpretaciones.

—Ahora dígame —continuó—: ¿le han confirmado al ex canciller López su cargo como embajador de Los Cocos en Pepeslavia?

—Sí, señor. Inclusive ya le mandaron sus cartas credenciales por correo aéreo. Nosotros le dimos el beneplácito inmediatamente.

—¿Cuándo presentará credenciales?

—El próximo jueves.

El Primer Ministro consultó su calendario. Después se levantó del asiento y empezó a dar grandes zancadas por el despacho, fumando incesantemente y con los brazos cruzados tras de la espalda. El Ministro de Relaciones lo siguió con la mirada, atento a su menor gesto.

—Muy bien —dijo Osky Poposky al cabo de un rato—. Esto modifica nuestros planes. De cualquier manera no tenemos tiempo que perder, pues la Conferencia se nos echa encima, y la situación está tan equilibrada entre «verdes» y «colorados», que el voto de la República de Los Cocos nos es absolutamente indispensable.

Poposky se detuvo bruscamente frente al Ministro de Relaciones.

—¿Ha tenido usted oportunidad de tratarle el asunto a López?

—Pues... sí. En la conversación que tuvimos después de la cena, y luego en otras dos o tres ocasiones hablé con él al respecto.

—¿Y cuál fue su reacción?

—Pues... se salió por la tangente —titubeó Vasili Vasiloff—. El embajador Lopitos habla mucho, pero no dice nada.

—¿Qué pretexto puso para no darle una respuesta concreta?

—Alegó que mientras no presente credenciales, no tiene aún categoría de embajador y que por lo tanto no puede comprometerse en un sentido o en otro.

—Naturalmente —volvió a gruñir Osky Poposky—. Después de

todo no es tan inexperto como usted me lo ha pintado. Se ve que conoce bien su oficio.

El Primer Ministro estrujó su cigarrillo en un cenicero y encendió otro.

—Sin embargo —prosiguió, arrojando el humo hacia arriba—, ¿cree usted poder convencerlo una vez que haya presentado credenciales?

—Yo creo que sí. Por lo pronto, vamos a darle tres condecoraciones de golpe. Él me confesó que no tenía ninguna, y usted sabe que esta gente se vuelve loca por las medallas. Hay generales y embajadores latinoamericanos que al caerse al suelo en alguna recepción, ya no pueden volver a levantarse por el peso de la chatarra que llevan encima.

—En tal caso denle todas las condecoraciones que sean necesarias. Si el hombre es vanidoso, vamos a aplastarlo con honores. ¿Le ha ofrecido usted dinero?

—Se lo insinué, pero por poco me pega. No creo que sea fácil sobornarlo.

El Primer Ministro reanudó sus paseos.

—¿Bebe? ¿Le gustan las mujeres?

—Según me informa el mayordomo de la embajada, que es... nuestro confidente —sonrió Vasili Vasiloff—, Lopitos bebe poco, pero en cambio está enamorado como un burro de su secretaria particular, una tal Lolita, si bien nunca se ha atrevido a declararle su amor.

Osky Poposky entrecerró los ojos entre nubes de humo.

—¡Ajá! Pues entonces vamos a servirle un manjar más exquisito que cinco Lolitas juntas. A estos hombres del trópico les gustan las rubias.

—Les gustan todas —afirmó el Ministro de Relaciones.

—Sí, pero especialmente las rubias, porque escasean en sus países. Estoy pensando en la Agente Secreta XY-707.

Vasili Vasiloff no pudo reprimir un gesto de asombro:

—¿La que consiguió los planos de las instalaciones militares en Borlonia? ¿La que hizo que defecionara el mariscal de campo Von Schulemberg?

Osky Poposky fulminó con la mirada a su subalterno.

—Lo que haya conseguido la Agente Secreta XY-707 no es de la incumbencia de usted, camarada Vasili Vasiloff.

—Usted perdone, camarada Primer Ministro —repuso Vasiloff visiblemente mortificado—. No quise ser indiscreto.

Osky Poposky se dirigió rápidamente a su escritorio, consultó unos papeles y anotó algo en su agenda. Después tomó un teléfono rojo y marcó dos números.

—Habla Poposky. Que venga XY-707 inmediatamente a mi despacho... ¿Que qué? ¿Que se está secando el pelo?

Pues que se ponga una toalla y que venga ahora mismo, si no quiere ir a remojarse al fondo del río... ¡Inmediatamente, he dicho!

El Primer Ministro colgó bruscamente la bocina del aparato, y volvió a sentarse tras su escritorio. Por espacio de unos minutos se quedó mirando fijamente al Ministro de Relaciones, entre bocanadas de humo amarillento.

—Ahora escuche usted atentamente, camarada Vasili Vasiloff: a los tres días de la presentación de credenciales del embajador López, como usted sabe, le doy una gran recepción al Cuerpo Diplomático.

—Sí, camarada Osky Poposky —repuso el Ministro, sentándose en la orillita del sillón, con las manos entrelazadas sobre las rodillas.

—En el transcurso de la recepción, usted le presentará la Agente Secreta XY-707 al embajador López, diciendo que es una sobrina suya, que acaba de graduarse en la universidad y que se interesa mucho en la arqueología de Los Cocos.

—Sí, camarada Osky Poposky.

El Primer Ministro sonrió siniestramente.

—Lo demás corre por cuenta de Tania.

—¿Quién es Tania? —susurró el Ministro de Relaciones, inclinándose hacia su jefe.

—Ese será el nombre ficticio de la Agente Secreta, ¡animal! Su verdadero nombre, ni ella misma lo sabe.

Osky Poposky deshizo su colilla en el cenicero y encendió un nuevo cigarrillo.

—A cambio de los favores de esa mujer extraordinaria —volvió a sonreír— no hay hombre normalmente constituido que no vote y rebote como ella le diga...

El Ministro de Relaciones Vasili Vasiloff, como buen diplomático se pasó discretamente la lengua por los labios.

## CAPÍTULO DÉCIMO

**D**ESPUÉS de los treinta y cinco años que llevaba de estar tramitando su visa, el viejecito Milos Popovich se detuvo en la puerta de la cancillería, leyó el nuevo letrero que aparecía en la entrada, y se restregó los ojos:

### **HORAS DE OFICINA**

**De las 6 a las 14:30**

**y**

**De las 15 a las 21 horas**

—¿Pero será posible? —Murmuró con incredulidad el anciano—. ¿No me habré equivocado de embajada? ¿Catorce horas y media para atender al público, siendo que antes apenas le dedicaban quince escuálidos minutos? Aquí debe suceder algo gordo...

Don Milos se acomodó su gran bolsa de cuero y entró en el salón de recibo con toda la prisa que le permitían sus ochenta años. No; no se había equivocado de local: la oficina era la misma, y como siempre estaba atiborrada de público. Los únicos cambios consistían en que el retrato del doctor Belendre ocupaba el sitio donde antes había presidido la imponente imagen del general Godínez, y un poquito más abajo el consejero De la Pompa y Pompa —de notorio mal humor— atendía a la concurrencia desde el mismo escritorio que había utilizado el ex canciller Lopitos para sellar pasaportes y hacer sus ejercicios de yoga.

Don Milos Popovich ocupó su sitio de costumbre y observó al estirado funcionario diplomático con picardía en la mirada. El consejero, siempre elegantemente vestido, parecía sin embargo haberse avejentado en unos cuantos días: tenía canas en la cabeza y arrugas en el semblante, y de vez en cuando se daba un tirón a la manga del saco. Con evidente repugnancia le tomaba las huellas digitales a un hombre barbudo, con aspecto de campesino.

—Cosas veredes... —pensó para sus adentros el anciano, con gran regocijo.

En esos momentos se abrió la puerta principal y Lopitos entró en el salón. Vestía una elegante chaqueta oscura y pantalón a rayas, y en la mano derecha llevaba un sombrero «homburg» y un par de guantes color gris perla. El público se puso de pie y el flamante embajador correspondió amablemente a su saludo.

Después cruzó hacia el escritorio, seguido por un criado uniformado que le llevaba el portafolios. El consejero De la Pompa y Pompa le soltó bruscamente la mano al emigrante y también se puso de pie, con una sonrisa forzada.

—Buenos días, señor embajador —dijo con cierto retintín.

—Hola, mi conse —saludó Lopitos—. ¿Qué hay? ¿Mucho trabajo?

—Pues ya ve usted... Desde que tuvo a bien cambiar las horas de oficina, esto parece romería. Apenas tengo tiempo para cumplir con mis compromisos sociales.

—Mejor, mi conse. Así no tiene usted que gastar tanto dinero en ramos de flores. ¿Hay correspondencia?

El consejero le alargó un paquete de cartas y un par de sobrecitos azules.

—Esto es lo que ha llegado. Hay dos telegramas.

—¡Ay, nanita! —exclamó Lopitos, mitad en broma y mitad alarmado—. A la mejor es un nuevo nombramiento.

—O una vuelta a la cordura —dijo el consejero entre dientes.

Lopitos ignoró el comentario y miró los telegramas al trasluz.

—Bueno, mi conse, atiéndame aquí a don Milos Popovich con la prioridad que ameritan sus barbas blancas, y una vez que haya terminado con la tanda de la mañana se da una vueltecita por mi despacho, a ver qué se me ofrece.

—Muy bien, señor embajador —repuso De la Pompa y Pompa con rabia mal contenida.

Lopitos alzó una ceja y lo miró de arriba a abajo.

—Y de buen modo, ¿eh? Si no, lo pongo a limpiar las ventanas.

El embajador tomó su correspondencia, le guiñó un ojo a don Milos Popovich y se dirigió a su despacho con andares de torero, seguido por el criado con el portafolios.

Al llegar a su escritorio, Lopitos advirtió que alguien había colocado un florero pequeño, con un ramillete de rosas artificiales, al lado de su cartapacio. Pasándoles un dedo por encima, sonrió con ternura.

—Esta fue mi Lolis. Se las agradezco tanto como si fueran naturales.

Después sacó impulsivamente la cartera, tomó un par de billetes de alta denominación y se los entregó al criado.

—Déjame aquí el portafolio y vete a comprar un ramo de rosas

rojas, naturales.

El criado hizo un gesto de asombro.

—¿Naturales, señor embajador? En este país y en esta época del año las rosas naturales cuestan más que una casita en el campo.

—No importa —sonrió Lopitos—. Para algo se es embajador, después de veinte años de ser chícharo.

El criado hizo una reverencia y salió del despacho. Lopitos recorrió su oficina con la mirada, y la detuvo nuevamente en el ramillete de flores artificiales. Alargó la mano para acariciarlas, pero los telegramas hicieron que su expresión de afecto cambiara a una de sobresalto. Abriéndolos con mano temblorosa, volvió la vista hacia el retrato del presidente Belendre, que ocupaba el sitio de honor encima de la chimenea.

—¡Ah, caray, padrino! ¡Me había olvidado de tus telegramas! Cada vez que me mandas uno me brinca el corazón y se me altera el pulso, pues pienso que a la mejor es el aviso de que ya te dieron chicharrón...

Lopitos leyó los mensajes y la tranquilidad volvió a su rostro.

—No... Sólo son felicitaciones. Nunca pensé que tenía tantos amigos y Afmos. Attos. y SS. SS. Desde que me hicieron embajador me han salido más cuatachos que barro a un adolescente. Antes ni los perros me ladraban, pero ahora todo el mundo me mueve la cola.

Lopitos tocó un timbre y se arregló el nudo de la corbata. Momentos después entró Lolita en el despacho, con su libreta de taquigrafía y un lápiz en la mano.

—Buenos días, Lopitos... —sonrió coquetonamente—. ¡Ay, perdón! Buenos días, señor embajador.

—Buenos días, Lolita... ¡Ay perdón! Buenos días, señorita Fernández.

—Dígame Lolita, como siempre.

—Pues entonces usted dígame Lopitos, también como siempre.

—Es que ahora ya es diferente...

—Es verdad. Antes me cosía usted las mangas del saco.

Lopitos le acercó la silla que estaba frente al escritorio y la muchacha se sentó, después de titubear un momento.

—Y se las volveré a coser, si hace falta.

—No sería nada difícil —sonrió Lopitos—. Ya sabe usted que en estos puestos somos aves de paso. O para estar más de moda:

somos satélites artificiales a los que en cualquier momento se les puede acabar la cuerda.

Lolita sonrió a su vez. El embajador tomó el florero con las rosas artificiales y se las llevó a la nariz.

—Muchas gracias por las flores, Lolita.

—¡Pero si son artificiales!

—Es el detalle lo que importa. Al embajador Menchaca no se las ponía usted.

La secretaria se encogió de hombros e hizo una mueca.

—¿Y a mí por qué me las pone? —preguntó Lopitos acercándose a la chica.

—Porque hacen juego con su corbata.

—Pero si mi corbata es gris perla tirando a mango, sin agravar lo presente...

—Pues entonces con lo que lleva abajo de la corbata, del lado izquierdo.

Lopitos se entreabrió la camisa.

—¿Se refiere usted a mi camiseta de franela? ¿Cómo adivinó el color? A poco se transparenta...

Lolita le puso una mano delicadamente sobre el brazo al ex canciller.

—No, Lopitos. Me refiero a su corazón. Usted es un hombre de muy buen corazón, y yo por eso lo estimo tanto.

—¿Aunque sea yo embajador plenipotencioso? —preguntó Lopitos con mirada de borrego moribundo.

La muchacha volvió a encogerse de hombros.

—Eso es lo de menos.

—Es verdad. Es lo de menos. Esto sólo es un sueño de una mañana de invierno. En cambio lo otro...

—¿Qué otro? —inquirió Lolita, alentándolo con la mirada.

Lopitos le tomó la mano entre las suyas, carraspeó y se acercó todavía más a la chica.

—Lolita... yo... Mire usted, yo...

En estos momentos alguien tocó a la puerta. El embajador le soltó rápidamente la mano a la secretaria y le cerró un ojo.

—Después hablamos. ¡Adelante, caminante!

Lolita se sentó frente al escritorio, disponiéndose a tomar dictado. Lopitos, engolando la voz, fingió que dictaba:

—Y en vista de la voltereta que ha dado la situación política,

estamos otra vez, como quien dice, en Babia, nomás que peor... ¿Cómo dice el primer párrafo, Lolita?

La puerta del despacho se abrió lentamente, y por ella apareció el secretario Templado, oscilando como de costumbre. Al ver a Lopitos, le hizo una reverencia versallesca, que por poco le hace perder el equilibrio.

—Excelentísimo señor embajador... Se le saluda con efusión, cariño y el grado de respeto que señala el reglamento.

—No sea payaso, don Sera —rio Lopitos—. ¿Qué se le ofrece?

El secretario Templado se acercó al escritorio, y al ver a Lolita volvió a hacer una reverencia:

—Buenos días, esplendorosa flor de mi trópico lejano...

—Buenos días, don Serafín —sonrió la chica.

Templado se volvió hacia Lopitos y se apoyó con ambas manos en el escritorio. Trató de enfocar la mirada y declamó con aire dramático:

—Señor embajador, me permito informarle que han llamado de la Dirección de Protocolo, para confirmar que la ceremonia de presentación de credenciales tendrá lugar el próximo jueves, a las once en punto de la mañana, con permiso de la autoridad y si el tiempo no lo impide.

—¿A poco se van a lidiar seis toros seis? —preguntó Lopitos con sorna. El secretario ignoró el comentario.

—Veinte minutos antes —continuó—, el Director de Protocolo pasará por usted y su séquito.

—¡Ah! ¿Qué hay que ir de saquito?

—Séquito, señor embajador, séquito. Vulgo, sus achichincles. El señor director pasará por usted para acompañarlo a palacio.

Lopitos remedó el tono ampuloso de don Serafín:

—Lo esperaremos con singular alborozo...

—Salvo su mejor parecer —observó el secretario, levantando un dedo—, yo sería de opinión que mejor lo esperásemos con una copita de coñac, para calmar los nervios. Estas ceremonias siempre imponen.

—Las copitas vendrán después, don Sera —replicó Lopitos poniéndose serio—. El día de la presentación de credenciales, usted me va a prometer que estará más sereno que un atardecer en los lagos suizos. Después de la ceremonia le daré tres días de licencia y una caja de lo que le pida el cuerpo... Pero se me va con

tiento, porque si no la caja que le pedirá el cuerpo será de ésas que sirven para empacar carnes frías.

Don Serafín Templado volvió a hacer una reverencia.

—Descuide, excelentísimo señor...

Lopitos se frotó las manos.

—Muy bien. Ahora hágame favor de llamar al consejero, al general Balarrasa y al almirante don Neptuno Aguado. Y usted también esté aquí presente. Quiero que discutamos en familia los detalles de la presentación de credenciales.

—¿Todos? —preguntó el secretario con extrañeza.

—Sí, señor. Todos. Se trata de que nos pongamos de acuerdo para que la cosa salga con el mayor decoro posible.

—Es la primera vez, en mi ya larga carrera —observó Templado—, que un jefe de misión consulta a sus subordinados en un asunto en que él llevará la voz cantante.

—Don Sera, usted sabe que aquí no hay subordinados. Todos somos amigos, y estamos para servir a los intereses de la patria. Yo también tengo mis horas de vuelo en este teatro, y por eso sé lo que digo. Ándele, llame a los compañeros.

El secretario Templado miró al embajador, luego a Lolita y después nuevamente a Lopitos.

—Eso es lo que se llama un coctel de democracia, mi querido Lopitos. Voy volado...

Don Serafín salió del despacho y Lolita tomó el florero entre las manos.

—¿Ve cómo sí le hacen juego las rosas, señor embajador?

Lopitos sonrió de oreja a oreja y le tendió los brazos a la muchacha. Nuevamente iba a iniciar su declaración de amor, pero otra vez se vio interrumpido, en esta ocasión por una explosión que sacudió los ventanales del despacho.

—¡Santo Dios! —gritó Lolita—. ¿Qué fue eso? ¿Una bomba?

—Qué va —la calmó Lopitos—. Ése es mi general Balarrasa. Anoche fue a la cena mensual de los Agregados Militares, y algún bromista le dio un puro con explosivo, para que sepa lo que es la pólvora...

## CAPÍTULO DÉCIMO PRIMERO

**S**I el camarada Vasili Vasiloff se había relamido al escuchar la descripción que hizo el Primer Ministro de la Agente Secreta XY-707, es muy probable que le hubiese dado un síncope al verla en persona. La espía era un monumento de mujer, lo que se dice una real hembra: alta, turbadoramente bien formada, con facciones de diosa griega y una cabellera rubia y sedosa que le caía sobre los hombros. El mismo Primer Ministro, que tenía alma de granito y se preciaba de estar por encima de todas las pasiones, como no fuese su ciega devoción a la causa «colorada», en esta ocasión no pudo menos que admirarla en silencio a través de su cortina de humo, mientras la Venus pepeslava examinaba unas fotografías, voluptuosamente reclinada en uno de los sillones del despacho ministerial.

Tania levantó su mirada, límpida y azul, y la fijó en el rostro de duras facciones mongólicas del Primer Ministro. En sus manos, de dedos finos y alargados, sostenía media docena de fotografías de Lopitos.

—Pues no es tan feo, camarada Osky Poposky —sonrió la agente.

—Tampoco está como para participar en el concurso de Míster Universo —repuso el Premier con esa horrible mueca que en él pretendía pasar por una sonrisa—. Sin embargo, celebro que lo encuentres potable, pues vas a tener que hacerle el amor a marchas forzadas.

Tania volvió a examinar las fotos.

—Me gusta su caída de ojos —dijo con sorna.

—Ya te ocuparás tú de hacérselos caer hasta las rodillas. Es preciso que lo conviertas en plastilina: que le hagas perder el seso, que lo domines, que te adueñes de su pensamiento y de su voluntad, para que en el momento oportuno nos de su voto, independientemente de las instrucciones que reciba de su gobierno.

La espía echó la cabeza hacia atrás y se pasó una mano por la rubia cabellera.

—Pierda cuidado, camarada. A este tipo de hombre le derrito la médula espinal con una sola mirada. Basta que le muestre un trozo generoso de epidermis, que le pase las yemas de los dedos por la

nuca y que le aplique un beso de boquita entreabierto, para hacerlo trotar en cuatro patas y pararse de manos cuando me de la gana.

—Tus procedimientos técnicos no me interesan —dijo Osky Poposky con brusquedad—. Lo que necesito es su voto.

—Lo tendrá usted, camarada.

El Primer Ministro se levantó de su asiento y se dirigió al escritorio. Tomó un sobre abultado, verificó su contenido y se lo entregó a Tania.

—Aquí tienes una serie de datos sobre la república de Los Cocos. Es necesario que te enteres de su geografía, historia, sistema político y sobre todo de su arqueología, para que puedas hablar con conocimiento de causa. Recuerda que te harás pasar por sobrina del Ministro de Relaciones, y que se supone que te acabas de graduar en la Universidad de Troleburgo, interesándote sobremanera los monumentos arqueológicos de ese país. Desde ahora, hasta que seas presentada al embajador López en la recepción que ofrezco al Cuerpo Diplomático, es necesario que te empapes en la materia para que no vayas a meter la pata.

—Yo nunca la meto, camarada Primer Ministro, y si tal cosa llegara a suceder, tengo otros atributos cuyo empleo desvía la atención de mis interlocutores. La experiencia me ha demostrado que a los ingenieros les interesan más mis piernas que los cálculos sobre resistencia de materiales; los médicos se olvidan del hipogastrio y de los carcinomas foliculares y prefieren profundizar sus conocimientos de anatomía sobre mi propia persona; a los políticos se les va el habla en cuanto les muestro lo que es la izquierda y lo que es la derecha, y ha habido militares de alta graduación que sólo se acuerdan de la táctica y la estrategia para aplicarlas en la consecución de objetivos que yo guardo entre sedas.

El Primer Ministro hizo un gesto de impaciencia.

—De cualquier manera, estudia la arqueología de Los Cocos. Puede servirte para pasar a otros terrenos menos áridos.

—De acuerdo, camarada —volvió a sonreír la agente secreta.

Osky Poposky, ligeramente nervioso sin saber por qué, estrujó su cigarrillo y encendió otro.

—En este sobre también encontrarás la historia personal del embajador López, con una relación detallada sobre sus gustos,

mañas y costumbres. Tengo entendido que es un poco ingenuo y que navega con bandera de zopenco, pero nunca puede uno fiarse de las apariencias. Sobre todo, recuerda que el tiempo apremia, y que es menester que te adueñes de su voluntad lo antes posible.

—En veinticuatro horas lo tendré comiendo de mi mano...

—Ten cuidado que no te muera.

Tania se incorporó del sillón y con pasos felinos se acercó al Primer Ministro. Sus ojos claros, de ordinario cándidos y serenos, brillaron siniestramente al clavarse en los ojillos de alcancía de Poposky.

—¿Se acuerda usted de lo que hice con el mariscal de campo Von Schulemberg, el héroe de mil batallas de la Segunda Guerra Mundial? ¿Y con el senador Tagliatelli, terror del fascismo italiano? ¿Y cómo dejé al coronel Parkinson, ídolo de las tropas norteamericanas en Vietnam? ¿Y cómo el científico inglés, Sir Marmaduke Potato-Chipps, me entregó los informes ultra secretos del Comité Atómico de su país, a cambio de que le permitiera yo pasar la...?

—¡Basta! —rugió el Primer Ministro.

—Al lado de aquellos tigres —continuó la vampiresa, jugueteando con un botón de su guerrera—, éste es un pobre gatito de Angora.

Oskey Poposky apartó bruscamente la mano de Tania.

—En tal caso —dijo con voz curiosamente ahogada—, procura que su primer maullido sea para damos su voto.

Y ahora márchate, que tengo mucho trabajo.

La Agente Secreta XY-707 recobró su apariencia candorosa, volvió a sonreír y recogió el sobre y su bolso, que había dejado en el sillón. Oskey Poposky no se dignó ayudarla a ponerse el grueso abrigo de pieles, sino que se instaló detrás de su escritorio y fingió concentrar su atención en un altero de papeles.

Tania se dirigió a la puerta, la abrió y con la punta de los dedos le lanzó un beso al Primer Ministro.

—Hasta pronto, camarada...

Oskey Poposky le hizo una seña con la mano, sin levantar la vista de sus documentos. Sin embargo, una vez que la agente secreta se había marchado, el Primer Ministro se quedó mirando por espacio de unos minutos hacia la puerta. Después dio un tremendo puñetazo sobre su escritorio.

—¡Maldita sea! —Gruñó, rechinando los dientes—. ¡Pensar que el triunfo mundial de nuestra causa depende de un voto, y que ese voto corresponde a un país de juguete, que ahora está representado por un mequetrefe! Y que la forma de actuar de ese mequetrefe a la vez depende de un par de tetas sonrosadas...

## CAPÍTULO DÉCIMO SEGUNDO

**E**L Salón de Embajadores del palacio nacional de Pepeslavia aún conservaba el lujo y esplendor de tiempos pasados, cuando el suntuoso edificio había sido residencia de las diversas dinastías que remaron en aquella pintoresca región de los Balcanes. Es verdad que los grandes cortinajes de terciopelo rojo se encontraban un poco desteñidos, y los sillones y consolas de estilo rococó un tanto apolillados, pero junto con los enormes espejos, los candiles de cristal de Bohemia y las alfombras persas que habían ido coleccionándose desde la época de la dominación otomana, contribuían a darle a la noble estancia un aire de magnificencia y majestuosidad digno de las viejas cortes de los Habsburgos. Contrastaba con tanta fastuosidad el aspecto casi insignificante del presidente de la República, Igor Gorgorovich, un viejecito magro y de corta estatura, con alborotada cabellera de filarmónico y piochita blanca que le daba cierto aspecto caprino. El presidente vestía un chaqué de corte anticuado, que a todas luces le quedaba grande, y con monótona frecuencia se llevaba una mano a la oreja derecha para ajustarse un pequeño aparato auditivo. Porque el camarada Igor Gorgorovich era más sordo que una barda.

Además de sordo, era muy despistado, motivo por el cual el Ministro de Relaciones tenía que ensayar con él hasta siete y ocho veces el ceremonial de la presentación de credenciales. Igor Gorgorovich había sido en sus mocedades y en su edad madura un teórico del marxismo, y como tal había sufrido innumerables cárceles y destierros en época de la monarquía, a pesar de que por temperamento era el más inofensivo de los mortales. Autor de numerosos libros, de mil y pico de páginas cada uno, sobre enrevesados temas político-económico-sociales, Gorgorovich se convirtió en un símbolo, en una leyenda con anteojos de cadenita, en un mártir de la causa del proletariado, y al término de la Segunda Guerra Mundial fue sacado en hombros del campo de concentración donde lo habían recluido los alemanes, y nombrado Presidente de la República al iniciarse el régimen popular socialista en Pepeslavia. Por cierto que el buen señor —siempre en las nubes— creía que lo llevaban a fusilar, y durante la ceremonia de toma de posesión se abrió la camisa y les gritaba a los soldados de la guardia de honor que le disparasen al corazón, sobre el lado

izquierdo del pecho, ya que en el derecho tenía un fibroma que se irritaba muy fácilmente y después no lo dejaba dormir.

En los países de régimen «colorado» el Jefe de Estado en realidad no gobierna y constituye una simple figura decorativa. En el caso de Pepeslavia, el camarada Igor Gorgorovich se limitaba a presidir las ceremonias oficiales y a recibir a los embajadores extranjeros, dejando las delicadas funciones políticas y administrativas al Primer Ministro Osky Poposky, quien conducía los negocios estatales con extraordinaria sagacidad y mano dura. El resto del tiempo el camarada Gorgorovich lo pasaba escribiendo más libros sobre teoría marxista, y dedicado a su colección numismática.

En esta ocasión el presidente de Pepeslavia se encontraba en un extremo del Salón de Embajadores, esperando la llegada del embajador de la República de Los Cocos, quien debería presentarles sus cartas credenciales. Lo acompañaban el Ministro de Relaciones, Vasili Vasiloff, elegantísimo en un chaqué de corte británico, así como dos ayudantes civiles y otros dos militares.

A las once en punto de la mañana un edecán de uniforme de gala abrió la gran puerta del Salón de Embajadores, y anunció la presencia del diplomático. Acompañado por el Director del Protocolo, el embajador Lopitos, también de chaqué, hizo una profunda reverencia y después cruzó el salón con andares de torero que parte plaza. Detrás de él venían el consejero De la Pompa y Pompa, el secretario Templado, el agregado militar Balarrasa y el agregado naval Aguado. Al llegar al sitio donde se encontraban el presidente de la República y su séquito, el embajador se detuvo, volvió a hacer una reverencia, y después fue presentado con toda solemnidad por el Director de Protocolo al camarada Igor Gorgorovich. Lopitos dio tres pasos en reversa y el presidente se ajustó su aparato auditivo.

—Excelentísimo señor don Igor Gorgorovich, presidente de la República Proletaria de Pepeslavia —dijo el embajador con voz profunda, dándose un tirón a la manga del chaqué—: Es para mí un gran honor comparecer ante Vuestra Excelencia, para haceros entrega de las Cartas que me acreditan como Embajador Extraordinario y Plenipotenciario de la República de Los Cocos ante el ilustrado gobierno de Vuestra Excelencia.

El presidente hizo una ligera inclinación de cabeza, y el

embajador se buscó en los bolsillos interiores de la chaqueta.

—¡Ay, Dios! ¿Dónde dejé las cartas?

El presidente volvió a ajustarse el aparato auditivo. Lopitos se palpó el pecho, la cintura y los bolsillos del pantalón.

—¡Ay, Diosito! Ya me volaron las cartas...

El presidente se inclinó hacia el Ministro de Relaciones.

—¿Qué dice? —le preguntó, llevándose una mano a la oreja.

—Que no encuentra las cartas —le susurró el Ministro al oído.

—¿Cuáles cartas?

—Las cartas credenciales.

—¿Y para qué las quiere?

—¡Hombre! Para entregárselas a usted.

—¡Ah, vaya! —sonrió bondadosamente el presidente.

Lopitos continuó buscándose en los bolsillos, hasta que por fin extrajo de uno de ellos un papel doblado. Con mano temblorosa lo desdobló, y lo leyó angustiado.

—Ésta es la cuenta del gas que me trajeron hoy en la mañana — se dijo para sus adentros—, pero ni modo.

Volvió a doblar el papel rápidamente, y adoptando una actitud muy oficial se lo entregó al presidente.

—Aquí tiene, joven.

El presidente recibió el papel, lo desdobló a su vez, y lo leyó muy extrañado.

—Aquí dice que son 37.50 ...

El Ministro de Relaciones, avezado a esta clase de percances, trató de salvar la situación.

—Ésa es la fecha, excelencia... A ver, deme usted la carta.

—¿Qué carta? —preguntó Igor Gorgorovich.

—¡La que tiene usted en la mano! Es la credencial del embajador de Los Cocos.

—Pero si aquí dice: «Compañía de Gas de Troleburgo» —insistió el viejecito.

El Ministro de Relaciones le arrebató el papel de las manos, y volviéndose hacia Lopitos le sonrió y le hizo una seña discreta de que continuara con su discurso. El embajador lanzó un suspiro de alivio.

—Animado del sincero deseo —prosiguió— de estrechar más aún, si cabe, las relaciones de amistad que felizmente existen entre Los Cocos y Pepeslavia, mi padrino, el presidente Belendre, me ha

confiado esta elevada misión, encargándome de transmitir a Vuestra Excelencia sus más cordiales, saludos, así como sus votos por la prosperidad del pueblo pepeslavo y la ventura personal de Vuestra Excelencia...

El embajador Lopitos volvió a hacer una profunda reverencia. El presidente se sacudió el aparato auditivo, trató de aumentar su volumen, y al ver que no lo conseguía, se inclinó hacia el Ministro de Relaciones y le preguntó en voz baja:

—¿Qué dijo al final?

—Que hace votos por su ventura personal, excelencia.

—¿Y para qué queremos votos, si aquí no hay elecciones?

El Ministro Vasili Vasiloff elevó los ojos al cielo. Después le dio un discreto codazo al presidente de la República.

—Contéstele usted, excelencia.

—¿A quién?

—¡Al embajador, con un carámbano!

—¡Ah, sí!

El viejecito le quitó el papel doblado al Ministro de Relaciones, lo abrió, leyó el encabezado y ahuecando la voz le dijo a Lopitos:

—Excelentísimo señor embajador de la Compañía de Gas de Troleburgo...

Vasili Vasiloff tomó el papel suavemente de las manos de Igor Gorgorovich y volvió a susurrarle al oído:

—De la República de Los Cocos.

—Es verdad —sonrió el presidente—. Excelentísimo señor Embajador de la Compañía de Gas de la República de Los Cocos... Es para mí también un gran honor...

—No siga, excelencia —interrumpió Lopitos—. El honor será mío, presentándole al personal de mi embajada.

El presidente lo miró muy extrañado, pero después sonrió de oreja a oreja.

—¡Puf! Éste es el primer embajador que me evita la molestia de pronunciar un discurso que después de todo es una monserga. ¡Deme usted un abrazo!

Presidente y embajador se abrazaron, y luego éste fue presentando a sus subordinados:

—El señor general don León Balarrasa, agregado militar, superviviente de cien mil batallas, puesto que no ha estado en ninguna.

El general se cuadró ante el presidente y después le estrechó la mano.

—El señor almirante don Neptuno Aguado, agregado naval, viejo lobo, si no de mar, por lo menos de piscina.

El almirante saludó con mucha gallardía.

—El señor licenciado don Tirso de la Pompa y Pompa, consejero de la embajada... —anunció Lopitos. Y luego, dándole con el codo al presidente, le dijo en voz baja—: Éste es el que dizque me aconseja, hágame favor...

Por último, se acercó el secretario, balanceándose ligeramente.

—Y aquí tiene usted a don Serafín Templado, tercer secretario y buen cuatacho. Sólo que se pasa la vida, así, como quien dice, medio obnubilado... Mírelo, mírelo... No deje que se le acerque mucho, excelencia, porque si enciende usted un cigarro, hace explosión y volamos todos.

—No hay cuidado, porque no fumo —dijo el presidente, dándole palmaditas en el brazo al embajador.

Terminadas las presentaciones, el Ministro de Relaciones tosió discretamente y se acercó a Igor Gorgorovich con un estuche en la mano.

—Las condecoraciones, excelencia.

—¡Ah, sí! —Palmoteó el viejecito—. Ahora viene lo más divertido. A ver, señor embajador: póngase derecho, que le voy a colgar una medalla.

Lopitos se puso en posición de firmes, mientras el Ministro abría el estuche y Gorgorovich buscaba la presea.

—Excelentísimo señor embajador —dijo el presidente, volviendo a adoptar el tono oficial—: En atención a vuestros relevantes méritos personales y como testimonio del aprecio con que os recibimos, permitidme que os imponga la condecoración de la Orden del Cincel y del Martillo, que en grado de Gran Oficial os concede el gobierno de Pepeslavia.

El presidente procedió a colocarle a Lopitos un listón colorado, del cual pendía una medalla. Lopitos la recibió con gesto de gran satisfacción, le echó vaho, la pulió con la manga del saco y le dijo al secretario Templado, que estaba a su lado.

—Mire, don Sera: orégano puro. Y eso que son proletarios. ¿Qué tal si fueran capitalistas?

—En ese caso se la darían de latón, mi emba.

Lopitos sonrió y le hizo una seña al consejero De la Pompa y Pompa para que se acercara.

—A ver, licenciado, la caja de herramientas.

El consejero le presentó un gran estuche de piel labrada, que al abrirse mostró una profusión de medallas, cintas, cruces y bandas. Lopitos tomó una al azar, y plantándose frente al presidente Gorgorovich dio un taconazo y le dijo:

—Señor presidente, os agradezco profundamente el alto honor con que os habéis dignado distinguirme. Por mi parte, me es grato manifestaros que el gobierno de Los Cocos me ha encomendado presentar a Vuestra Excelencia la Orden de la Guanábana, en grado de Gran Vaina.

Y luego, sonriendo:

—No se crea usted que es cualquier cosa...

El presidente puso una cara muy alegre y se volvió hacia el Ministro de Relaciones:

—¡Ah, caray! No me había dicho usted que esto se incluía en el programa.

—No lo estaba, Excelencia. Lo que sucede es que el embajador López es una caja de sorpresas.

—Querrá usted decir de condecoraciones. Mire nomás el altero que trae en ese estuche.

Lopitos se aproximó al presidente y le colgó al cuello la medalla, la cual pendía de un vistoso lazo verde. Igor Gorgorovich la contempló con embeleso y la palpó entre los dedos.

—¡Qué embajador tan simpático! —Le dijo al Ministro de Relaciones—. Vamos dándole otra...

Vasili Vasiloff se encogió de hombros y a su vez le hizo seña al ayudante civil para que se aproximara con otro estuche lleno de medallas. El presidente buscó entre ellas con mano temblorosa, escogió una y se la prendió en el pecho a Lopitos.

—Señor embajador: como muestra muy especial de la estimación que le tenemos a vuestro país, voy a tener el honor de otorgaros la Orden de la Escofina, en grado de «maistro».

Lopitos sonrió y tomó otra condecoración del estuche que sostenía el consejero De la Pompa y Pompa.

—Gracias, mi presi. Tanta bondad me abrumba y me confunde. Y ahora, en reciprocidad recíproca, permitidme que os haga entrega de la Orden Nacional del Tamarindo, en grado de Sargento

Primero.

El embajador le colocó al presidente una enorme banda tricolor, en cuyo centro lucía un auténtico tamarindo con todo y cáscara. Igor Gorgorovich palmoteó, se acarició la banda y se volvió hacia el ayudante:

—A ver... otra, otra...

En esta ocasión tomó una presea que pesaba su buen medio kilo y se la colgó al cuello a Lopitos.

—Nomás no me despeine, mi presi —protestó sonriendo el embajador.

—No importa. Recibid la Orden de la Cofradía de la Cuchara y la Plomada, en grado de Comendador de Primer Turno...

Y así, por espacio de media hora, presidente y embajador se condecoraron mutuamente hasta agotar la existencia de sus respectivos estuches. Lopitos buscó inútilmente en el que le presentaba De la Pompa y Pompa.

—¿Qué pasó? ¿A poco ya no hay más, mi conse?

—No, señor embajador. Ya se acabaron.

—¿Cómo que ya se acabaron? ¿Y esa medallita que trae usted en la cartera? A ver, cáigase con ella...

—Pero hombre, señor embajador —protestó el consejero—Ya ni la amuela.

—Usted deme la medalla y pico de cera. ¿Qué no ve que éste es un momento de emergencia internacional? Yo después le consigo otra.

Con una cara muy triste, el consejero sacó su cartera, la abrió y le entregó al embajador una medallita de plata. Lopitos la tomó, le echó vaho y la frotó en el espacio del chaqué que le quedaba libre. Después se la entregó al presidente y le dio una palmada en el hombro:

—Tome, mi estimado. La próxima vez vendré mejor provisto, pero por lo pronto reciba usted esta medallita como muestra de mi personal aprecio.

—¿Una medallita? —exclamó el presidente, con el mismo entusiasmo con que un niño recibe un juguete, o una amiguita un billete de mil pesos.

—Sí, una medallita. ¿Viera usted lo milagrosa que es?

Igor Gorgorovich le dio un gran abrazo al embajador, el cual correspondió efusivamente. Mientras tanto, dos criados de librea

entraron en el salón, con sendas bandejas llenas de copas de champaña. El presidente y Lopitos brindaron primero, y luego con todos los presentes. El secretario Templado estaba bien provisto con una copa en cada mano.

—Vamos a sentarnos —dijo el viejecito—. Con tanta condecoración encima, se me están doblando las piernas.

Presidente y embajador se sentaron en un sofá forrado de damasco, y chocaron nuevamente sus copas.

—Porque lo tengamos con nosotros muchos años, señor embajador.

—Y usted que los aguante, señor presidente.

Ambos bebieron un sorbo. Al presidente le dio hipo, y dejó la copa sobre una mesita. Después se ajustó el aparato auditivo, se pasó una mano con visible satisfacción por encima de las medallas, y luego se la puso familiarmente en el brazo a Lopitos.

—Y usted —dijo el anciano con beatífica sonrisa—, ¿de dónde me dijo que era?

## CAPÍTULO DÉCIMO TERCERO

**Lopitos** fue quitándose las condecoraciones y las amontonó sobre su escritorio, en tanto que Lolita las contemplaba fascinada.

—Mire nomás, Lolita... Como para poner un puesto de bisutería.

—Me imagino que se sentirá usted muy orgulloso, ¿verdad? —sonrió la chica.

—Pues ni tanto, viera usted. Me siento más orgulloso de la medalla que me dieron los Hermanos Maristas cuando terminé la primaria.

Lolita puso las condecoraciones en orden. Una vez que hubo terminado, tomó su libreta de apuntes y le dijo a Lopitos, fingiendo gran seriedad:

—Bueno, señor embajador... Ahora es cuando empiezan sus dolores de cabeza. Tiene usted algo así como cincuenta invitaciones, visitas, conferencias y demás compromisos sociales. Desde luego hay muchas noches de «soires».

—Pues a los Suárez les dice usted que yo no acostumbro desvelarme. Y me las va barajando despacio, para que yo le diga cuáles se aceptan y cuáles no, por compromiso previo u por motivos de salud.

Lopitos se aflojó la corbata y se sentó tras de su escritorio, en tanto que la muchacha empezó a leer:

—Mañana, a las cuatro de la tarde, la Sociedad de Solteronas de Pepeslavia lo invita a usted a un té canasta.

—Imposible. A esa hora yo apenas estoy saliendo de mi propia canasta, donde duermo la siesta. Contésteles usted dando las gracias, pero les dice que precisamente a las cuatro vienen a ponerme la inyección. Ya iré otro día, aunque para entonces las señoritas solteronas estén convertidas en fiambres.

—Muy bien —dijo la secretaria, haciendo una anotación en su libreta—. Domingo, libre. Lunes en la noche, cena en la embajada de la India.

—Ni hablar. Ésos son vegetarianos y sólo sirven lechugas y colecitas de bruselas. Excúseme con el pretexto de que estoy haciendo un ayuno de cuarenta días y cuarenta noches en memoria del Gandhi.

Perfectamente. Martes en la noche, cena en la embajada del Congo.

—Menos. Ésos son carnívoros, y a la mejor me invitan para servirme al mojo de ajo y con una manzana en la boca. La última vez que vi al embajador, sólo me habló de lo mucho que le gusta el lechón al homo. Aunque yo estoy tan llenito, que con trabajos valería para entremeses...

Lolita volvió a sonreír e hizo una nueva anotación en la libreta.

—Miércoles —prosiguió—, coctel en la residencia de los Chatósky. Añaden que agradecerán se contribuya con una botella.

—Mire nomás que listos. Esperan que vaya uno con su litro y medio de manzanilla, importada con franquicia diplomática, y luego en el coctel sirven pura marranilla. Al día siguiente la manzanilla aparece en el mercado negro y el Ministerio de Hacienda pone el grito en el cielo, diciendo que el Cuerpo Diplomático está haciendo negocio. Por cierto, ¿sabe usted qué quiere decir el «C. D.» que llevamos en las placas de los automóviles, según los funcionarios de aduanas?

—¿No quiere decir precisamente «Cuerpo Diplomático»?

—No, Lolis. «Contrabandistas Distinguidos»...

La muchacha soltó una carcajada.

—A ver, sígale, sígale —apremió Lopitos—, pues de otra manera nos van a dar las tres de la tarde y a mí ya me anda de hambre.

—Jueves —continuó la chica—, recepción del Primer Ministro al «C.D.», a las 21 horas. Frac y condecoraciones.

—A esa sí, ni modo de zafarse. Aceptada con todo y condecoraciones. Al fin que ahora ya tengo hasta para aventar a los cuatro puntos cardinales.

Lolita hizo la anotación correspondiente.

—El viernes está tupido: tres almuerzos, cuatro cocteles, dos recepciones y una cena. El sábado...

Lopitos la interrumpió y le tomó una mano.

—Ya no le siga, Lolita. Ésas las dejamos para mañana. Mejor qué dice si hoy en la noche nos vamos usted y yo a cenar a ese restorancito italiano donde sirven tres kilómetros de spaghetti por dos cincuenta... ¿Se acuerda?

—¿Dónde fuimos aquella vez que estaba yo recién llegada? —preguntó la muchacha, sin intentar retirar la mano.

—Ese mero —repuso Lopitos aproximándose más a su secretaria—. Para mí tiene un recuerdo inolvidable.

Lolita se enterneció y miró al embajador con ojos acaramelados.

—¿Cuál, Lopitos?

—Pues que usted me prestó para la propina, porque a mí ya no me alcanzaba.

—Bueno, —sonrió la chica—. Con mucho gusto.

—¿Paso por usted a las ocho?

—A las ocho lo estaré esperando. ¿Frac y condecoraciones?

—Me basta con que lleve usted esos dos luceros que tiene por ojazos...

Lolita le oprimió la mano, y se soltó. Recogió su libreta y se dirigió hacia la puerta. Al llegar a ella, consultó su reloj de pulsera, volvió la cara y le guiñó un ojo a Lopitos:

—Recuerde que hoy a las cinco viene el embajador de Dolaronia, a hacerle una visita informal.

—¡Cómo no me voy a acordar, si es el de los centavos! Lo recibiré con los bolsillos, digo, con los brazos abiertos.

La secretaria titubeó un momento.

—¡Ah, Lopitos! Y muchas gracias por su condecoración del otro día...

—¿Cuál condecoración? —preguntó el embajador algo extrañado.

—El ramo de rosas. Y esas sí eran naturales...

Antes de que pudiera contestarle, la muchacha salió del despacho y cerró tras sí la puerta.

Lopitos se quedó un momento estático. Después avanzó hacia el centro del salón, dio un salto y un par de pataletas en el aire. El esfuerzo físico le causó dolor.

—¡Ay, chirrión! —Dijo haciendo una mueca y llevándose las manos a la cintura—. Se me olvidaba que ya no soy canciller. Y que dentro de unos días cumpla los cuarenta bis...

Al señor embajador don Píndaro López le repugnaba la idea de cumplir cuarenta y uno.

## CAPÍTULO DÉCIMO CUARTO

**E**L mayordomo Petrosky llevaba años de prestar sus servicios en la embajada de la República de Los Cocos. Alto, delgado, de modales finos y ceremoniosos, jamás sonreía y no hablaba más que lo estrictamente necesario. Controlaba al resto de la servidumbre con la mirada, e impartía sus órdenes con leves movimientos de sus dedos, largos y enguantados. Petrosky tenía ese raro don de adivinar los deseos de sus patrones y de anticiparse a sus instrucciones. Más aún, poseía un sexto sentido que le hacía prever cualquier contingencia, de tal manera que siempre estaba preparado para hacerle frente, con una naturalidad y un aplomo que causaban la admiración de sus amos y de sus propios subordinados. Si en un banquete el cocinero quemaba los macarrones, o si en una recepción un camarero torpe hacía añicos las copas de champaña, Petrosky siempre tenía a la mano un plato y una botella de repuesto, de tal forma que el accidente pasaba prácticamente desapercibido. Los servicios del mayordomo eran invaluablees.

Eran invaluablees tanto para la embajada de Los Cocos como para el Ministerio de Relaciones de Pepeslavia, ya que Petrosky, además de ser un magnífico mayordomo, era un excelente espía. En el transcurso de los años había copiado íntegramente la clave telegráfica, y fotografiado todos los documentos del archivo. Se enteraba del contenido de la correspondencia antes que nadie, y estaba al tanto del menor movimiento de todos y cada uno de los miembros de la embajada. Experto en electrónica, mantenía minúsculos aparatos receptores en diversos sitios de la residencia y la cancillería, los cuales grababan en cinta magnetofónica todas las conversaciones. De esta manera el Ministerio estaba perfectamente enterado de todo cuanto ocurría en la embajada, y a la vez mantenía al Primer Ministro Osky Poposky al tanto de todo aquello que pudiera interesarle.

En esta ocasión, sabiendo que el embajador de Dolaronia —la principal potencia «verde»— le haría una visita informal al embajador Lopitos, Petrosky entró sigilosamente en la sala de la residencia para colocar un micrófono de mayor sensibilidad, ya que la conversación que tuvieran los dos personajes era de gran interés para el Primer Ministro. El mayordomo miró a uno y otro lado para

cerciorarse de que nadie lo observaba, y después colocó el aparato —no mayor que una caja de cerillos— dentro de una hermosa cigarrera de plata que ocupaba el centro de una de tantas mesitas. Volviendo a mirar a su alrededor, le dio unas palmaditas a los cojines del sofá, enderezó un cuadro en la pared, alisó los cortinajes del ventanal y salió de la estancia como había entrado: con sus pasos curiosamente felinos, que daban la impresión de que se deslizaba sin hacer el menor ruido.

Poco después el embajador Lopitos bajó a la sala, para cerciorarse de que todo estaba en orden. Volvió a enderezar el cuadro que minutos antes había enderezado Petrosky, acomodó un florero y pasó un dedo por la repisa, limpiándose después en el pantalón. Casi estaba por abrir la cigarrera de plata, cuando escuchó tras de sí la voz lúgubre del mayordomo:

—Señor embajador...

Lopitos pegó un salto.

—¡Caray, Petrosky, qué susto me has dado! ¿Cuándo aprenderás a anunciar tus entradas, aunque sea con un discreto carraspeo?

—Perdone el señor embajador. De ahora en adelante carraspearé más que un asmático.

—¿Qué se ofrece?

—Ha llegado su excelencia, el señor embajador de Dolaronia.

—Hazlo pasar con los cañonazos de ordenanza.

El mayordomo, impecable en su frac, inclinó ligeramente la cabeza y se dirigió a la entrada, donde un criado de librea tomaba el sombrero y los guantes del embajador de Dolaronia. Petrosky le hizo una reverencia, y con su mano enguantada le mostró el camino a la sala.

Era el embajador de Dolaronia un hombrazo de más de dos metros de estatura, corpulento y rubicundo, con ojos de un azul infantil, que sin embargo se tomaban grises y duros cuando las cosas y las personas no marchaban como él quería. Elegantemente vestido de oscuro, el embajador entró en la sala y sonrió de oreja a oreja al ver a Lopitos.

—¡Oh, mi querido colega! —le dijo, estrechándole la mano entre las suyas, que parecían zarpas de tigre cubiertas de vello rubio—. ¡Cuánto gusto en saludarlo!

—El gusto es mío, excelencia —sonrió Lopitos, frotándose discretamente la mano.

El embajador de Dolaronia hizo aspavientos.

—¡Oh, por favor! No me llame «excelencia»... Dígame Tony, que es mi primer nombre.

—Pues nomás espérese a que nos agarremos confianza. Pásele a lo barrido, mi estimado colega.

Lopitos le ofreció asiento, y a su vez se acomodó en un sofá. El embajador, sin dejar de sonreír, lo examinó de arriba a abajo con sus ojos cándidamente azules. Lopitos estaba consciente de que no se le escapaba ni el más mínimo detalle.

—De acuerdo con las reglas del protocolo —dijo Lopitos—, yo debería haberlo visitado a usted primero, nomás que se me adelantó.

—¡Oh, no faltaba más! Entre nosotros no hay protocolo. Por algo somos buenos vecinos.

—¡Ah! ¿Qué vive usted aquí al lado? —preguntó Lopitos con aparente ingenuidad.

—No, la residencia de mi embajada está en el otro extremo de Troleburgo —repuso el embajador con un destello gris en la mirada—. Yo me refería a la vecindad continental. Todos los países de América somos buenos vecinos.

—Es verdad. Nosotros somos los buenos, y ustedes los vecinos...

El embajador de Dolaronia entrecerró los ojos por un instante, y después volvió a sonreír:

—Yo quise ser el primero en venir a saludarlo para felicitarlo y ponerme a sus órdenes.

—Es usted muy amable, excelencia.

—¿Otra vez excelencia? ¡Por favor! Ya le dije que me llame Tony... Llámeme Tom, llámeme Dick, llámeme Harry... Llámeme al 14 - 20 - 84 a cualquier hora, si algo se le ofrece.

—Thank you very much —sonrió Lopitos.

—¡Ah! ¿También habla usted el inglés?

—Yo hablo diecisiete idiomas y entiendo veinte, incluyendo el esperanto. Por cierto que usted habla muy bien el español. ¿Dónde lo aprendió?

—En la universidad, y después viví mucho tiempo en Centro y Sudamérica. Y usted, ¿dónde aprendió el inglés?

—Con puros discos.

El embajador de Dolaronia volvió a entrecerrar los ojos y a mirar a Lopitos detenidamente, como para cerciorarse de que no le

estaba tomando el pelo. Lopitos, siempre sonriente, le sostuvo inocentemente la mirada.

—¿Una copita? —preguntó al cabo de un rato.

—Con mucho gusto, colega. Por acompañarlo, pues yo bebo muy poco.

—¿Qué le apetece? ¿Un whiskito? ¿Ginebra? ¿Coñac? Me imagino que no querrá una «cuba libre», ¿verdad?

—Me tomaré un whisky con soda, gracias.

Antes de que Lopitos pudiera hacer una seña, el mayordomo Petrosky materializó a su lado.

—¿Excelencia? —preguntó, inclinándose respetuosamente.

—A ver, Petrosky, tráenos whisky con soda.

—¿Del bueno... o del otro? —inquirió el mayordomo.

—¿Cómo que si del bueno o del otro? Aquí todos los whiskies son buenos —repuso Lopitos fingiendo indignación.

Y después, en voz baja y torciendo la boca hacia el mayordomo:

—Trae del otro.

Petrosky hizo una reverencia y se dirigió a un bar portátil muy bien surtido, para preparar las bebidas. El embajador de Dolaronia cruzó una pierna de un metro de largo.

—Conque, cuénteme, mi querido colega. ¿Cómo lo trata este país? ¿No siente usted mucho frío?

—Pues viera usted que no —sonrió Lopitos—. Yo ya estoy medio curtidito. Llevo veinte años de servicio, y lo mismo me he achicharrado en la India, que me he congelado en Islandia.

—¿Veinte años de servicio? —preguntó el de Dolaronia con extrañeza.

—Que se han pasado como un soplido.

El embajador se puso serio.

—¡Oh! Esto cambia la cosa. Yo creí que estaba usted recién llegado... Qué éste era su primer puesto diplomático.

—¡No, hombre, qué va! Es mi primer puesto como embajador, pero ya tengo mis horas de vuelo en el servicio exterior, aunque con cargos un poquito menos encumbrados.

Petrosky se acercó con los whiskies sobre una bandeja de plata y le ofreció primero al embajador de Dolaronia y luego a Lopitos. Sin hacer el menor ruido, salió de la sala. Los dos diplomáticos, con sus vasos en la mano, brindaron ceremoniosamente. El de Dolaronia ya no estaba tan efusivo como antes.

—¡Salud, señor embajador! —dijo, elevando su vaso.

—¡A la suya, mi querido Tony! —repuso Lopitos socarronamente.

Ambos bebieron un sorbo y dejaron los vasos sobre la mesita. Lopitos sacó su pitillera y le ofreció un cigarrillo a su visitante.

—Gracias, no fumo.

Mientras Lopitos encendía el suyo, el embajador de Dolaronia recorrió la estancia con la mirada, para cerciorarse de que ya no estaba presente el mayordomo. Después buscó debajo de su asiento.

—¿Qué pasó? ¿Se le perdió algo, colega? —preguntó Lopitos.

—No. Solamente quería estar seguro de que no nos escuchaba nadie. Usted sabe que esta gente se entera de todo.

—Pues aquí se llevan chasco, porque nuestro único secreto es que no tenemos secretos.

El embajador de Dolaronia acercó su asiento al de Lopitos y le dijo en tono confidencial:

—De cualquier manera, no es conveniente que se enteren de todo lo que uno habla. A los cinco minutos van con el chisme al Servicio Secreto o al Primer Ministro.

—Caray, cualquiera diría que tienen un FBI...

El de Dolaronia ignoró la puya y se aproximó más a Lopitos.

—Yo he venido a tratar con usted un asunto muy importante.

—A ver, a ver, —dijo Lopitos, aparentando interés.

—Usted sabe que se acerca la Conferencia, y los «colorados» andan desesperadamente en busca de votos.

—Igualito que los «verdes», ¿no?

El embajador de Dolaronia volvió a ignorar el comentario, y prosiguió en tono misterioso:

—Yo no dudo que su gobierno votará con nosotros. De cualquier manera, me gustaría conocer su opinión al respecto.

—¿Al respecto de qué?

—De cómo va a votar su gobierno, naturalmente.

Lopitos frunció el entrecejo y bebió un trago largo de whisky.

—Pues eso está medio difícil saberlo, mi estimado colega, porque mire usted: en política internacional nunca sabe uno lo que va a suceder. Hay que tomar en cuenta diversos factores. El político, el económico, el sociológico, el terapéutico... Y cuando ya los tomó uno, ¡zas!, viene alguien y se los quita, o el gobierno da

un cambiazo, y por fin en qué quedamos. Eso sin contar con que se celebre una conferencia en la cumbre, es decir entre los meros-meros, y todo lo que se había preparado y discutido y estudiado se viene abajo, y aquí no ha pasado nada. Es, como quien dice, aquello de que siempre sí, pero ahora no... Y total, que a lo mejor si te he visto, no me acuerdo.

El embajador de Dolaronia abrió unos ojos como platos. Lopitos impertérrito, sacudió la ceniza de su cigarrillo y continuó perorando:

—Además, ya usted sabe que todo esto es como el juego del «estira y afloja», y que tantito nos ponemos «verdes» y tantito «colorados», y luego a la mera hora cambian las instrucciones y ahí anda uno a las carreras con los telegramas. A usted le habrá pasado, en el largo transcurso de su carrera diplomática, ¿o no? Total, que esto es más complicado que el álgebra y el cálculo infinitesimal, y nunca puede uno decir “esta boca es mía», porque en un abrir y cerrar de ojos le ponen oídos de mercader y lo dejan con un palmo de narices. ¿No cree usted?

El embajador cerró los ojos y sacudió la cabeza.

—Caray, yo creía dominar el español, pero francamente no le he entendido a usted ni una palabra.

—No, si la lengua de Cervantes tiene sus bemoles. Si quiere, le presto unos.

—¿Unos qué?

—Unos bemoles.

El embajador hizo ademán de levantarse de su asiento.

—¿A poco ya se va usted? —Dijo Lopitos, simulando contrariedad—. No, hombre, quédese otro ratito. Con lo sabroso que estábamos platicando. Acábase su whiskito. ¿No quiere que sigamos cambiando impresiones?

El embajador se puso de pie.

—Mejor otro día. Le repito que sólo vine a saludarlo, para ponerme a sus órdenes en todo lo que se le pueda ofrecer.

Lopitos también se incorporó de su asiento, y tomó a su colega amigablemente del brazo.

—Pues muy agradecido, y ya sabe que yo también estoy para servirlo. Cualquier cosa que se le ofrezca, nomás me echa un telefonazo.

Los dos embajadores se dirigieron hacia la puerta, donde ya los

esperaban Petrosky y el criado de librea, con el sombrero y los guantes del visitante. Éste los tomó, y muy serio le dio la mano a Lopitos para despedirse. Lopitos se la estrechó y luego le arreó una palmada en la espalda.

—Pásele, pásele, mi estimado colega. No se ande con cumplidos.

—No se moleste en acompañarme, excelencia —dijo el de Dolaronia, ya francamente desabrido—. Conozco el camino.

—No faltaba más, my dear Tony —sonrió Lopitos—. Si yo de todos modos tengo que ir a ver que rieguen las macetas...

Mientras los dos embajadores cruzaban el amplio jardín de la residencia, en dirección al automóvil que esperaba junto a la reja, Petrosky entró rápidamente en la sala, abrió la cigarrera de plata y sacó el grabador de transistores, el cual se guardó en un bolsillo del pantalón. Después, mientras limpiaba el cenicero y recogía los vasos de whisky, no pudo disimular una sonrisa:

—Este va a ser un hueso duro de roer —se dijo para sus adentros—. El embajador de Dolaronia creyó que con una sonrisa y mucho «hello, boy» se lo echaba en el bolsillo, pero Lopitos supo sacarle el bulto con mucho arte... ¡Qué manera de evadir la preguntita de que por quién iba a votar el gobierno de Los Cocos! Y luego los pases que le dio con su cátedra sobre política internacional. Yo creo que este diablo antes de ser canciller fue torero.

El mayordomo arregló los cojines del sofá, volvió a enderezar el cuadro y se palpó el bolsillo donde guardaba el grabador.

—Al que compadezco es al infeliz que tenga que traducir esta conversación del español al pepeslavo...

## CAPÍTULO DÉCIMO QUINTO

**E**L gran salón de recepciones del Palacio de Gobierno lucía en todo su esplendor, como en época de la dinastía de los Barbaroff. Los candiles y las lámparas de araña que pendían del techo plafonado iluminaban profusamente el vasto recinto, haciendo destacar los enormes óleos y los ricos cortinajes que adornaban las paredes. En un extremo del salón, sobre una plataforma elevada, una orquesta en traje de etiqueta tocaba vales vieneses alternados con alegres polkas, a cuyos compases bailaba una selecta concurrencia.

El salón estaba pletórico de invitados. Los caballeros de frac, con condecoraciones, y las damas en elegantes vestidos de noche y con gran profusión de joyas. Muchos de los invitados del Cuerpo Diplomático estaban ataviados con los trajes típicos de sus respectivos países, lo cual daba una nota de exotismo al ambiente: los representantes de los estados árabes, de mirada relampagueante, hablaban y calculaban precios enfundados en sus túnicas y albornoces, con velos en la cabeza y alfanjes al cinto; los embajadores y ministros de los nuevos países africanos envueltos en sus sábanas de colorines, con arillos en las orejas y en la nariz; los hindúes, con gorritos de nevero y chaquetas negras cerradas al cuello, que les llegaban hasta las rodillas, y pantalones blancos muy entallados, se atiborraban de bocadillos y canapés para satisfacer su ancestral hambruna. Los chinos y los japoneses en sus brillantes vestiduras de seda, con bordados de dragones los unos, y de radios de transistores los otros. Y por doquier uniformes militares de gala, llenos de entorchados y alamares. Cualquiera hubiese pensado que se trataba de una de aquellas suntuosas «soirées» que ofrecía a principios de siglo Su Majestad Fyodor III, Rey de los Pepeslavos y los Corcovenios.

Sin embargo, se trataba de la recepción que anualmente ofrecía al Cuerpo Diplomático el camarada Osky Poposky, Primer Ministro de la República Proletaria de Pepeslavia. En la entrada principal del salón, el propio Primer Ministro, en su austero uniforme gris cerrado al cuello, sin más adorno que una medalla en forma de estrella sobre el pecho, encabezaba la fila de funcionarios que daban la bienvenida a los invitados. Fumando incesantemente, Osky Poposky saludaba con una leve inclinación de cabeza, o

cuando mucho con un ligero apretón de manos. Fue por ello muy notorio que, al llegar el embajador Lopitos, lo hubiese recibido con una gran sonrisa y un abrazo. Todos los circunstantes lo advirtieron y lo comentaron.

—¡Ah, señor embajador! —Dijo el Primer Ministro en un tono tan efusivo y cordial que sorprendió a sus mismos ayudantes—. ¡Cuánto gusto en saludarlo y tenerlo entre nosotros! Sea usted bienvenido, lo mismo que sus acompañantes. ¡Cuánto placer me causa su presencia!

Lopitos, de frac y con el pecho cuajado de condecoraciones, se tiró de la manga y devolvió el saludo:

—Excelencia, no es para tanto. Soy el humilde representante de un país pequeño y subdesarrollado...

—Pero grande en tradiciones liberales y en valor humano. Desde hace mucho tiempo he sido un gran admirador de la República de Los Cocos y sus prohombres.

—Y eso que no ha visto usted a nuestra promujeres —sonrió Lopitos.

—Sé, por referencias, que son las más bellas del continente americano —sonrió a su vez el Primer Ministro, con la mano del embajador entre las suyas.

—Pues hay de todo, viera usted; pero eso sí: a limpias y hacendosas, nadie les gana.

—Espero poder comprobarlo algún día, cuando tenga la feliz ocasión de visitar su interesante y admirable país.

Todos los invitados tenían la vista fija en Lopitos y Osky Poposky, y hacían comentarios en voz baja acerca de la inusitada cordialidad del Primer Ministro, de suyo tan hosco y reservado.

—Y ahora, excelencia, —dijo Lopitos—, si me suelta usted la mano tendré el honor de presentarle al personal de mi embajada.

El Primer Ministro soltó al embajador y carraspeó un poco mortificado. Lopitos hizo las presentaciones:

—El Agregado Militar, general León Balarrasa. El Agregado Naval, almirante Neptuno Aguado. Y el consejero, licenciado De la Pompa y Pompa, a quien permití que viniera porque últimamente se ha portado bien, y porque si no lo traigo se me muere del berrinche.

Los nombrados fueron saludando al anfitrión, quien les estrechó la mano también con suma cordialidad.

—¡Bienvenidos! ¡Bienvenidos! —repitió Osky Poposky.

Y luego, dirigiéndose a Lopitos:

—Tan pronto como termine de recibir a mis invitados, tendré el honor de tomarme una copa con usted, señor embajador.

—Pues no tarde mucho, excelencia —repuso Lopitos mirando hacia el interior del salón—, porque a juzgar como están inflando todos, al ratito se acaba el combustible.

Osky Poposky le guiñó un ojo.

—Para usted y para mí siempre habrá una botella de reserva...

Lopitos y su comitiva hicieron una ligera reverencia y se dirigieron al interior del salón, mientras el Primer Ministro —nuevamente con el gesto adusto— continuó recibiendo a los convidados, que ya formaban cola.

Los criados, de librea, iban y venían entre la concurrencia, ofreciendo bocadillos y toda clase de bebidas. Lopitos y el consejero tomaron una copa de champaña.

—¿Se dio usted cuenta, mi conse, de lo afable que estuvo conmigo el Primer Ministro? Por poco me apapacha.

—Ya lo creo que me di cuenta, señor embajador. Y se dio cuenta todo el mundo. En los años que llevo en este puesto, jamás había visto a Osky Poposky tan afectuoso. A los latinoamericanos casi siempre nos ignoraba, y en cierta ocasión nos llamó «macacos».

—Sería que los vio con el rabo de fuera, o trepados en los árboles.

El consejero disimuló una mueca bebiendo un sorbo de champaña, con el dedo índice tieso y hacia arriba.

—Pura lambisconería —continuó Lopitos—. Si no fuera porque andan tras nuestro voto, a lo mejor ni nos dejan entrar, o nos mandan a la cocina...

Mientras tanto, Osky Poposky le hizo seña al Ministro de Relaciones para que se acercara.

—No me suelte al embajador de Los Cocos —le dijo en voz baja—. Cólme lo de agasajos, y en el momento oportuno le presenta a Tania. Después los deja solos, pero sin perderlos de vista.

—Descuide, camarada Osky Poposky —sonrió Vasili Vasiloff, resplandeciente en su frac de corte impecable, cuajado de condecoraciones—. Ya tenemos todo perfectamente preparado.

—Procure que no lo acaparen los «verdes». Cada vez que hablen con él, usted los interrumpe y con cualquier pretexto se lleva al

embajador a otro lado.

El Ministro de Relaciones miró hacia el interior del salón con el rabillo del ojo.

—Pues entonces, con su permiso, camarada, porque ya veo al embajador de Dolaronia que le está cerrando un ojo...

Efectivamente, el líder de las potencias «verdes» se había acercado a Lopitos, y después de saludarlo lo tomó del brazo.

—Mi querido colega, venga usted conmigo, que quiero presentarle a mi esposa.

En estos momentos se aproximó el Ministro de Relaciones, y tomó a Lopitos del otro brazo.

—Excelencia, le ruego que me acompañe, para tener el honor de presentarle a mi sobrina.

El embajador de Dolaronia le dio un tirón al de Los Cocos.

—Mi mujer tiene mucho interés en conocerlo. Ella vivió de joven en Los Cocos, pues su padre era gerente de una compañía bananera.

Vasili Vasiloff contrarrestó el asalto jalando a Lopitos en sentido opuesto.

—Mi sobrina acaba de graduarse en la Universidad de Troleburgo y se ha especializado en arqueología de Los Cocos. Ahora quiere ir a su país para estudiar las ruinas.

El embajador de Dolaronia aplicó tal fuerza, que por poco descoyunta a Lopitos.

—Venga, mi querido colega, que mi mujer quiere invitarlo a comer platos típicos de Los Cocos. Ella los sabe preparar estupendamente.

El Ministro de Relaciones, apoyándose firmemente con los pies en el suelo, le dio otro tirón a Lopitos, que hacía equilibrios para no derramar su copa de champaña.

—También la mía. Digo, mi sobrina. Venga, excelencia, venga conmigo.

En estos momentos se acercó al grupo el embajador de Zambombia, un negrazo de dos metros de altura, que vestía una larga túnica de colorines y llevaba arracadas en las orejas y un gran turbante con plumas de avestruz. Mostrando su nivea dentadura, le estrechó efusivamente la mano a Lopitos.

—¡Ah, mi querido colega! Tenía yo mucho interés en conocerle. Me enteré por el periódico que acaba usted de presentar

credenciales.

Lopitos, viendo el cielo abierto, maniobró para zafarse del Ministro de Relaciones y del embajador de Dolaronia para corresponder al saludo del moreno.

—Efectivamente, mi estimado. Por eso todavía no he hecho mis visitas protocolarias. ¿Con quién tengo el gusto?

—Soy el embajador de Zambombia —repuso el negro—. Yo también estoy recién llegado. Mi país apenas obtuvo su independencia hace tres meses.

Lopitos se tiró de las mangas del frac y se acomodó el chaleco y la pechera.

—Como quien dice —le sonrió al de Zambombia—, apenas están ustedes saliendo del cascarón.

El africano echó la cabeza hacia atrás y rio de buena gana.

—Exactamente, excelencia. Ahorita estamos aprendiendo a piar.

Lopitos aprovechó la oportunidad, y a su vez tomó del brazo al embajador de Zambombia.

—A propósito de piídos, me gustaría hablar con usted un momento. Digo, si estos señores nos dan licencia...

Tanto el embajador de Dolaronia como el Ministro de Relaciones inclinaron levemente la cabeza, tratando de disimular el disgusto que les causaba que se les fuera su presa. Lopitos y el embajador de Zambombia, del brazo, cruzaron saludando por entre diversos grupos de invitados y se detuvieron al pie de una columna, con sus copas en la mano. Lopitos se pasó un pañuelo por la frente.

—Si no me zafo de sus excelencias, ellos me zafan los brazos. Y no traje ninguno de repuesto.

El diplomático de chocolate volvió a reír mostrando su colosal y blanca dentadura.

—A mi me pasa lo mismo. Entre «verdes» y «colorados» ya me tienen negro.

—Menos mal que a usted apenas se le nota —comentó Lopitos.

Los dos embajadores rieron nuevamente, chocaron sus copas y bebieron un trago largo.

—Ahora dígame, colega —dijo el embajador de Zambombia—, si no es indiscreción... ¿cómo van a votar ustedes en la conferencia?

Lopitos levantó un brazo.

—Pues así... levantando la mano.

—No sea usted guasón. Quiero decir, ¿van a votar por los

«verdes» o por los «colorados»?

—No lo sé todavía, colega —repuso Lopitos, poniéndose serio—. Y no crea usted que estoy tratando de sacarle el bulto, diplomáticamente hablando. Créame que no tendría inconveniente en decírselo, si ya lo supiera a punto fijo. Pero aún estoy esperando instrucciones de mi gobierno.

—Lo mismo me ocurre a mí —replicó el africano.

Lopitos dejó su copa sobre una repisa y le hizo seña a su interlocutor de que se agachara para decirle algo en confidencia. El de Zambombia se dobló en dos para escucharlo.

—Mientras estamos, en esta situación de espera, mi estimado, a mí se me ha ocurrido que si nosotros, los países «de dulce»...

Las palabras del embajador de Los Cocos se convirtieron en un murmullo, que el gigantón escuchaba con evidente interés. Mientras tanto, en otro extremo del salón, los representantes de Dolaronia, de Franconia y de la Gran Pestaña (las tres principales potencias «verdes»), los miraban con curiosidad y comentaban entre sí:

—¿De qué estarán hablando el embajador de Los Cocos y el de Zambombia? —preguntó el dolarón.

—Probablemente de comida —repuso el gabacho—. Observen cómo el negro de vez en cuando le palpa un brazo al embajador de Los Cocos.

—Pues el señor Lopitos apenas le servirá de botana —terció el diplomático de Su Majestad, calándose el monóculo.

—Sin embargo, esos dos son muy importantes en estos momentos. Según mis últimos cálculos, de los cien países que estarán representados en la conferencia, cuarenta y ocho ya están firmemente comprometidos con nosotros, los «verdes», y cuarenta y seis con los “colorados».

—O sea que aún quedan seis no alineados. Esos seis pueden inclinar la balanza en favor de unos o de otros.

—Y lo desesperante es que son seis paísecitos sin importancia, como Los Cocos, Zambombia, Bongo-Bongo, la república de Tequesquite... negros y latinoamericanos, a quienes en nuestros buenos tiempos los hubiésemos hecho saltar por el aro enseñándoles un plátano...

—O haciendo restallar el látigo. Desgraciadamente, los tiempos han cambiado.

Los tres diplomáticos «verdes» suspiraron.

—¡Bah! —Dijo al cabo de un momento el embajador de Dolaronia, echando los hombros hacia atrás y la barriga hacia adelante—. No hay que desesperarse. Por su misma insignificancia, será fácil convencerlos. Ninguno de ellos resiste un empréstito de cincuenta millones...

El embajador de la Gran Pestaña se retorció las guías del bigote.

—El único problema —dijo—, es que se nos echa el tiempo encima...

Cerca de la puerta principal, el Primer Ministro Osky Poposky, en compañía de los embajadores de Borlonia y de la URFF, también observaban de lejos a los representantes de Los Cocos y de Zambombia.

—El único problema —comentó el Primer Ministro, encendiendo su eterno cigarrillo—, es que se nos echa el tiempo encima. Faltan solamente tres semanas para la conferencia, y es imprescindible contar con los votos de los países aún no comprometidos. En sus manos está nuestra suerte... y la del mundo entero.

—Es verdad —convino el embajador de la URFF—. Y lo desesperante es que se trata de paisecillos de poca monta. En nuestros buenos tiempos hubiera bastado lanzarles un par de divisiones y media docena de tanques para hacerlos bailar al compás que dictara nuestra balalaika... ¿No cree usted, camarada Pildorowsky?

El embajador de Borlonia, cuyo país llevaba años de bailar a ese son, apuró su vaso de vodka y bajó modestamente la vista.

—Ni qué dudarle, camarada Korukoff.

—Sin embargo —observó el Primer Ministro, arrojando una gran bocanada de humo\*—, los tiempos han cambiado. Por cierto que veo al embajador de Los Cocos que le estrecha efusivamente la mano al de Zambombia... Y ahora se les acercan el de Tequesquite y el de Chuchistán, otros dos no alineados. ¿De qué estarán hablando?

—Ahora no hablan —resopló el embajador de la URFF—. Están bebiendo como cosacos.

—Hay que separarlos inmediatamente —dijo el Primer Ministro—. No conviene que cambien impresiones entre sí, pues a la mejor

se les ocurre alguna idea luminosa. ¿Qué hará ese animal de Vasili Vasiloff que no los aparta?

El embajador de Borlonia entrecerró los ojos.

—Pues si la vista no me engaña, ahora se les acerca con una rubia que tira de espaldas.

El embajador de la URFF se caló los anteojos y miró hacia el grupo de los diplomáticos «de dulce».

—¡Ah, bárbara! —fue su comentario.

Efectivamente el Ministro de Relaciones se dirigía a la columna donde habían instalado su cuartel general los embajadores no alineados, acompañado de la Agente Secreta XY-707. La espía estaba imponente: exquisitamente bien peinada, con un vestido de noche muy escotado y entallado, que hacía resaltar sus formas esculturales. Con sobria elegancia, sólo llevaba un collar de perlas y un brazalete de diamantes.

Al llegar al grupo, los cuatro embajadores abrieron la boca, y el camarada Vasili Vasiloff procedió a hacer las presentaciones:

—Excelencias, permitidme que os presente a mi sobrina la señorita Tania Mangovna.

La agente secreta extendió elegantemente la mano, la cual fueron besando los diplomáticos conforme los nombraba el Ministro de Relaciones:

—Sus excelencias, el embajador de la República de Los Cocos, el embajador de Zambombia..., el embajador de Tequesquite..., el embajador de Chuchistán.

—Encantada, excelencias —dijo Tania en un tono de voz ligeramente gutural que les puso la carne de gallina a los embajadores.

—Los encantados somos nosotros —dijo el de Chuchistán—. Es usted más fascinadora que las flautas para las serpientes de mi tierra.

Lopitos le dio ligeramente con el codo en el costado al Ministro de Relaciones:

—¡Caray, señor ministro! Mire nomás que sobrinitas tiene usted. Así cualquiera lo llama tío...

El embajador de Tequesquite, que tenía todo el tipo de «latin lover», con el pelo engomado y peinado de raya a la mitad del cráneo, patillas largas y bigote recortado, se comía a la chica con los ojos.

—¡Pero, che! —dijo con su acento del Río de la Plata—. ¡Pero si está macanuda! Siento que me hace berretín el rebusque nomás de plantarla. Me ha dejao descangayado.

—Recién ha terminado sus estudios en la Universidad de Troleburgo —dijo el Ministro de Relaciones también con acento porteño, pues había aprendido el español en la Argentina.

La agente secreta, sonriendo turbadoramente, se dirigió a Lopitos:

—Me he especializado en arqueología. Por cierto que estoy preparando mi tesis sobre las ruinas pipitecas de Los Cocos.

—¡Caray! —Sonrió el embajador—. Quién fuera momia...

Tania se aproximó más a Lopitos y lo acarició con la mirada.

—No hace falta serlo, excelencia.

El perfume embriagador de la espía, las turgencias de su pecho, que parecía ir a estallar de un momento a otro bajo el escote de su vestido, y la inflexión de la voz con que pronunció las últimas palabras, desconcertaron a Lopitos. Tania se le acercó más aún, y le puso una mano larga y blanca sobre el brazo.

—Por cierto, señor embajador. ¿Podría usted facilitarme algunas fotografías de las ruinas arqueológicas de Los Cocos?

Lopitos tragó saliva.

—Pues cómo no, Taniushka. No sé si tenga algunas en la embajada, pero si no, se las mando traer como de rayo.

—Es usted muy amable —repuso la agente secreta sin retirar la mano—. Naturalmente que sólo las quiero prestadas, para ilustrar mi tesis. Después, yo misma se las llevaré a la embajada.

—Tendré mucho gusto en verla por allá, Tanita. Y ya sabe que si en algo más puedo servirla, estoy a sus respetables. Yo sé mucho de excavaciones.

—¡Ah! —Dijo la espía, fingiendo asombro—. ¿Usted también estudió arqueología?

—No —replicó Lopitos—. Pero empecé a estudiar para dentista...

Todos los embajadores rieron, y el Ministro de Relaciones le hizo seña a un camarero para que trajera champaña. Sin embargo, en esos momentos la orquesta empezó a tocar el danzón titulado «Almendra». Tania le oprimió el brazo a Lopitos.

—¡Ay, embajador! ¡Están tocando música de su tierra! Me encanta ese ritmo... ¿Me enseña a bailarlo?

Lopitos se pasó un dedo por el interior del cuello almidonado.

—Viera usted que estoy medio apolillado para esto de mover la cadera... Pero haré el intento con el mayor gusto.

Lopitos le dio su copa al Ministro de Relaciones, se dio un tirón a la manga del frac y galantemente le ofreció el brazo a Tania.

—Con permiso de vuestras excelencias —les dijo a sus colegas, guiñándoles un ojo.

Los embajadores y el Ministro de Relaciones hicieron una reverencia. Contoneándose como un pavo, Lopitos condujo a la despampanante agente secreta al centro del salón, la tomó delicadamente por la cintura y empezó a mover la cadera al voluptuoso compás del danzón.

El embajador de Tequesquite le dio con el codo al de Zambombia.

—¡Che viejo! Parece que nuestro colega ya hizo una conquista.

El africano, que no perdía de vista a la chica, se relamió los labios:

—¡Ay, mamá Matunga! Lo rica que estaría con salsa de tapioca

...

El Ministro de Relaciones aprovechó la oportunidad para escurrirse sigilosamente y dirigirse a Oskey Poposky.

—Camarada —le dijo en voz baja—, creo que el señor embajador de Los Cocos ya se tragó el anzuelo, con caña y todo.

—Así parece —replicó el Primer Ministro, que observaba atentamente a los bailarines—. A esta... Tania, no le falla un golpe.

A Vasili Vasiloff se le puso turbia la mirada.

—Es que... también póngase usted en el lugar de las víctimas, camarada Oskey Poposky. ¿Quién resiste semejante impacto? ¡Mire, mire nomás cómo cimbra la cadera! ¡Cómo quiebra la cintura! ¡Cómo se le derrite en las manos a ese condenado de Lopitos! Por una mujer como ella sería uno capaz de...

El Primer Ministro lo miró de arriba a abajo, entre nubes de humo.

—¿Capaz de qué, camarada?

—De... de bailar toda la noche. ¿No cree usted?

El Primer Ministro no se dignó contestar. Volvió la vista al centro del salón y continuó el escrutinio de todos los movimientos de la pareja, como si estuviera observando unas maniobras militares desde la trinchera. Tania ceñía su cuerpo de Venus a la

magra figura del embajador, y le acariciaba la nuca suavemente, con sus dedos finos y alargados. Lopitos, que tampoco era de palo, ondulaba voluptuosamente al ritmo del danzón y como quien no quiere la cosa le pasaba la mano a su pareja a lo largo de toda la espalda, desde el collar de perlas hasta la región donde empezaba a curvarse la columna vertebral de la real hembra. La agente secreta entrecerró los ojos y le rozó una oreja a Lopitos con los labios:

—Baila usted divinamente, embajador.

—Ni tanto, Tanita, ni tanto —contestó Lopitos con la voz entrecortada, pues sentía que se le enchinaba todo el cuerpo—. Le dije que ya estaba medio empolvado. Me hubiera usted visto cuando tenía veinte años.

La agente secreta le rozó el lóbulo de la oreja con la puntita de la lengua. Lopitos se retorció como una anguila, pero no perdió el compás.

—Podría bailar con usted toda la noche —le musitó al oído la espía, con ese tono gutural que hacía a los hombres ponerse en cuatro patas y aullarle a la luna.

—No, toda la noche no, porque luego ya no hay quien me abra la puerta —tartamudeó Lopitos.

—Eso no importa. Yo traigo la llave de mi casa...

Afortunadamente para el embajador de Los Cocos, que estaba a punto de derretirse, en esos momentos terminó la pieza. Separándose de Tania, se pasó un pañuelo por la frente y luego le ofreció el brazo con mucha galantería.

—Vamos a sentarnos un momento, ¿quiere, embajador? Estoy un poco cansada.

La pareja cruzó el salón entre las miradas de envidia y admiración de todos los concurrentes, y se instaló en un sofá lejos de la orquesta. Un camarero se acercó inmediatamente para ofrecerles una copa de champaña y después se alejó con toda discreción, como si obedeciese una consigna. Tania y Lopitos chocaron sus copas y bebieron un sorbo largo, mirándose a los ojos.

—Nunca creí que se pudieran combinar tan bien el baile y la arqueología —sonrió el embajador de Los Cocos.

—Con usted —replicó la espía, oprimiéndole una mano—, yo sería capaz de bailar hasta el «Lago de los Cisnes».

—Eso sería medio difícil, en primer lugar porque no sé nadar, y en segundo, porque me falta cuello —bromeó Lopitos.

Tania bebió otro sorbo y dejó su copa sobre una mesita. Se aproximó al diplomático y le pasó las yemas de los dedos por la cara. Al llegar a los labios, Lopitos se los mordió suavemente.

—Me vuelve usted loca, embajador —dijo la agente secreta con voz desfallecida—. No sé cómo voy a poder terminar mi tesis.

—Al paso que vamos —repuso Lopitos poniendo ojos de borrego moribundo—, a lo mejor se convierte en tisis...

Tania le hizo cosquillas con un dedo debajo de la barbilla.

—Pero tengo que terminarla. Y usted me va a ayudar, ¿verdad?

Lopitos a la vez le pasó un dedo por los vellos, rubios y finísimos, que le iban de la muñeca al codo.

—Pero Nitoshka, digo, Taniushka, si yo no sé nada de arqueología.

—Yo le enseño. Usted nada más me va dando lo que yo le pida.

Lopitos se sacudió con un escalofrío.

—Pues por mí ya puede ir pidiendo, nomás que poquito a poco.

Tania sonrió y le introdujo suavemente el meñique en la oreja.

—Y sin hacer cosquillas —se retorció Lopitos.

La orquesta inició los compases de un vals, y la pareja volvió al centro del salón para bailarlo. Después se marcarón un tango compadrón, que les ganó el aplauso entusiasta de la concurrencia. Luego siguieron más danzones y polkas, «jerks» y «blues». Tania y el embajador de Los Cocos, incrustados uno en otro, danzaron y bebieron champaña hasta las tres de la mañana, bajo la mirada satisfecha del Primer Ministro Osky Poposky, el regocijo con sus ribetes de envidia del Ministro de Relaciones Vasili Vasiloff, y la creciente alarma de los representantes diplomáticos de las potencias «verdes».

Aquella madrugada se encendieron las luces de las cancillerías de todas las embajadas acreditadas en Troleburgo, mientras los embajadores, aún de frac y condecoraciones, dictaban telegramas para que los cifrasen sus somnolientos secretarios, informando a sus respectivos gobiernos que, según las apariencias, el voto crucial de la República de Los Cocos se inclinaba en favor de las potencias «coloradas». El Primer Ministro —dijeron— había estado inusitadamente cordial y amable con el embajador Lopitos, y éste

se había tragado ingenuamente el rico pedazo de queso que Osky Poposky le pusiera en la ratonera.

## CAPÍTULO DÉCIMO SEXTO

**P**OR espacio de varios días las visitas de Tania a la embajada fueron frecuentes y cada vez más largas, lo cual despertó los celos morunos de Lolita. La secretaria, que precisamente la noche de la recepción se había quedado en su casa remendándole la ropa interior a Lopitos, de inmediato vio con harto recelo y suspicacia a la rubia ninfa, que a todas horas llamaba por teléfono o venía a ver a su jefe. Lolita sufría intensamente, pero no se atrevía a hacer el menor comentario al respecto, puesto que sus relaciones con el embajador no habían llegado al plano amoroso, a pesar de que ambos estaban francamente enamorados uno de otro. Su actitud, sin embargo, fue haciéndose cada vez más fría y reservada.

Aquella mañana, al entrar en el despacho con su libreta de taquigrafía en la mano, apenas contestó al saludo de Lopitos.

—Ha vuelto a llamar esa mujer —dijo Lolita en un tono capaz de helar a un pingüino—. Dice que vendrá a las nueve de la noche, para leerle el capítulo sobre cerámica pipiteca del horizonte preclásico.

El embajador dejó los papeles que estaba leyendo, e hizo un gesto de disgusto.

—¡Pero Lolita! ¿No le dijo usted que esta noche tengo un compromiso?

—Es que ella nunca pregunta si puede venir, sino que anuncia que ya viene. Ya lleva así más de una semana.

—Pero usted sabía, Lolita, que esta noche tengo una cena en la embajada de Zambombia. Usted misma contestó la invitación, aceptándola de mi parte. Podría habérselo dicho a la señorita Tania.

Los ojazos negros de la muchacha brillaron con un chispazo de rabia.

—¿Yo? —dijo muy indignada—. ¿Y quién soy yo para meterme en sus citas privadas? Yo me limito a recibir órdenes. Para eso soy una... simple secretaria.

Lopitos se levantó del asiento, se acercó a la chica y pretendió tomarle la mano. Ella la retiró bruscamente.

—Lolita... No diga esas cosas. Usted sabe que para mí no es una simple secretaria.

Los labios de la muchacha, deliciosamente dibujados, temblaron

ligeramente.

—Pues entonces, soy una secretaria simple... muy simple. Tan simple, que creí que usted era diferente, pero veo que me he equivocado. Es usted igual que todos los demás.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó Lopitos, enarcando una ceja.

—Pues eso —repuso Lolita, controlándose para no hacer pucheros—. En cuanto se vio en un puesto encumbrado, y le empezaron a llover adulaciones, no pudo resistirlas. Si usted cree que ésta... tal por cual..., lo busca nada más por su caída de ojos, se va a llevar un chasco.

Lopitos adoptó una actitud conciliatoria.

—Pero si esa señorita solamente está interesada en la arqueología de Los Cocos. Nada más quiere que le preste unas fotografías.

—Pues bastaba con habérselas prestado. ¿Pero por qué tiene que estar llamando y viniendo a todas horas, sobre todo de noche? ¿Acaso le está usted dando las fotos en pedacitos?

Lopitos sonrió y encendió un cigarrillo. Mientras exhalaba el humo, le guiñó un ojo a la muchacha.

—¿Sabe que me gusta verla así... medio celosona?

Lolita dio un paso hacia atrás y miró a su jefe con arrogancia.

—¿Yo? ¿Celosa? ¡Vaya, sólo eso me faltaba! Usted es mi jefe y yo estoy aquí para tomar dictado y recibir órdenes. Para eso me paga el gobierno. Sus asuntos particulares me tienen muy sin cuidado.

—Muy bien. Pues entonces desde ahorita le ordeno que no sea tonta. Tania es la sobrina del Ministro de Relaciones y yo no puedo hacerle una grosería. Por lo demás, no me interesa en lo más mínimo.

—Ya le dije que no me importan sus asuntos particulares.

—Bueno, pues entonces para qué gastamos más saliva. Si vuelve a llamar la señorita Mangovna, haga usted favor de decirle que esta noche tengo un compromiso, y que el resto de la semana estaré muy ocupado preparando mi discurso para la conferencia.

—Muy bien —repuso frígidamente la secretaria—. ¿Se le ofrece algo más?

—Pues claro que se me ofrece, pero como usted está así... medio indispuesta, mejor esperamos a ver si se le pasa.

Lolita cerró bruscamente su libreta de taquigrafía, dio la media

vuelta y salió del despacho con la nariz en alto. Lopitos la contempló sonriendo, y después se frotó las manos. Con el cigarrillo entre los dientes se acercó al retrato de su padrino, el presidente Belendre, que daba la impresión de estar siendo quemado por la Santa Inquisición, ya que el cuadro estaba colocado encima de la chimenea, donde ardía un buen fuego.

—¡Ay, padrino! —dijo Lopitos, dirigiéndose a la imagen del Primer Mandatario de la República de Los Cocos—. Si nomás supiera esa tonta que es por ella por quien no duermo, que es ella de quien estoy enamorado como un asno, mejorando lo presente. Pero como decía usted, padrino: de vez en cuando hay que castigarlas, para que sientan el rigor del... protocolo. ¿O no, señor presidente?

El embajador dio su acostumbrada zapateta en el aire, y volvió a su escritorio para enfrascarse en los austeros oficios del Ministerio, en que se le pedía que informara acerca de las posibilidades de abrir un mercado para los huaraches y las guayaberas nacionales en la frígida Pepestavia.

Mientras tanto, Lolita entró en su propia oficina, tiró la libreta de taquigrafía sobre el escritorio y se echó a llorar desconsoladamente, de bruces sobre su máquina de escribir. Momentos después, la puerta se abrió lenta y silenciosamente, y por ella apareció la rotunda figura del secretario Templado. Al oír sollozar a la muchacha, don Serafín cerró tras sí la puerta, se acercó a Lolita y le acarició paternalmente la sedosa y negra cabellera.

—¿Qué le pasa a la flor de mi trópico lejano?

La secretaria se incorporó rápidamente y se secó las lágrimas con el dorso de la mano, pero sin poder contener sus sollozos.

—Nada, don Sera. No me pasa nada.

—Entonces nada más está haciendo ejercicio con las glándulas lagrimales, ¿no? Dicen que es muy bueno para mantener límpidas las pupilas. Desgraciadamente yo no lo puedo hacer, pues en vez de lágrimas me sale aguardiente y me causa irritación en los ojos.

Lolita sacó un pañuelo, se enjugó las lágrimas y se sonó delicadamente. El secretario Templado le dio unas palmaditas en el hombro.

—Ya, muchacha, ya. Cualquiera que sea su problema, no es para tanto. Aquí donde usted me ve, yo también sufro intensamente. Ya

se me acabó el combustible, y todavía falta una semana para que nos llegue el cheque. Ando más seco que una momia egipcia, pero con llorar no gano nada. Al contrario, me deshidrato.

Al oír las últimas palabras del secretario Templado, Lolita reaccionó repentinamente. Con esa extraordinaria facilidad que tienen las mujeres para llorar y para dejar de llorar, cortó de golpe sus lágrimas y se quedó mirando fijamente al señor Templado.

—Don Sera —le preguntó—, a propósito de momias... Usted que es un hombre tan culto, ¿sabe algo de arqueología?

El secretario miró a la muchacha por encima de sus anteojos que, como de costumbre, le cabalgaban en la punta de la nariz.

—Pues hombre, antes de ingresar en el Servicio Exterior, hace como cien años, fui ayudante del Director del Museo Arqueológico de Los Cocos. Puede decirse que me hablaba de tú con los ídolos pipitecas, pues no había nadie más con quien conversar. ¿Por qué, nereida de mis ríos selváticos?

—¡Con los pipitecas! —exclamó Lolita, muy entusiasmada—. ¡Con los pipitecas! ¡Ay, don Sera, es que tengo un favor muy grande que pedirle! Sabe usted que hay una persona que se interesa mucho en la arqueología de nuestro país, pues está preparando una tesis sobre ese tema, y le ha pedido unos datos al embajador Lopitos.

—¿Y?

—Pues que el embajador no sabe mucho de arqueología, y además está muy ocupado con lo de la conferencia. ¿Podría usted hacerse cargo de esa persona, don Sera?

—No faltaba más. Sólo que la arqueología es un tanto árida, y en una disertación sobre la cultura pipiteca se le seca a uno un poco la garganta.

Sonriendo, Lolita le arregló el nudo de la corbata al secretario.

—Usted no se preocupe por eso. Yo me encargaré, personalmente, de ver que tenga usted una, dos, tres botellas... ¡Todas las botellas que le de la gana, don Sera!

—¿A poco se casó usted con el dueño de una destilería?

—No, don Sera, no. Pero a cambio del favor que le pido, yo me comprometo a mantenerlo en estado de flotación.

—Pues a cambio de tan apetecible retribución, muchacha, soy capaz de dar una cátedra no sólo de arqueología, sino hasta de repostería tibetana. ¿Cuándo empiezan los cursos?

—¡Hoy! Hoy mismo, a las nueve de la noche, en el saloncito privado de la residencia. Ahí estaré yo, y ahí lo estarán esperando... su alumna... y sus botellas.

—¡Ah! ¿Qué se trata de una dama?

—No sé hasta qué punto lo sea, pero es una mujer.

Y muy guapa. Demasiado guapa, la condenada.

—Tanto mejor. La arqueología resulta más interesante cuando hay faldas de por medio. Y sobre todo si se le riega adecuadamente.

Con el impulso de su juventud y de su estado de ánimo, Lolita le plantó un par de besos tronados en la mejilla al rollizo secretario. Después palmoteó y se dirigió a la puerta.

—¡No se me vaya, don Sera! Ahorita vuelvo; nada más voy a lavarme la cara, porque se me metió el «rimmel» en los ojos.

La chica salió como una exhalación, mientras don Serafín Templado se pasaba una mano temblorosa por la cara.

—¡Diantre de muchacha! —se dijo a sí mismo—. Primero llora, sin motivo aparente. Después habla de momias y de arqueología, y me ofrece las botellas que yo quiera. Luego se pone echa unas pascuas, y me besa... No hay quien entienda a las mujeres. Hice bien en haberme mantenido célibe, para derrochar toda mi ternura entre los recipientes vitreos con o sin etiqueta.

Don Serafín Templado se pasó una mano por el prominente abdomen, y la lengua por los labios resecaos.

—De cualquier manera —continuó lucubrando—, esta niña se ha convertido en mi hada madrina, cuando más necesitado estaba de sus mercedes. Conque arqueología pipiteca, ¿eh? Modestia aparte, no creo que haya nadie más versado que yo en esa intrincada ciencia. Tan versado, tan versado, que creo tener derecho a un pequeño anticipo de honorarios. Veré si Lolita me puede facilitar un enganche, digamos de litro y medio, pues de aquí a las nueve de la noche se extiende el tétrico panorama de once horas de sequía...

## CAPÍTULO DÉCIMO SEPTIMO

**M**INUTOS antes de las nueve de la noche, cuando Lopitos ya se había marchado a la cena en la embajada de Zambombia, Lolita entró en la residencia por la puerta que comunicaba con la cancillería y se dirigió directamente a la sala. Petrosky se encontraba enderezando el cuadro de siempre.

—Puede retirarse, Petrosky —le dijo Lolita—. El embajador ya no vendrá sino hasta muy tarde.

El mayordomo titubeó un segundo.

—Pero... ¿no esperaba a una persona?

—Sí, a la señorita Tania; pero me encomendó que yo la recibiera.

—¿Usted? —preguntó Petrosky con cierto asombro.

Sí, yo. ¿Tiene algo de particular?

—No, por supuesto que no, señorita. ¿Desea usted que les sirva algo?

—No, Petrosky, muchas gracias. Ya está todo dispuesto en el saloncito. Puede usted retirarse.

—Muy bien, señorita. Buenas noches.

—Buenas noches —repuso Lolita.

El mayordomo salió de la estancia, con sus pasos felinos, y momentos después se oyó el timbre de la puerta principal. Lolita se dirigió a abrirla. En el umbral apareció Tania, envuelta en un grueso abrigo de pieles y con un gorrito de Astrakán que realzaba el rubio platinado de sus cabellos. Al ver a la secretaria no pudo reprimir un ligero gesto de sorpresa.

—Buenas noches. ¿Está el embajador?

—No, no está en estos momentos —sonrió Lolita—, pero no tardará en llegar. Haga usted favor de pasar.

Tania entró y miró a su alrededor.

—Yo soy la señorita González —volvió a sonreír Lolita.

La agente secreta la miró de arriba a abajo.

—¡Ah, sí! ¿La secretaria?

—Exactamente. La secretaria. Permítame su abrigo.

Lolita le ayudó a Tania a quitarse el abrigo. La agente secreta lucía un vestido sumamente escotado y entallado, muy elegante.

—¡Qué vestido más precioso! —Dijo Lolita, con el abrigo en las manos—. Muy apropiado para las lecciones de arqueología.

La Mangovna entrecerró los ojos y volvió a mirar a la secretaria de arriba a abajo.

—Es la última moda —dijo con insolencia.

—Tenga la bondad de pasar al saloncito privado. Creo que ya conoce usted el camino, ¿no?

Tania, seguida por Lolita, cruzó un pasillo y entró en una sala pequeña, elegantemente amueblada y de ambiente íntimo y acogedor. En la chimenea un fuego alegre hacía chisporrotear los leños, contribuyendo a iluminar la penumbra del recinto. En un rincón un tocadiscos, en otro un bar portátil bien provisto de vasos y botellas, y junto a la chimenea un sofá con almohadones, constituían el único mobiliario. A lo largo de las paredes había estantes con libros, que en esos momentos examinaba el secretario Templado con un vaso en la mano.

La agente secreta se detuvo y lo miró con asombro. El secretario se volvió y a su vez la examinó por encima de sus anteojos con una sonrisa. Lolita hizo las presentaciones:

—Don Serafín Templado, secretario de la embajada. La señorita Tania Mangovna, de profesión... arqueóloga.

Con pasos oscilantes don Serafín se acercó a la rubia y le besó la mano.

—Encantado, señorita. No me explico para qué estudió usted arqueología.

A Tania le hizo gracia el hombrecillo, gordinflón y colorado como una manzana, por efectos del fuego y de la bebida.

—¿Por qué? —preguntó, entre asombrada y divertida.

—Porque usted misma es un soberano monumento. Piramidal. Sencillamente piramidal.

Tania sonrió halagada, mientras don Serafín apuraba su vaso.

—El profesor Templado —intervino Lolita—, es una de nuestras máximas autoridades en arqueología. Lo que él no sepa, no lo sabe nadie.

Tania ignoró el comentario.

—Mientras llega el embajador, que no debe tardar —continuó Lolita—, el profesor Templado le dará a usted todos los datos que necesite. Haga usted favor de tomar asiento.

Tania se sentó automáticamente en un extremo del sofá, sin quitarle la vista de encima al secretario. Por alguna razón inexplicable, se sentía atraída por este personaje absurdo,

rechoncho, cuyos pocos cabellos blancos le daban aureola a su calva reluciente. Sin saber por qué, pensó en Santa Claus, o en un enanito del bosque. Don Serafín se sentó a su lado.

—¿Una copita? —preguntó la secretaria, obsequiosa.

—Tomaré un whisky con soda —replicó Tania, sin dignarse mirarla.

Don Serafín le extendió su vaso.

—Encanto... Ya que va usted a molestarse, le ruego que me revitalice el receptáculo. Whisky en las rocas, pero sin rocas.

—Con mucho gusto, profesor Templado —sonrió Lolita.

Mientras Lolita preparaba las bebidas, Tania sacó de su bolso una pitillera de oro. Colocó un cigarrillo en su larga boquilla y esperó a que don Serafín se lo encendiera.

—Conque arqueóloga, ¿eh? —preguntó el secretario, apagando su encendedor y empujándose las gafas hacia arriba con el índice.

—Sí, maestro.

—Y según me dicen, está usted preparando una tesis sobre las ruinas pipitecas.

—Así es.

—Muy bien, muy bien. ¿Quiere usted que le explique algo especial?

—No, gracias. Por el momento sólo estoy interesada en generalidades.

—Perfecto. En tal caso le haré a usted una exposición de conjunto. Es decir, una conjuntivitis. ¡Ah! Pero antes... la pausa que refresca.

Lolita se había aproximado con dos vasos en una bandeja, que ofreció al profesor y a su alumna. Tania tomó el suyo y lo dejó sobre una mesita. Don Serafín afianzó el otro y se lo llevó a los labios.

—Muchas gracias, encanto. Salucita.

—Por nada, don Sera —repuso Lolita—. Y ahora, si ustedes me permiten, me retiro. Buenas noches, señorita Mangovna. La dejo en buenas manos. El embajador llegará de un momento a otro.

—Buenas noches —contestó Tania secamente.

—Hasta mañana, don Sera.

—Hasta mañana, rui señor de mi vereda tropical —dijo Templado, alzando su vaso—. Y que Dios la bendiga.

Lolita salió del saloncillo y cerró tras sí la puerta. Tania bebió un

trago de su whisky y don Serafín se aproximó un poco más a ella.

—Así es que, vamos a ver. ¿Por dónde quiere que empiece?

Automáticamente Tania se puso en guardia y se hizo a un lado.

—Me refiero a la lección de arqueología, niña. No a lo que está usted pensando. A mis años, soy más inofensivo que un naviero griego.

Tania echó la cabeza hacia atrás y rio divertida.

—Nunca se puede estar segura. ¿Cuántos años tiene usted, maestro?

—El próximo seis de enero cumplo ciento cincuenta. Soy capricornio. Por eso nunca me casé: por lo de los cuernos. Y también por lo otro.

—¿Es usted soltero? —preguntó la agente secreta, cada vez más risueña.

—Solterísimo. En situación de disponibilidad, como decimos en el lenguaje diplomático.

Don Serafín se incorporó del sofá con dificultad y se dirigió al bar portátil para traer una botella, que colocó sobre la mesita. Antes de volver a sentarse se sirvió medio vaso de whisky.

—Cuando la montaña no vino a Mahoma, fue hacia la botella, digo, hacia la montaña. Yo creo que si la dejamos aquí, a la botella, no a la montaña, nos evitaremos mucha ida y venida.

Tania volvió a beber largo. Don Serafín la miró aprobatoriamente y le rellenó su vaso.

—Me gustan las buenas gargantas. Así es como se debe beber, sin melindres. Y ahora, vamos al grano.

—Mire usted, maestro —dijo Tania, apagando su cigarrillo—. No se moleste. No es necesario que me de usted cátedra. En realidad sólo estoy esperando al embajador para que me proporcione unas fotos de las ruinas.

El secretario Templado la miró un poquito dolido.

—Entonces, ¿no le interesa a usted mi conferencia?

—No es que no me interese —sonrió Tania dulcemente—. Lo que ocurre es que el embajador llegará de un momento a otro, y entonces sería lamentable interrumpir una disertación tan sugestiva.

—Yo creo que usted es más diplomática que arqueóloga, güerita. De cualquier manera, mientras llega Lopitos, digo, el señor embajador, déjeme que le exponga brevemente, en cuatro

pinceladas, el origen de la asombrosa civilización pipiteca. De otra forma me remorderá la conciencia.

—¿Por qué ha de remorderle la conciencia?

Templado sacudió la cabeza y bebió otro trago.

—Sólo es un decir. Bueno, qué pasó... ¿le hablo a usted de los pipitecas, o no?

Tania exhaló un suspiro.

—Muy bien, maestro. Háblame de ellos, si usted se empeña.

—Como usted sabe —dijo el secretario, acercándose a la Mangovna—, existe la teoría de que las tribus indígenas de América llegaron a ese continente procedentes del extremo oriental del Asia, a través del estrecho de Bering, que en aquella época ni era estrecho ni era todavía de Bering.

Tania lo escuchó, risueña.

—Según el célebre antropólogo Von Strauffen, las primeras peregrinaciones ocurrieron a finales de la época glacial, cuando empezó el retroceso de los hielos. Y a propósito de hielos, ¿quiere usted que le ponga otro cubito en su vaso?

—No, muchas gracias. Siga usted...

Don Serafín Templado siguió, y siguió, bebiendo y perorando. Y la Agente Secreta XY-707 también continuó, bebiendo y escuchando fascinada.

Eran cerca de las dos de la mañana cuando el embajador Lopitos regresó a la embajada. Al escuchar voces en el saloncito, se dirigió a él de puntillas y abrió sigilosamente la puerta. Ante sus ojos asombrados se presentó un extraordinario espectáculo:

Tania, despeinada y con la mirada turbia, estaba sentada en el suelo, sobre una piel de oso, con la cabeza recostada en las piernas del secretario Templado. Éste, con la camisa abierta y la corbata desanudada, trataba de servirse otro vaso de whisky, pero su mirada extraviada y su pulso incierto se lo impedían. Sobre la mesita había dos botellas vacías y el cenicero rebosaba de colillas. El fuego de la chimenea ya casi se había consumido, y la estancia se encontraba en penumbras, salvo la tenue luz de una lámpara china junto al tocadiscos.

Templado le acariciaba la rubia cabellera a Tania, y ésta se sacudía periódicamente con un hipo decididamente alcohólico.

—Sigue, Serafín, sigue —dijo ella, acariciándole a la vez la

mano.

—Pues entonces —continuó el secretario, con voz aguardentosa —, ahí tienes que la princesa Ojo de Hormiga se va a ver al gran sacerdote Tepalcates, y le dice: «O me devuelves a mi guerrero Pluma al Viento, o voy con el chisme con mi papá el rey»... Y el gran sacerdote le responde: «No, chata, con amenazas no, porque de un soplido te convierto en flauta»...

Tania volvió a estremecerse con el hipo y entrecerró los ojos, sin soltarle la mano a Templado.

—Sigue, Serafín. Me recuerdas a mi madre, cuando me arrullaba contándome cuentos de hadas. ¡Era yo tan feliz entonces!

A don Serafín se le movió la cabeza de un lado a otro.

—Caray, Taniushka, en mi larga carrera me han comparado con todo, menos con una madre. Pero todo sea por Dios. Ahora, escucha:

El secretario se empinó la botella con la mano libre, y continuó con lengua estropajosa:

—A orillas del lago de Tutultán, cuyas aguas tienen la particularidad de cambiar de color según el estado de ánimo de quien las contempla, hace muchos años existió un gran templo de obsidiana, que según la leyenda...

La voz de don Serafín se fue convirtiendo en un murmullo, y Tania fue quedándose plácidamente dormida. Lopitos sonrió y cerró con toda suavidad la puerta. Para no hacer ruido, se quitó los zapatos y cruzó el pasillo de puntillas.

—Bueno —pensó—, no podrá decirse que no se estrechan cada vez más las cordiales relaciones entre Los Cocos y Pepeslavia, dentro de lo que cabe... Al paso que vamos, las güeras pepeslavas hablarán en pipiteca.

## CAPÍTULO DÉCIMO OCTAVO

**E**L Primer Ministro Osky Poposky estrujó violentamente la colilla del cigarro en el cenicero, y reanudó sus paseos por el despacho como tigre enjaulado. En uno de los sillones forrados de cuero la Agente Secreta XY-707 lloraba mansamente y de vez en cuando se enjugaba las lágrimas con un minúsculo pañuelo. En esta ocasión no llevaba maquillaje alguno, y su cabello, recogido en trenzas que le bajaban por el pecho, le daba aspecto de colegiala.

—¡Esto es verdaderamente inaudito! —Rugió Osky Poposky—, ¡increíble y a la vez intolerable!

El Primer Ministro interrumpió sus zancadas y se plantó frente a Tania, golpeándose una bota con el fuste que llevaba en la mano.

—No te mando fusilar, porque estoy pensando en alguna otra forma de liquidarte. Aún no decido si untarte de miel y arrojarte en un hormiguero, o bien quemarte viva y después disolver tus cenizas con ácido sulfúrico.

Tania inclinó la cabeza y retorció el pañuelito entre las manos.

—¡Años enteros de entrenarte! —Volvió a bramar el Primer Ministro—. ¡Años enteros de ir moldeándote para convertirte en la mejor agente secreta de Europa! Paso a paso te fui confiando misiones cada vez más delicadas...

La Mangovna miró a su jefe con ojos suplicantes.

—Y todas las cumplí satisfactoriamente.

—Por eso mismo te fui cobrando confianza. Llegó un momento en que te creí capaz de desempeñar una misión aparentemente sencilla, pero de extraordinaria importancia... ¡Conseguir el voto del embajador de Los Cocos! Aparentemente una cosa de risa, pero que en estos momentos simplemente significa el triunfo de nuestra causa en la conferencia. El triunfo, por la vía legal, de la causa «colorada» en el mundo entero... ¡La derrota del asqueroso imperialismo «verde»!

Tania prorrumpió en sollozos.

—¿Y qué ocurre? —vociferó el Primer Ministro—. ¡Que te pasas quince días yendo a la embajada de Los Cocos, sales borracha todas las noches, y el embajador López tan fresco, cada vez más terco en no comprometer su voto ni con unos ni con otros!

—Pero en cambio estoy aprendiendo arqueología —lloriqueó la rubia, con lógica eminentemente femenina.

—Posiblemente te sirva de mucho en las catacumbas donde pienso enterrarte viva...

El Primer Ministro hizo funcionar su encendedor y pegó un grito. En su cólera, se encendió un dedo en vez del cigarrillo que pendía de sus labios. Tania volvió a enjugarse las lágrimas.

—Yo perdí a mi madre cuando tenía diez años —dijo la rubia con voz ahogada—. La mataron los «colorados» al adueñarse del poder en Pepeslavia. Nunca conocí a mi padre; murió en la guerra... El único recuerdo amable que conservo de mi infancia, es el de mi madre contándome cuentos de hadas para dormirme, aunque nos estábamos muriendo de hambre y de frío. Ahora he vuelto a encontrar la felicidad...

Osky Poposky rio en forma sarcástica y brutal.

—¡Me supongo que ahora el embajador López te arrulla contándote el cuento de Blanca Nieves y los siete enanos!

—No —sollozó Tania—. Pero el secretario Templado me duerme contándome las leyendas de los pipitecas...

El Primer Ministro no pudo contestar, porque se había tragado el cigarro.

En su despacho, el embajador Lopitos y el consejero De la Pompa y Pompa se disponían a descifrar un mensaje telegráfico que había llegado esa mañana. Mientras las demás potencias utilizaban los más complicados sistemas criptográficos, el Ministerio de Relaciones de Los Cocos aún empleaba el anticuado e infantil procedimiento de sustituir cifras por palabras, las cuales aparecían en un voluminoso código en forma de diccionario. Además de que el mayordomo Petrosky había fotografiado todas y cada una de las páginas de la clave, el secretario Templado la había dejado olvidada en un tranvía cuando en cierta ocasión la llevó a su casa para descifrar un mensaje de quinientas cifras, que por cierto empezaba con la frase: «Que nadie se entere en ese país»... O sea que el contenido del telegrama que ahora iban a descifrar el embajador y el consejero, hacía tres horas qué había sido entregado en el despacho del Primer Ministro Osky Poposky, descifrado y traducido al pepeslavo.

Lopitos se arrellanó en su sillón con el telegrama en la mano, mientras el consejero abría la clave y preparaba papel y lápiz.

—A ver, mi conse, si ya por fin me contestan del Ministerio

dándome instrucciones sobre cómo debo votar en la conferencia. ¿Está usted listo para empezar a descifrar este enigmático mensaje?

—Listo, embajador —repuso De la Pompa y Pompa.

—Bueno, pues ahí le voy. Cuidado con hacer trampas. Sale: siete, ocho, tres, cuatro, nueve.

El consejero anotó la cifra en un papel y después la buscó en el código. Siguiendo la línea punteada con el dedo, leyó la traducción en voz alta y la anotó en otro pliego:

—«Por instrucciones del señor presidente»...

—¡Ah, chirrión! —Exclamó Lopitos—. Es mi padrino el que ladra. Ahí le va la segunda cifra: Ocho, siete, tres, dos, cero.

El consejero repitió el procedimiento y leyó:

—«Sírvase usted votar de acuerdo con»...

—¡Ya estuvo, mi conse! Son las instrucciones. Por fin sabremos si nos ponemos «verdes» o «colorados». Ojo al parche: dos, nueve, uno, siete, cinco.

—«Normas díctele su propio criterio» —descifró el consejero.

Los dos funcionarios se miraron uno al otro con la boca abierta.

—¡Ah, caray! Ahora sí que me la pusieron color de hormiga. A ver, mi conse, sígale: cuatro, ocho, nueve, dos, seis.

—«Según circunstancias»...

—Siete, nueve, nueve, dos, uno.

—«Surjan durante»...

—Nueve, dos, tres, uno, cuatro.

—«Citada reunión» —terminó el consejero.

Lopitos lanzó un silbido y miró hacia el techo.

—Léamelo completo, licenciado. A la mejor así en abonos no captamos el sentido verdadero.

—«Por instrucciones del señor presidente, sírvase usted votar de acuerdo con normas díctele su propio criterio, según circunstancias surjan durante citada reunión. Relaciones Exteriores».

El embajador se levantó de su asiento y dio unos pasos por el despacho, con las manos tras de la espalda.

—¿Se da usted cuenta, embajador —dijo De la Pompa y Pompa gravemente, mientras cerraba la clave—, de la tremenda responsabilidad que pesa sobre sus hombros? Como quien dice, de usted depende el triunfo de los «verdes» o de los «colorados», pues

los otros cinco países no alineados, cuyos representantes aún no recibían instrucciones, ahora ya se definieron: según mis informes, dos van a votar por los «verdes», que eran cuarenta y ocho, y los otros tres por los «colorados», que eran cuarenta y seis.

—¡Un momento! —Interrumpió Lopitos—. Cuarenta y ocho más dos, cincuenta. Y cuarenta y seis más tres, cuarenta y nueve. Es decir, que si yo voto por los «verdes», hago que ganen por mayoría; pero si voto por los «colorados», nomás nivelo la balanza. Fifty-fifty. ¿No somos cien países los miembros de la Organización Internacional?

—Éramos, embajador —replicó el consejero—, éramos. Pero la semana pasada alcanzó su independencia la isla de la Pingüica, antigua colonia británica en las Antillas, que inmediatamente pasó a formar parte de la Organización y por darle en la torre a la Madre Patria decidió alinearse con los «colorados». O sea que ahora somos ciento uno los países votantes. Cincuenta «verdes» y cincuenta «colorados». El restante es la República de Los Cocos. Por eso su voto es definitivo.

—A lo mejor pasado mañana le conceden la independencia a Tacubaya, y así ya seremos ciento dos, para volver a quedar «tablas».

—Imposible. De acuerdo con los estatutos de la Organización, y precisamente para evitar esta clase de chanchullos, desde quince días antes de que se celebre la Conferencia General no se admite a ningún nuevo país como miembro. De otra manera, «verdes» y «colorados» crearían flamantes estados independientes cada veinticuatro horas, para agenciarse mayor número de votos. Y me permito recordarle que la conferencia dará comienzo dentro de ocho días.

Lopitos, con el telegrama en la mano, se detuvo frente a la fotografía del presidente Belendre.

—«Según me dicte mi propio criterio»... —repitió, marcando las palabras—. O sea que yo, Píndaro López, natural de Momotenango de las Piochas, República de Los Cocos, soltero, mayor de edad, ex canciller de quinta, más o menos al corriente en el pago del impuesto sobre la renta, con un metro sesenta centímetros de estatura, y cincuenta y seis kilos doscientos gramos de peso, tengo en mis manos el destino político de este planeta llamado Tierra. ¿No cree usted que deatiro me la puso un poco difícil, señor

padrino?

## CAPÍTULO DÉCIMO NOVENO

**E**L Primer Ministro Osky Poposky era hombre de decisiones rápidas y de pocos o ningunos escrúpulos. Consecuentemente, ante el fracaso de la Agente Secreta XY-707, y al conocer cuáles eran las instrucciones que le había girado el gobierno de Los Cocos a su embajador en Pepeslavia, decidió obrar radicalmente. Considerando que en el transcurso de una semana no podría convencer por las buenas a Lopitos, a efecto de que votara en favor de los «colorados», resolvió simple y sencillamente quitarlo de en medio, lo mismo que a algún otro representante de un país pequeño e insignificante que ya estuviese alineado con los «verdes». De esta manera, calculó, si se eliminaba a ambos embajadores un día antes de que empezara la conferencia, sus respectivos gobiernos ya no tendrían tiempo de nombrar nuevos delegados, y así los «colorados» continuarían siendo cincuenta, contra cuarenta y nueve votos del bando contrario. Osky Poposky tocó un timbre y ordenó a su Director de Desapariciones Políticas que tomara las medidas necesarias, amenazándolo con un fusilamiento inmediato si el plan que fraguara no diese resultado.

Fue así como cinco días más tarde, alrededor de la medianoche, un individuo de siniestro aspecto, enfundado en un grueso abrigo de pieles y con el gorro de Astrakán hasta las orejas, se encaminó por una sórdida callejuela a espaldas del rastro de Troleburgo, donde era fama que se reunía la flor y nata del hampa pepeslava. La nieve caía en copos menudos, y el hombre del abrigo se la sacudió de los hombros al entrar en una taberna mal iluminada y llena de humo, donde una serie de pelafustanes y mujerzuelas bebían, fumaban y hablaban entre grandes risotadas. En un extremo del maloliente local había un piano viejo, en el que tocaba un hombrecillo de bombín y bigotes a la Chaplin.

Al entrar, el hombre del abrigo se dirigió a la barra y pidió una copa de vodka, que se bebió de un trago. El cantinero que lo sirvió le hizo una seña con los ojos, indicándole una puerta que se encontraba al lado del piano.

La puerta comunicaba con un largo y oscuro pasillo, al término del cual había un cuarto sin ventanas, que servía de bodega. A lo largo de las paredes se alineaban cajas llenas de botellas y dos o tres toneles de vino. Y en el centro, sobre una mesa destartada,

una lámpara de petróleo mal iluminaba el recinto. Sentado a la vera se encontraba el mayordomo Petrosky, también enfundado en un abrigo de pieles y con un gorro de Astrakán sumido hasta el entrecejo.

La puerta del cuartucho se abrió sigilosamente y en ella apareció el hombre del abrigo. Sin decir palabra, volvió a cerrarla, miró a su alrededor, tomó una botella de vodka y dos vasos de un estante, y se instaló en la mesa al lado de Petrosky. El extraño visitante se sirvió una copa y volvió a apurarla de un trago.

—¡Ah! —dijo en voz baja al cabo de un momento—. Qué bien cae esto. Afuera hace un frío, que ni en Siberia.

Petrosky no contestó, limitándose a mirar al hombre del abrigo con tensión reprimida. Éste sacó una cajetilla de cigarros y encendió uno.

—¿Estás seguro de que nadie nos escucha? —preguntó, arrojando el humo con fuerza por el extremo izquierdo de la boca.

—He revisado el cuarto de arriba a abajo —repuso Petrosky—. No hay nada ni nadie. El cantinero tiene órdenes estrictas de no dejar pasar ni a su sombra. El mismo monta guardia en la puerta.

—¿Detrás de ésta?

—No. En la de la entrada al pasillo.

El hombre del abrigo se inclinó hacia Petrosky y habló en tono confidencial.

—Bien. Escucha atentamente. Pasado mañana se inicia la conferencia, y ante el fracaso de Tania, el camarada Poposky ha decidido borrar del registro civil a dos embajadores.

El mayordomo asintió con un ligero movimiento de cabeza.

—Uno de ellos es el tuyo —sonrió siniestramente el hombre del abrigo.

—Entiendo —repuso Petrosky.

El hombre del abrigo sacó del bolsillo una botella con aspecto de ánfora, en cuya boca un aparato en forma de reloj hacía las veces de tapón, y con mucho cuidado la colocó sobre la mesa.

—Pondrás este aparatito en un sitio estratégico: debajo de la cama del embajador, o en un cajón de su escritorio, donde creas más conveniente. Tú conoces bien sus movimientos.

El hombre del abrigo se sirvió otra copa de vodka, la bebió de un trago y se limpió los labios con el dorso de la mano.

—Éste es un juguetito de fabricación nacional, pero muy

efectivo. Es algo así como una bomba de las que llaman «coctel Molotov», nada más que con un cronómetro que le sirve de tapón. Y de despertador, sólo que quienes lo escuchan ya no vuelven a despertar. Funciona a base de un poderoso explosivo, y gracias a este mecanismo se le puede hacer estallar a la hora que uno quiera, con precisión de segundos.

Petrosky esbozó una sonrisa.

—Conozco el artefacto, camarada. Lo he utilizado en varias ocasiones.

—Magnífico. En su oportunidad, le das cuerda, marcas la hora que convenga, y ya está... Sólo te recomiendo que a esa hora procures estar como a diez kilómetros de distancia.

—No hay cuidado. A la hora cero estaré en la frontera, organizando un concurso de danzas folklóricas...

El hombre del abrigo sirvió dos copas, le dio una al mayordomo, y brindó con él chocando los vasos.

—Por el éxito de tu misión. Recuerda que de ello depende nuestro triunfo en la conferencia. El camarada Poposky confía en ti.

Petrosky bebió a pequeños sorbos, y el hombre del abrigo sacó un papel del bolsillo.

—Toma. Después del traquidazo puedes pasar a cobrar con este recibo a la pagaduría del Instituto de Beneficencia y Obras Pías.

El mayordomo leyó el recibo y en señal de asombro dejó escapar un tenue silbido.

—¡Caracoles! Con esto podré retirarme a cultivar champiñones en Transilvania.

—Todavía no. El camarada Osky Poposky aún necesita tus servicios. Como lo más probable es que ahora te quedes sin patrón y sin empleo, el Primer Ministro ya te tiene un nuevo puesto.

—¿En otra embajada? —preguntó Petrosky.

El hombre del abrigo se puso de pie y se guardó la botella de vodka en el bolsillo.

—No —sonrió horriblemente—. Como Director de la Agencia de Pompas Fúnebres del Estado...

A la mañana siguiente, Lopitos se encontraba dictándole un telegrama a su secretaria:

—«... advirtiéndose extraordinaria tensión tanto en campo

“verde” como “colorado”. Punto. En víspera conferencia, uno y otro grupo cuentan exactamente con igual número de votos. Punto. Consecuentemente, voto nuestro país será decisivo. Punto. Atentamente, etcétera, etcétera».

Ponga usted nada más un etcétera, para ahorramos diez dinares en la tarifa.

Lolita trazó unos rasgos en su libreta.

—¿Cómo le suena? —preguntó el embajador.

—Perfecto. No sabía que dictaba usted tan bien.

—Y eso que no soy dictador. Pero tantos años en el oficio no pasan en balde, aunque nomás haya visto los toros desde la barrera.

—¿Algo más? —sonrió Lolita.

—Haga el favor de pasar el telegrama en máquina, y luego se lo da al consejero para que lo cifre. Que salga esta misma noche. El telegrama, no el consejero.

Lolita se puso de pie, cerrando su libreta. Lopitos abrió un cajón de su escritorio y sacó una carta lacrada.

—También tenga la bondad de poner usted misma esta carta en el correo. Va dirigida a mi padrino, el presidente Belendre, y trata de un asunto sumamente importante. Que salga también esta misma noche. No se la encomiende a nadie.

—Pierda cuidado —repuso la secretaria—. Yo misma me encargaré de depositarla.

La muchacha hizo ademán de dirigirse hacia la puerta.

—Lolita... —la llamó el embajador.

—¿Sí?

—Lolita... Mañana empieza la conferencia, y durante varios días vamos a andar de cabeza. ¿Qué dice si nos vamos a cenar esta noche al restorancito italiano?

La secretaria titubeó un instante y después sonrió.

—Bueno... si usted quiere. A mí también me gusta la arqueología pipiteca, ¿sabe?

A Lopitos se le iluminó el rostro.

—¡Al pelo! Entonces, haga favor de decirle al mayordomo que no cenaré en la residencia. Pero que mañana en la mañana quiero el desayuno muy temprano, ya que tengo que estar aquí en el despacho a las nueve en punto. La conferencia empieza a las once.

—Muy bien, embajador.

—Y a la noche, en cuanto usted esté lista me avisa para ir a darle a los tallarines.

Lolita sonrió con dulzura:

—Muy bien... Lopitos.

Y mientras el representante de Los Cocos sentía que se derretía por dentro, la belleza tropical salió del despacho, con sus pasos de gacela.

Anocheecía cuando llamó el teléfono de la residencia. Petrosky materializó de entre las penumbras, y con su mano enguantada de blanco descolgó el audífono.

—Residencia del señor embajador de Los Cocos —dijo, con esa entonación tan especial de los mayordomos vestidos de frac en todas las ocasiones.

Petrosky escuchó una voz femenina.

—¡Ah, sí, señorita Lolita! Petrosky al habla... Sí, señorita. Perdone usted que no me haya encontrado, pero es que hoy fue mi día de salida... Sí, señorita. Muy bien, señorita. Entendido, señorita... el señor embajador cena fuera esta noche... Sí, señorita, el desayuno estará dispuesto a las ocho de la mañana en punto... Sí, señorita, a las nueve llegará a su despacho... Chaqué y condecoraciones, abrigo negro y sombrero de copa... Perfectamente, señorita... Descuide usted, que todo estará en orden... Sí, señorita... Buenas noches, señorita.

El mayordomo colgó el aparato y encendió la luz de la sala. Mientras enderezaba el cuadro de costumbre, musitó para sus adentros, con el mismo tono en que había hablado:

—Sí, señorita... A las nueve de la mañana en su despacho... Y a las nueve y cuarto estará presentando cartas credenciales a San Pedro... Sí, señorita... pierda usted cuidado.

Alrededor de las diez de la noche, cuando Lopitos aún no había regresado a la residencia y las oficinas de la cancillería se encontraban totalmente a oscuras, Petrosky se deslizó sigilosamente en el despacho del embajador. El rayo luminoso de su linterna eléctrica recorrió el piso alfombrado, saltó de una pared a otra y se detuvo en el escritorio. Hacia él se dirigió el mayordomo, con sus andares de pantera negra. Con mucho cuidado abrió un cajón, y sacándose la bomba del bolsillo la colocó delicadamente entre un cúmulo de papeles. A la luz de su linterna

ajustó el mecanismo del cronómetro, dándole cuerda y fijando las manecillas de tal manera que señalaran las nueve y cuarto. Por espacio de unos segundos escuchó el suave tic tac, tic tac, del aparato.

Petrosky cubrió la bomba con papeles y cerró el cajón del escritorio cautelosamente. Echó un vistazo a su alrededor para cerciorarse de que todo estaba en orden, apagó la luz de su linterna y salió de puntillas del despacho, con el mismo sigilo con que había entrado.

El mayordomo se retiró a sus habitaciones satisfecho de haber cumplido su misión, y seguro de que en la cancillería desde hacía horas ya no había nadie. Se desnudó, se cepilló los dientes, y muy abrigadito en un pijama de franela que le había regalado el agregado militar, se metió en la cama. Por espacio de unos quince minutos leyó la Vida de San Estanislao (de quien secretamente era muy devoto), y al sentir que lo vencía el sueño apagó la luz de su lámpara y se quedó dormido.

Minutos después despertó el secretario Templado, que a su vez se había quedado dormido desde las seis de la tarde entre los polvorientos expedientes de su despacho. A tientas encendió la luz, se caló las gafas y miró a su alrededor con gesto de asombro.

—¡Maldita sea! —Murmuró entre dientes, chasqueando la lengua—. O llegué demasiado temprano a la oficina, o estoy saliendo demasiado tarde...

Don Serafín consultó su reloj.

—Van a dar las once, y como está oscuro, quiere decir que es de noche. Cualquiera emprende la caminata al hotel a estas horas y con el frío que debe hacer allá afuera. Yo creo que ya de una vez me quedo aquí. Me cubriré con el mapa de la República, y utilizaré el expediente de circulares de comercio exterior en calidad de almohada. Pero antes, voy a hacer pis.

El secretario salió de su oficina con paso incierto y se dirigió al cuarto de baño. Cuando volvió al pasillo, sintió una sed abrasadora.

—¡Santo Señor de Esquipulas, y yo sin una gota de combustible! Y ahorita ya deben estar todos acostados en la residencia, pues las luces están apagadas —murmuró, mirando por una ventana del corredor.

Don Serafín intentó abrir los despachos del agregado naval y

del militar, pero estaban cerrados con llave.

—No me queda más remedio que darle un llegón al despacho de Su Excelencia. Lopitos no bebe en la oficina, pero a lo mejor queda por ahí alguna botellita de las que guardaba el embajador Menchaca con tanto cuidado y cariño...

Con paso zigzagueante, el señor Templado cruzó el pasillo y entró en el despacho de Lopitos. Encendió las luces y buscó en el falso librero, que había servido de cantina secreta al embajador anterior. El nicho estaba vacío.

—¡Me lleva el expreso de Estambul! —gimió el secretario, tirándose de los pocos cabellos que le quedaban—. ¡Ni siquiera un frasquito de loción para después de afeitarse! ¡Malditos sean los embajadores abstemios, aunque reconozco que son raras avis!

Con la desesperación del borracho consuetudinario que no encuentra alcohol, don Serafín se puso a buscar detrás de los libros, bajo la caja fuerte, en el cuarto de baño privado y por último en el escritorio. Con manos temblorosas fue abriendo los cajones uno a uno, revolviendo los papeles, hasta que dio con la bomba de Petrosky.

—¡Gracias, San Serafín del Monte, patrón de los sedientos, amparo de los resecos, y luz y guía de los deshidratados!

El secretario tomó el ánfora y la examinó con curiosidad. Al ver el cronómetro, movió la cuerda de un lado a otro. La manecilla mayor, puesta a las nueve, se acercó peligrosamente a las once — que era la hora en esos momentos— pero después el propio don Serafín la hizo retroceder a las ocho.

—¡Estos fabricantes ya no saben qué hacer para aumentar sus ventas! —dijo muy risueño—. ¡Cómo si hiciera falta tratándose del elixir de los dioses!... Ahora regalan relojes con el aguardiente, hágame usted favor.

El rechoncho secretario le dio un tirón al cronómetro, creyendo que era el tapón de la botella. Después se llevó ésta a la nariz, olió por el orificio e hizo un gesto de asombro. Contempló el aparato que tenía en la mano y volvió a meterlo en el cajón del escritorio.

—Ahí le dejo su relojito, mi embajador —sonrió, mientras lo cubría con los papeles—. Después, con el favor de Dios, le repongo su botella.

Don Serafín apagó las luces y salió del despacho, silbando los primeros compases del danzón Nereidas. Al llegar a su oficina,

cerró la puerta tras de sí, y se empinó la botella. A pesar de estar habituado a toda clase de bebidas explosivas, al pasar el primer trago hizo el bizco y se sacudió violentamente con un tremendo hipo.

—¡Ah, caray! Esto sí que es para adultos. Debe ser aguardiente de megoncio, o de caña injertada con cohete cósmico...

El secretario volvió a examinar la botella, y se atizó otro latigazo. Por la comisura de los labios empezó a salirle un hilito de humo blanco. Se acomodó en su asiento, dejó el ánfora sobre el escritorio y empezó a revisar el expediente de Convenios y Tratados sobre la Pesca del Atún en Aguas Territoriales, interrumpido periódicamente por un hipo que casi lo tiraba de la silla. Al cabo de un rato bebió otro trago.

—No. Esto no es aguardiente de caña... Más bien sabe a crema de plátano. Fuertecito, sin duda, pero está potable...

Cuando cerca de la medianoche Lopitos regresó a la residencia, se extrañó al ver la luz encendida en el despacho del secretario.

—¡Ah, qué don Serafín! —le dijo al chofer—. Otra vez se le olvidó apagar la luz de su oficina. Con razón nos llegan unas cuentas que parecen el presupuesto de la Defensa Nacional. Mañana le doy un tirón de orejas.

El embajador bajó del automóvil, se buscó las llaves y entró en la cancillería. Rápidamente cruzó el pasillo y abrió la puerta del despacho de Templado. El secretario estaba profundamente dormido, de bruces sobre el expediente, y de su boca, nariz y oídos seguían saliendo columnillas de humo blanco. Lopitos trató de despertarlo, pero sólo consiguió arrancarle un cavernoso ronquido. Considerando que era inútil hacer que se levantara, se limitó a quitarle las gafas y a cubrirlo con el mapa de la República que en estas ocasiones le servía de manta.

Lopitos vio el ánfora sobre el escritorio, la olió y por poco se cae de espaldas.

—¡Ah, bárbaro! ¿Qué clase de explosivo habrá estado bebiendo? Esto huele a nitroglicerina ...

El embajador tiró la botella en el cesto de los papeles, apagó la luz y se dirigió a la residencia, componiendo mentalmente el regaño que al día siguiente le daría al borrachín de Templado. Sin embargo, el recuerdo de la velada pasada con Lolita era tan grato, que cuando se metió en la cama ya se había olvidado de don

Serafín y su afición a las aguas fuertes.

## CAPÍTULO VIGÉSIMO

**E**L día de la inauguración de la conferencia amaneció frío, pero soleado. Los vistosos uniformes de gala de los guardias presidenciales y las banderas de un centenar de países destacaban vivamente sobre el manto de nieve que cubría, rutilante, el enorme espacio de la Plaza de la Estrella Roja, en uno de cuyos costados se levantaba la mole del antiguo palacio real. Una larga fila de automóviles avanzaba lentamente y se detenía al pie de la escalinata de mármol que daba acceso a la entrada principal, y de ellos iban descendiendo, de chistera y abrigo de pieles, los representantes diplomáticos de todos los países del orbe.

Cada uno de ellos era recibido por un oficial de gran uniforme y un funcionario del Ministerio de Relaciones Exteriores, que los acompañaban al anfiteatro donde iba a celebrarse la conferencia internacional. Era éste un vasto recinto en forma de media luna, a cuyo fondo, sobre una plataforma elevada, se encontraba el estrado de la presidencia, con siete asientos aún vacíos. Tras del estrado, a lo largo del muro, colgaban las banderas de los países representados, así como la insignia de la Organización Mundial de Naciones.

Conforme iban llegando los delegados se les conducía a sus pupitres, que en hileras concéntricas se extendían en suave declive frente al estrado. Los jefes de misión se instalaban tras sus respectivos pupitres, y como niños de escuela que asisten por primera vez a clase, se quedaban sentados muy tiesos o examinaban con fingido interés la carpeta de documentos y los audífonos con que estaba provista cada mesa. Detrás de ellos se acomodaban sus secretarías y subalternos.

A las once de la mañana en punto, cuando todos los escaños estaban ya ocupados, se escuchó un toque de clarín y después las marciales notas del himno nacional pepeslavo. Todos los concurrentes se pusieron de pie, y volvieron las caras hacia el pasillo central por donde avanzaba el presidente Igor Gorgorovich seguido de su séquito. El viejecito subió con dificultad los escalones del estrado y se situó en el lugar de honor, flanqueado a la derecha por el secretario general de la conferencia y otros dos funcionarios internacionales de la misma, y a la izquierda por el primer ministro Osky Poposky, el Ministro de Relaciones Vasili

Vasiloff y el Director de Organismos Mundiales. Al terminar las notas del himno nacional, los representantes aplaudieron y el presidente Gorgorovich agradeció la ovación agitando las manos con las palmas hacia arriba. Después todos tomaron asiento.

El anciano jefe de estado consultó los papeles que tenía delante, se ajustó el aparato para la sordera y cruzó unas palabras en voz baja con el primer ministro Osky Poposky y el señor Orang U. Tan, secretario general de la conferencia. Acto seguido uno de sus ayudantes le ajustó el micrófono que tenía enfrente y lo auxilió a ponerse de pie. Todos los circunstantes se levantaron asimismo de sus asientos.

El presidente Igor Gorgorovich se alisó la perilla, apoyó ambas manos sobre la mesa y dijo con voz cascada:

—Excelentísimos señores representantes de todos los países de la Tierra... Señor secretario general de la conferencia... Estimables camaradas... En nombre del pueblo y del gobierno de Pepeslavia, os doy la más cordial bienvenida.

El viejecito tosió ligeramente y continuó:

—Ha tocado en suerte a nuestro modesto país, enclavado en el corazón de la antigua Europa, ser anfitrión de esta magna reunión internacional, donde todos los pueblos del mundo se han dado cita para dilucidar los graves problemas de la Humanidad, dentro de un ambiente de paz y de concordia... Nuestro planeta se ha empequeñecido, gracias a los adelantos de la ciencia. Pero por otra parte, la Humanidad crece y sigue creciendo a pasos agigantados, lo cual determina que, querámoslo o no, tenemos que convivir como vecinos.

El presidente hizo una ligera pausa.

—Dos veces, en lo que va del siglo, hemos estado a punto de aniquilarnos mutuamente y de acabar con el acervo cultural que nos legaron incontables generaciones anteriores... Os insto, pues, a deliberar dentro de la mayor serenidad; a estudiar nuestros múltiples problemas con la mayor cordura; a poner toda la fuerza de vuestras mentes y vuestros corazones para encontrar la ansiada fórmula que nos permita vivir en paz y armonía...

Los representantes aplaudieron, y el primer mandatario de Pepeslavia extendió los brazos.

—Si hemos encontrado tantas otras fórmulas... principalmente para destruirnos... ¿por qué no vamos a ser capaces de hallar

aquella que nos permita vivir como hermanos?

A través del anfiteatro se escucharon murmullos discretos. El presidente Igor Gorgorovich inclinó un momento la cabeza sobre el pecho, y volvió a apoyar ambas manos sobre la mesa.

—En nombre de todos los pueblos de la Tierra, declaro inaugurada esta magna conferencia internacional...

Entre el relampaguear de las cámaras fotográficas y bajo los haces de luz de los reflectores de televisión, el anciano estadista recibió una nueva ovación, que agradeció con las manos en alto, y volvió a tomar asiento. Los representantes diplomáticos a su vez se acomodaron en sus escaños. Sólo el Ministro de Relaciones quedó de pie y tomó el micrófono.

—Excelentísimos señores delegados —dijo con voz engolada—: el señor secretario general de la conferencia procederá a leer la orden del día.

Orang U. Tan, sin levantarse de su asiento, consultó unos papeles y se dirigió al auditorio a través de su micrófono:

—Señores representantes: antes de entrar en debate, escucharemos los discursos inaugurales de los diversos delegados. De acuerdo con el orden en que se fueron inscribiendo, tiene la palabra el señor representante de Borlonia.

En actitud beligerante, el delegado de Borlonia cruzó el pasillo a grandes zancadas y subió a la tribuna de oradores blandiendo unos documentos en la mano. La mayor parte de los diplomáticos se colocaron sus audífonos para escuchar la traducción simultánea.

—Camarada Presidente de la República de Pepeslavia —dijo el borlaco en tono de enfado—. Señor secretario general de la conferencia... Señores representantes de todos los países de la Tierra: Lamento que las primeras palabras que se escuchen en esta magna asamblea internacional, sean para denunciar una vez más los turbios manejos de las potencias «verdes». Esta mañana, señores, me he enterado por la prensa que los imperialistas han cortado la luz en Gormondia, pretextando falta de pago, y han reanudado el tiroteo en Chung-Chin-Fao...

Un murmullo general se dejó escuchar en el anfiteatro.

—¿Hasta cuándo —vociferó el delegado de Borlonia— hasta cuándo vamos a seguir tolerando las agresiones de los imperialistas? ¿Hasta cuándo va a tolerar el proletariado mundial que se pisoteen sus derechos más sagrados y se le corte la luz de

golpe y porrazo?

El murmullo de protesta subió de tono entre los representantes de las potencias «verdes». El delegado de Strai-Wan, que le tenía particular inquina a los «colorados», saltó de su escaño y señaló al orador con un índice apocalíptico:

—¡Falso! ¡Lo que dice el representante de Borlonia es falso! La interrupción de la luz en Gormondia se debió a un corto circuito, ocasionado por el sabotaje de los agitadores «colorados»...

Los murmullos se convirtieron en gritos, a tal grado que el secretario general se vio obligado a llamar al orden dando tres martillazos sobre la mesa del estrado.

—¡Orden, señores, orden! ¡Orden y nos amanecemos! Me permito recordar a los señores delegados que aún no está abierto el debate, y que por ahora sólo vamos a escuchar los discursos inaugurales de los diversos oradores por riguroso turno. Mientras tanto, nada de interrupciones.

El representante de Borlonia hizo una mueca horrible, dirigiéndose a Orang U. Tan, que seguía dando martillazos.

—Muy bien. Eso es todo por el momento, señor secretario. Pero me reservo el derecho de ampliar el tema y de demostrar que, cuando yo acuso a los imperialistas de haber cortado la luz, es porque tengo los alambres en la mano...

El orador bajó de la tribuna y se dirigió a su pupitre echando espuma por la boca. Desde su escaño, el embajador Lopitos movió la cabeza de un lado a otro y le dijo en voz baja al consejero De la Pompa y Pompa:

—Y eso que apenas empezamos. Espérese nomás a que vayan agarrando fuerza. Menos mal que vinimos con chalecos blindados.

Mientras tanto, el secretario general le había concedido la palabra al representante de Salchichonia, un individuo alto y rubicundo, de cabeza cuadrada y de aspecto marcial.

—Señores —dijo el nuevo orador desde la tribuna, en cuanto cesó el tumulto—: Soy el representante de un país que en varias ocasiones ha puesto al mundo de cabeza...

Una vez más se escuchó un murmullo amenazante en el anfiteatro. El delegado de Salchichonia lo ignoró, y prosiguió con su voz gutural, de sargento de húsares:

—Mi país ha dado al mundo grandes filósofos, grandes músicos, grandes inventores... y grandes tundas. Hemos impulsado las

ciencias que es una barbaridad, pero también hemos causado, lo reconozco humildemente tremendas destrucciones.

Algunos representantes prorrumpieron en voces y dieron manotazos sobre sus pupitres, en tanto que otros sisearon reclamando silencio. El de Salchichonia, sin inmutarse, continuó su discurso:

—En dos ocasiones, en lo que va del siglo, hemos desencadenado terribles hecatombes... Pero lo hemos pagado en carne viva. Después del último conflicto, nuestro país quedó exhausto, desangrado, en ruinas...

—¡Muy merecido, canallas! —gritaron veinte representantes, que habían probado el látigo y los campos de concentración de los salchichones.

El orador inclinó la cabeza sobre el pecho, meditó unos momentos y puso un dedo en alto.

—Sin embargo —prosiguió—, ¡volvimos a levantarnos! Volvimos a levantarnos porque somos un pueblo de iniciativa y de trabajo. Pero surgimos, de entre los escombros y las cenizas, dolorosamente divididos. Sí, señores. Divididos por una barda...

Los delegados prorrumpieron nuevamente en gritos, unos de protesta y otros de aprobación. El clamor general fue subiendo de tono y el secretario general trató inútilmente de imponer el orden. Mientras se desgañitaba pidiendo silencio, volvió a dar martillazos sobre la mesa y en uno de tantos le machacó un dedo al presidente Igor Gorgorovich, que imprudentemente había extendido la mano tratando de salvar un cenicero. El anciano dio un alarido y se llevó el dedo a la boca. El secretario general se lo sacó y le empezó a hacer molinillo.

—Sana, sana, colita de rana. Le ruego que me perdone, excelencia. Le aseguro a usted que fue sin querer —balbuceó Orang U. Tan, mientras el presidente se mordía los labios y ponía los ojos en blanco.

Cuando por fin se calmaron los ánimos, el representante de Salchichonia continuó su discurso:

—Divididos, señores, por una barda, cual si fuésemos un lote baldío. Sin embargo, yo no he venido aquí para quejarme, sino simplemente para pedirle al mundo entero que se mire en nuestro espejo.

El orador hizo una pausa. En la sala reinaba ahora un silencio

expectante.

—La Humanidad, señores representantes, siendo una sola corre el grave peligro de quedar permanentemente dividida también por una barda ignominiosa, una barda de vergüenza... No por una barda de ladrillos, sino por una barda de intolerancia, de mutuo recelo, de odios y de inquina... ¿Y todo por qué? Porque unos pensamos en «verde» y otros en «colorado» y otros no pensamos en nada. ¡Yo os pido, señores representantes de todos los países de la Tierra, que nos unamos para echar abajo las bardas que nos dividen! Muchas gracias...

Nuevamente se desató un tumulto en la augusta asamblea. Unos representantes aplaudían, otros gritaban y el de la URFF se quitó un zapato para pegar con él sobre su pupitre. Por doquier se escuchaban voces:

—¡Abajo las bardas!

—¡Vivan los colorados!

—¡Arriba los verdes!

—¡Muera el imperialismo!

El delegado español, no queriendo comprometerse con unos ni con otros, se levantó de su asiento y gritó entusiasmado:

—¡Ole tu madre!

El secretario general volvió a reclamar silencio con el martillo, lo cual alarmó considerablemente al presidente Igor Gorgorovich, que se hizo a un lado.

—¡Silencio, señores, silencio! Si seguimos así, no vamos a acabar en cien años. ¡Silencio! ¡Calladitos! Eso es, así, tranquilos, tranquilos, calladitos... Tiene la palabra el señor representante de Dolaronia.

Ante la expectación general, el aludido se levantó de su escaño, cruzó el pasillo con andares de «cowboy» y subió a la tribuna.

—Señor presidente de Pepeslavia, señor secretario general de la Organización Mundial de Naciones —dijo, dirigiéndose al estrado de la presidencia, y luego, de cara al anfiteatro—: Queridos colegas... Me hago partícipe de las palabras del excelentísimo señor presidente de Pepeslavia, en el sentido de que es imprescindible hallar una fórmula que nos permita vivir en paz, no solamente como vecinos, sino como buenos vecinos. También estoy de acuerdo con lo expuesto por el estimable colega de Salchichonia, o sea que debemos derribar el muro que nos divide...

El representante miró de hito en hito a la asamblea.

—Mi país cree tener ya esa fórmula, que en realidad es muy sencilla: es la fórmula del bienestar colectivo, basado en el bienestar individual. Cuando el hombre tiene resueltos los problemas elementales de la vivienda, del vestido y del sustento, cuando el hombre tiene un seguro de vida, cuando tiene dinero en el banco y cédulas hipotecarias, su mentalidad cambia por completo y se vuelve más tolerante, menos agresivo, juega al golf, arregla su jardín y le da palmaditas en la espalda a su vecino.

El delegado de Dolaronia se quitó las gafas, y con ellas en la mano apuntó hacia lo alto.

—Mi gobierno está dispuesto a poner en marcha un gigantesco programa de financiamiento, dando los créditos necesarios para que todos los habitantes de la Tierra tengan cuando menos un automóvil cada uno, dos televisores y cantidad de aparatos eléctricos para la cocina. Refrigeradores, lavadoras automáticas, batidoras, radios de frecuencia modulada y cámaras fotográficas...

Desde las alturas de su escaño, el embajador Lopitos le dijo en voz baja a su colega, el representante de Tequesquite:

—Yo creo que éste, en vez de representar a su país, más bien es agente de la casa Sears, o de la Woolworth...

El embajador de Dolaronia continuó perorando:

—Mi gobierno cree sinceramente que ésta es la fórmula ideal para que el mundo pueda vivir en paz y contento. El hombre que todo lo tiene es un hombre tranquilo. El hombre a quien nada le falta, no tiene por qué atacar a su vecino...

El anfiteatro zumbó con voces de asombro, de protesta y risas ahogadas.

—Sin embargo —añadió el orador—, por aquello de las dudas y para asegurar el pago de estos créditos, hay que mantener el orden con un eficaz cuerpo de policía internacional.

Nuevamente se desató la tormenta. Los representantes «verdes» aplaudieron e hicieron comentarios entre sí, pero los «colorados» y los «de dulce» protestaron a gritos y manotazos, amenazando con hacer añicos sus pupitres. El secretario general volvió a darle al martillo, y el presidente Igor Gorgorovich buscó refugio en los brazos del Primer Ministro Osky Poposky.

—¡Orden, excelencias! —aulló Orang U. Tan—. ¡Silencio, señores! ¡Más compostura! ¡Hombre, qué escándalo! Esto ya

parece una escuela secundaria... ¡Silencio, excelencias!  
¡Sileeencio!

El secretario general se encaramó sobre la mesa y abrió los brazos dramáticamente.

—Señores, si se arma otro zipizape de éstos, me veré obligado a suspender la sesión. O se callan, o presento mi renuncia por trigésima vez y los dejo solos para que se hagan bolas...

Las palabras de Orang U. Tan tuvieron efecto, pues los delegados se fueron calmando poco a poco y se instalaron nuevamente en sus asientos. El secretario general bajó de la mesa, se limpió la frente con un pañuelo y consultó la lista que tenía enfrente.

—Tiene la palabra el señor representante de Las Vacas Sagradas.

El aludido, un hindú escuálido de color cetrino, con gorrito de nevero y túnica hasta las rodillas, avanzó con pasitos cortos y subió a la tribuna como si estuviera trepando por una cuerda mágica. Juntando las palmas de las manos, se las llevó al pecho e hizo reverencias a los cuatro puntos cardinales. El auditorio guardó silencio y se aprestó a escuchar con cierta expectación lo que tenía que decir el representante de un país de cuatrocientos cincuenta millones de habitantes y otras tantas vacas influyentes.

—Señores delegados —dijo el hindú, con un hilito de voz—, yo sólo quiero recordarles que ya va a dar la una, y que a la una y media tenemos almuerzo en la presidencia de la República.

El representante volvió a juntar las manos para llevárselas al pecho y saludar a la asamblea. Mientras bajaba de la tribuna, el presidente Igor Gorgorovich consultó su reloj.

—¡Ah, caray, pues es verdad! —le dijo al secretario general—. Mejor levante usted la sesión y nos vamos a almorzar. Ya es la hora de mi vermut, y si no lo tomo, se me indigesta la comida. Nada más tenga cuidado con el martillo...

Orang U. Tan se puso de pie, dio tres martillazos sobre la mesa y anunció solemnemente:

—Excelentísimos y escandalosos señores, se levanta la sesión para asistir al banquete que amablemente ofrece el excelentísimo señor presidente de Pepeslavia. Continuaremos la asamblea de las cinco a las siete, pues a las siete y media tenemos la recepción que ofrece el Ministerio de Relaciones Exteriores.

Ya de mejor ánimo, los representantes de todos los países de la Tierra recogieron sus documentos y portafolios, y se pusieron de pie para abandonar el recinto. El embajador Lopitos le guiñó un ojo a su colega, el embajador de Zambombia:

—En esto es en lo único que nos ponemos de acuerdo por unanimidad: en ir a comer o a empinar el codo. ¿No es verdad, excelencia?

—Así es, así es, mi querido embajador —rio el diplomático color de chocolate.

—Al paso que vamos —agregó Lopitos— dentro de un mes apenas estaremos escuchando al orador número ochenta y siete.

—Eso no es nada —terció el representante de Tequesquite—. Espere usted a que empiece el debate y luego la redacción de documentos. Hay asuntos que llevan veinte años de estar discutiéndose. Y por una coma o un punto y coma, los delegados todavía no pueden ponerse de acuerdo.

Los tres embajadores se dirigieron hacia el pasillo central, y se detuvieron respetuosamente mientras avanzaban por él Igor Gorgorovich y su comitiva, saludando a derecha e izquierda. De pronto, el Primer Ministro Osky Poposky se puso verde (a pesar de lo recalcitrantemente «colorado» que era), y le clavó las uñas en el brazo al Ministro de Relaciones.

—¿Qué le pasa, camarada? —Preguntó Vasili Vasiloff en voz baja—. Parece que ha visto usted a un fantasma.

El Primer Ministro siguió adelante, controlándose para no hacer un berrinche en público.

—En efecto —gruñó al cabo de un momento—, he visto un fantasma. Al fantasma del embajador de Los Cocos...

—¿Lopitos? —dijo el Ministro de Relaciones volviendo la cabeza—. ¡Pero si ha estado aquí toda la mañana! Lo que sucede es que desde la tribuna no podíamos distinguirlo, porque su escaño queda oculto tras esa columna.

El Primer Ministro no respondió. Su mente ya iba discurriendo la forma de hacer que la columna aplastara al embajador de Los Cocos. Y la manera de empalar a su Director de Desapariciones Políticas y al animal del mayordomo Petrosky.

## CAPÍTULO VIGÉSIMO PRIMERO

**P**ASARON los días y las semanas, y la gran conferencia internacional que iba a resolver los problemas del mundo no terminaba. En diversos puntos del globo estallaron revoluciones y guerras locales, mientras los señores delegados continuaban pronunciando sus discursos de inauguración entre constantes alborotos e interrupciones. Cientos de miles de personas murieron de hambre y de frío, en tanto que los señores delegados, de frac y con condecoraciones, asistían a una ronda constante de cocteles, banquetes y recepciones. En África y en el sudeste de Asia tartamudeaban las ametralladoras; en diversas capitales latinoamericanas hubo incendios y motines; en el Cercano Oriente menudearon los actos de terrorismo y las represalias, y las represalias contra las represalias; en la misma Dolaronia, a pesar de sus automóviles y sus implementos eléctricos para cocina, los negros organizaron sangrientas revueltas en las que se perdieron miles de vidas y millones de dólares. Mientras tanto, un delegado tras otro peroraba y gesticulaba desde la tribuna internacional, entre los aplausos y los insultos de sus colegas. El secretario general Orang U Tan presentó diecisiete veces su renuncia y gastó cinco martillos.

Tropas de la URFF ocuparon militarmente países vecinos y aliados, con pretexto de defenderlos contra el imperialismo «verde». Barcos espías fueron confiscados por minúsculos países «colorados». Franconia y la Gran Pestaña riñeron una vez más en el campo económico. Se extendió la piratería aérea. Hubo hambre en el país de Las Vacas Sagradas, epidemias en los cinco continentes y explosiones nucleares experimentales en las risueñas islas del Pacífico, en los desiertos de Dolaronia, en las estepas siberianas. Mientras tanto, en Troleburgo caía la nieve y sus excelencias hablaban y hablaban.

La víspera de Navidad, la mayor parte de los delegados dormitaba o se entretenía en resolver crucigramas mientras el representante de Arabia Salsita se ponía muy salsa desde la tribuna de oradores y convocaba a la destrucción de sus primos hermanos, los hebreos. Lopitos y el consejero De la Pompa y Pompa —de frac y condecoraciones, pues iban a asistir a la enésima cena diplomática— fumaban con aire de aburrimiento

desde sus escaños. El embajador de Los Cocos leyó uno de tantos documentos con que el secretario general los inundaba todos los días.

—¡Hágame favor, licenciado! —Sonrió Lopitos—. «Documento 1384. Enmienda número 39 a la corrección 75 de la ponencia 47, sobre la modificación del tercer párrafo del inciso C del anteproyecto de resolución sobre derechos de tránsito internacional en el canal de Salsipuedes»... ¡Esto es el colmo!

—¡Qué quiere usted, embajador! —Repuso el consejero—. Así son las conferencias en que intervienen cien puntos de vista diferentes.

—Ya van a dar las siete —comentó Lopitos mirando su reloj.

—A este paso no vamos a llegar a tiempo a la cena de Nochebuena en la embajada de San Fermín. Y no podemos retirarnos porque todavía falta el discurso de usted.

—Yo creo que pronunciaré mi discurso para el seis de enero, día de los Santos Reyes. Ese «baisano» de las barbas no tiene para cuando acabar.

El orador, sin embargo, estaba a punto de terminar su perorata.

—Ya llevamos veinte años y bico en bie de guerra —ululó como si fuera un almuecín en el minarete—, y estamos disbuestos a continuar así veinte siglos y bico si es breciso, antes que hacer la baz con nuestros enemigos... Bero mientras tanto, le advertimos al mundo antero: ni una gota de betróleos, ni un dátíl, ni un camello, al que ose hablar y comerciar con los jodíos...

Súbitamente el delegado de Arabia Salsita se calló. Levantándose la túnica con una mano, se llevó la otra al pecho, a la boca y a la frente, y después hacía atrás en un gesto que en ciertos países de América tropical se interpreta como un recuerdo a la familia. Mascullando cosas en su idioma, el representante bajó de la tribuna y se dirigió a su pupitre, en tanto que le aplaudían anémicamente otros cinco o seis descendientes del Profeta.

El secretario general dejó de cabecear y consultó su lista. A estas reuniones subsecuentes ya no asistía el presidente Igor Gorgorovich, por lo que el Primer Ministro Osky Poposky ocupaba su sitio en el estrado de la presidencia.

—Señores delegados —anunció Orang U. Tan con voz apagada —, hemos llegado al último orador. Después de escucharlo, levantaremos la sesión para iniciar pasado mañana el debate

general y luego proceder a la votación. Tiene la palabra el señor representante de la República de Los Cocos.

Lopitos se levantó de su asiento y se dirigió con paso firme y seguro a la tribuna. Todos los demás delegados interrumpieron sus cabeceos o conversaciones, dejaron sus periódicos y siguieron atentamente con la vista al embajador de Los Cocos. Muchos se colocaron sus audífonos.

—Señor Primer Ministro —empezó Lopitos con voz pausada y serena—. Señor Ministro de Relaciones... Señor Secretario General de la Conferencia... Señores representantes, estimados colegas y amigos: Me ha tocado en suerte ser el último orador, cosa que me da mucho gusto, ya que así los agarro como quien dice, cansados.

En el anfiteatro se escucharon murmullos y risas.

—Sin embargo —continuó el diplomático—, sé que a pesar de la insignificancia de mi país, que no tiene poderío militar, ni político, ni económico, ni mucho menos atómico, todos ustedes esperan con interés mis palabras, ya que de mi voto depende el triunfo de los «verdes»... o de los «colorados».

En la sala reinó un silencio general de expectación.

—Durante toda la conferencia, he estado pensando si estas reuniones tienen como objeto verdaderamente buscar una fórmula para el bienestar de la Humanidad, o si nada más venimos a insultarnos mutuamente y a buscar qué sacamos para provecho y conveniencia de nosotros mismos.

Murmullos del auditorio.

—Tengo la impresión de que más bien es esto último. Complicamos lo sencillo y enredamos todavía más lo complicado, para ver en qué nos beneficiamos individualmente. Los intereses de los demás nos tienen muy sin cuidado.

Los murmullos crecieron de punto, en tanto que los representantes se miraban unos a otros con gesto de sorpresa o de disgusto.

—La opinión mundial está tan profundamente dividida en dos bandos aparentemente irreconciliables, que se ha dado el singular caso de que un solo voto, el voto de un país débil y pequeño, puede inclinar la balanza en favor de unos o de otros, por puras razones políticas, sin tener en cuenta el verdadero beneficio de toda la Humanidad. Estamos, como quien dice, en una gran báscula, completamente nivelada, con los «verdes» en un platillo y los

«colorados» en otro... Y ahora llego yo, que soy de peso pluma, y según donde me coloque, para ese lado se irá la balanza... ¡Háganme favor!

Los diversos delegados observaron a Lopitos, unos sonriendo divertidos y otros con gesto de preocupación, pero todos con creciente interés. El Primer Ministro Osky Poposky tenía los puños crispados.

—¿Y no creen ustedes, estimados colegas —continuó Lopitos con la faz risueña—, que ésa es mucha responsabilidad para un solo ciudadano? Porque, además, no considero justo que la mitad de la Humanidad, sea la que fuere, quede condenada a vivir bajo un sistema político y económico que no es de su agrado sólo porque un frívolo señor embajador haya votado, o lo hayan hecho votar, en un sentido o en otro. No, jóvenes. No es justo.

El embajador de Los Cocos hizo una pausa dramática y luego soltó un cañonazo:

—Por eso yo no votaré por ninguno de los dos bandos.

Los representantes de cien países se revolvieron en sus asientos y murmuraron en cien idiomas. Lolita, que escuchaba las palabras de su jefe con profunda atención, se llevó una mano a la boca para ahogar un grito. El consejero De la Pompa y Pompa elevó la mirada al cielo.

—Y no votaré por ninguno —prosiguió Lopitos—, debido a tres razones: Primera, porque repito que no sería justo que el voto de un solo representante... que a lo mejor padece del hígado... decida los destinos del mundo entero. Segunda, porque estoy convencido de que los procedimientos, conste, los procedimientos de los «colorados», son desastrosos. Y tercera, porque juzgo sinceramente que los procedimientos, insisto los procedimientos de los «verdes», tampoco son de lo más bondadoso que se diga.

Un clamor de protesta unánime se elevó en la asamblea. «Verdes» y «Colorados» por igual vociferaron y amenazaron al orador con el puño. En medio del escándalo, el secretario general inútilmente trataba de imponer silencio a gritos y martillazos. Lopitos alzó los brazos como si estuviera dirigiendo el tránsito. Cuando por fin disminuyó la gritería, dijo con voz tonante:

—Y si no se callan, de plano ya no sigo. A ver si se quedan con la tentación de saber lo que todavía tengo que decirles.

Sus últimas palabras tuvieron el efecto deseado, y nuevamente

volvió a reinar el silencio en aquella olla de grillos.

—Insisto en que hablo de procedimientos, y no de ideas ni de doctrinas. Para mí todas las ideas son muy respetables, aunque sean ideítas o ideotas, y aunque no esté de acuerdo con ellas.

Lopitos señaló con el índice a diversos delegados.

—Lo que piense ese señor, o ese otro, o aquel del bigotito, o ése que ya se durmió y no piensa en nada, no impide que todos seamos buenos amigos. Porque entre las diversas características que nos diferencian de los cuadrúpedos, está la de no tener cola y en cambio la de poseer facultad de raciocinio. Pero, honradamente, aquí entre nos, ¿hacemos uso inteligente de ella? Claro que no me refiero a la cola, sino a la facultad de raciocinio.

El embajador de Los Cocos bebió un sorbo de agua.

—Triste es reconocer que no. Todos creemos que nuestra manera de pensar, nuestra manera de ser, nuestra manera de vivir y hasta nuestro modito de andar, son los mejores... ¡ya chaleco pretendemos imponérselos a los demás!

Y si no los aceptan, decimos que son unos tales por cuales y al ratito andamos a la greña. ¿Ustedes creen que eso está bien?

Lopitos paseó la mirada por el auditorio.

—Fíjense en lo fácil que sería vivir en paz y tranquilos, si tan sólo respetáramos los modos de pensar y de vivir, las creencias y las costumbres de los demás, sin pretender que a fuerza piensen y vivan y se rasquen como nosotros. Hace cien años ya lo dijo una de las figuras más humildes, pero más grandes de nuestro continente: El respeto al derecho ajeno es la paz.

Los delegados de los países «de dulce», a pesar de estar ya comprometidos con uno u otro bando, tributaron al embajador de Los Cocos una ovación cerrada.

—Así me gusta —sonrió Lopitos—. No que me aplaudan, pero que reconozcan la sinceridad de mis palabras.

El orador señaló al delegado de Salchichonia.

—Yo estoy de acuerdo con lo que dijo el señor representante de Salchichonia: con humildad, con humildad de albañiles no agremiados, todos tenemos que luchar para derribar la barda que nos separa. Y entonces podremos decir que nos volamos la barda... La barda de la incomprensión y del odio, la barda de la intolerancia y de la mutua desconfianza. No la barda de las ideas. Eso nunca. El día que todos pensemos y actuemos de la misma manera,

habremos dejado de ser hombres para convertirnos en máquinas, en autómatas.

Lopitos volvió el rostro y miró significativamente al Primer Ministro Osky Poposky.

—Ése es el grave error de los «colorados». El de pretender imponer sus ideas por la fuerza, al igual que su sistema político y económico, intransigentemente, para convertir a la Humanidad en un enorme rebaño de borregos, donde todos balen al son que les toque el camarada en turno.

El Primer Ministro enrojeció hasta las raíces del cabello, y en el auditorio se escucharon voces de protesta por parte de los «colorados».

—Hablan de libertades humanas, pero yo les pregunto: ¿existen esas libertades en sus propios países?

Aplausos de los «verdes» y pataleo de los «colorados».

—Dicen defender los derechos del proletariado, pero sus propios obreros no tienen ni siquiera el derecho elemental de la huelga. Hablan de cultura universal al alcance de las masas, pero encarcelan a sus escritores porque se atreven a decir la verdad. Hablan de la libre determinación de los pueblos, y sin embargo hace más de veinte años que oprimen a una serie de naciones, sin permitirles que se den la forma de gobierno que más les convenga.

Los aplausos y las protestas fueron in crescendo.

—¿Cómo podemos votar por un sistema que habla de dignidad y acto seguido atropella lo más sagrado de la dignidad humana, que es la libertad de conciencia, eliminando —o pretendiendo eliminar— a Dios por decreto?

Lopitos hizo una pausa, mientras en el anfiteatro los delegados guardaron un ominoso silencio.

—No, señores representantes. Yo no puedo estar con los «colorados», o mejor dicho, con su manera de actuar. Respeto su modo de pensar. Allá ellos. Pero no puedo dar mi voto para que su sistema se implante por la fuerza en todos los países de la Tierra. El que quiera ser «colorado», que lo sea... ¡Pero que no pretenda teñir a los demás!

Las últimas palabras de Lopitos desencadenaron nuevamente el alboroto en la sala. Los «verdes» aplaudían a rabiar, en tanto que los «colorados» gritaban y silbaban como si estuvieran en una plaza de toros. El secretario general ya ni siquiera hizo el intento

de callarlos. El Primer Ministro miró significativamente al embajador de la URFF, y éste se puso de pie. De inmediato todos los representantes «colorados» y su personal subalterno guardaron silencio y se levantaron de sus asientos disponiéndose a abandonar el recinto. Lopitos abrió los brazos y dijo con voz tonante:

—¡Un momento, señores! ¡Un momento, que aún no he terminado!

Y luego, con soma, dirigiéndose a los «colorados»:

—Hombre, pero si no aguantan nada... ¿Qué se me han vuelto muy sensitivos? ¿A poco me dicen que están «colorados» de puro coraje? Ya ni la amuelan. Siéntense, jóvenes, siéntense. No hagan berrinche, que hoy es Nochebuena y mañana Navidad.

El embajador de la URFF volvió a sentarse, y automáticamente todos los demás hicieron lo mismo.

—Yo sé que en las reuniones internacionales, cuando escuchan algo que no es de su agrado, ustedes tienen la costumbre de abandonar el recinto, lo cual equivale a taparse los oídos para no escuchar lo que no les gusta o conviene. Pero en esta ocasión les pido que se queden, pues ahora van a escuchar algo que con toda seguridad les gustará, o sea lo que tengo que decirles a los «verdes». Sentaditos, eso es, sentaditos. Gracias, jóvenes.

Lopitos miró alternativamente a los representantes de Dolaronia, Franconia, Salchichonia y la Gran Pestaña, y sonrió maliciosamente.

—Y ahora, estimados colegas «verdes», ustedes qué dijeron: ya va a votar por nosotros, ¿no? Pues no, señores, tampoco voy a votar por ustedes, porque ustedes también tienen mucha culpa de lo que pasa en el mundo. Ustedes también son soberbios, y aunque hablan de paz y de democracia y de elecciones libres y de cosas muy bonitas, también pretenden imponer su voluntad por la fuerza. Por la fuerza del dinero. Y cuando éste falla, pues a como de lugar.

Ahora fueron los «colorados» los que aplaudieron.

—El día de la inauguración de la conferencia —continuó Lopitos—, el señor embajador de Dolaronia dijo que el remedio de todos nuestros problemas estaba en tener más automóviles, más aparatos de televisión y más refrigeradores. Me imagino que siempre y cuando se los compremos a ustedes, ¿verdad?

El representante de Dolaronia hizo un gesto de disgusto.

—No, mi querido colega —prosiguió el de Los Cocos—. No nada

más de «hot dogs» vive el hombre... Yo estoy de acuerdo con usted en que debemos luchar por el bienestar colectivo e individual. Estoy de acuerdo con usted en que debemos combatir la miseria, y resolver los tremendos problemas de la habitación, del vestido y del sustento. Pero en lo que no estoy de acuerdo es en la forma en que ustedes pretenden resolverlos... Ustedes dicen obrar con un gran sentido humanitario, y tal vez así sea. Pero siempre pensando en algo más: en el «business». Poco a poco se han ido convirtiendo en los acreedores de la Humanidad, y por eso la Humanidad los ve con desconfianza.

Lopitos hizo ademán de contar dinero.

—Mientras compremos y compremos y compremos, todo va bien. Y cuando ya no tenemos efectivo con qué cubrir los compromisos que contraemos con ustedes, entonces no tienen ningún inconveniente en concedernos créditos adicionales, aunque para ello tengamos que hipotecar nuestra soberanía y nuestros recursos naturales. Y encima de todo esto, también pretenden convertirse en policías del mundo, dizque para guardar el orden... siendo que muchas veces ustedes son los primeros en meter el desorden.

Los representantes «colorados», y especialmente los «de dulce», aplaudieron a rabiar.

—Ustedes también han sucumbido ante el materialismo. Se han olvidado de los más bellos valores del espíritu, pensando sólo en el negocio. Y nos miden con esa norma: mientras paguemos puntualmente, somos buenos vecinos... ¡Aunque para cumplir con nuestras deudas tengamos que desgarrarnos las entrañas!

Lopitos, desde la tribuna, pareció crecer en estatura.

—Y yo pregunto: ¿para qué queremos automóviles, si andamos descalzos? ¿Para qué queremos refrigeradores, si no tenemos alimentos que guardar en ellos? ¿Para qué queremos tanques y armamentos, si no tenemos suficientes escuelas para nuestros hijos?

El embajador de Los Cocos señaló a derecha e izquierda con el índice extendido.

—Es verdad que está en manos de ustedes, los países poderosos de la Tierra, «verdes» y «colorados», el ayudarnos a los débiles. Pero no con dádivas, ni con empréstitos, ni con alianzas militares. Ayúdenos pagando un precio más justo por nuestras materias

primas... Ayúdennos compartiendo con nosotros sus notables adelantos en la técnica, no para fabricar bombas, sino para acabar con el hambre, las enfermedades y la miseria... Ayúdennos respetando nuestras costumbres, nuestras creencias, nuestra dignidad como seres humanos y nuestra personalidad como naciones, por débiles y pequeños que seamos.

Lopitos bebió un sorbo de agua y continuó, visiblemente conmovido:

—Practiquen la tolerancia y la verdadera fraternidad, que nosotros sabremos corresponderles. Dejen de tratarnos como simples peones en el gran tablero de ajedrez de la política internacional. Reconózcannos como lo que somos: no solamente como clientes o como ratones de laboratorio, sino como seres humanos, que sentimos, que sufrimos, que lloramos.

En el gran auditorio reinó un profundo silencio. Los representantes de los países «de dulce» miraban extasiados a Lopitos, y muchos de los «verdes» y aun de los «colorados» reflexionaban con la cabeza inclinada sobre el pecho. En los últimos escaños, el consejero De la Pompa y Pompa le tomó una mano a Lolita, por cuyo bello rostro corrían las lágrimas.

Lopitos cambió de expresión y miró socarronamente de hito en hito al auditorio.

—Señores representantes —dijo, en tono un poco zumbón—: hay una razón más por la que no voy a votar ni por unos ni por otros... Hace exactamente veinticuatro horas que mandé mi renuncia irrevocable al cargo de embajador de mi país, renuncia que estoy seguro será aceptada por el gobierno de la República de Los Cocos. Consecuentemente, no les he hablado a ustedes como «excelencia», sino como un simple ciudadano, como un hombre libre del mundo, como un individuo cualquiera... pero que sin embargo cree interpretar el máximo anhelo de todos los hombres de todos los países de la Tierra: el anhelo de vivir en paz... el anhelo de ser libres... el anhelo de legar a nuestros hijos, y a los hijos de nuestros hijos, un mundo mejor, en el que reinen la buena voluntad y la concordia...

Una oleada de murmullos de sorpresa obligó a Lopitos a hacer una pausa. Después, continuó con vibrante emoción:

—¡Y qué fácil sería, señores, lograr ese mundo mejor en el que todos los hombres, blancos, negros, amarillos y cobrizos, grandes y

pequeños, ricos y pobres, pudiésemos vivir como hermanos! Si no fuésemos tan ciegos, tan vanos, tan orgullosos, tan obcecados... Si tan sólo rigiésemos nuestras vidas por las sublimes palabras que hace dos mil años pronunció aquel humilde carpintero de Galilea... descalzo, sencillo, sin frac ni condecoraciones... ¡Amaos! ¡Amaos los unos a los otros!

Lopitos inclinó la cabeza sobre el pecho y luego extendió un brazo, abarcando con su movimiento a todo el auditorio:

—Pero ustedes desgraciadamente entendieron mal, y practican lo contrario: ¡Armaos! ¡Armaos los unos contra los otros!

En medio de un profundo silencio, Lopitos bajó lentamente de la tribuna y continuó por el pasillo, ante la mirada atónita de los representantes de todos los países de la Tierra. Al pasar junto al escaño del embajador de Zambombia, éste se levantó de su asiento y prorrumpió en aplausos. Contagiados por el entusiasmo del negro, todos los demás delegados, sin diferencia de matiz político, se pusieron de pie y le tributaron la más formidable ovación que hasta entonces se hubiera escuchado en el anfiteatro.

Lopitos, con la cabeza baja, siguió su camino sin detenerse siquiera al pasar por su propio escaño. Salió del recinto y se dirigió al guardarropa, situado en un extremo del amplio vestíbulo. Le entregó una ficha al ujier, y éste buscó su sombrero de copa, sus guantes y su abrigo, que fue depositando sobre el mostrador. Lopitos se palpó los bolsillos para darle una moneda de propina, y al no encontrar ninguna, se arrancó una condecoración del pecho y ante el asombro del empleado se la puso en la mano. El ujier balbuceó las gracias y le ayudó a ponerse el abrigo. Después lo acompañó hasta la puerta y se cuadró militarmente.

—Buenas noches, excelencia.

—Buenas noches... camarada.

Enfundado en su grueso abrigo de pieles, Lopitos bajó lentamente por la escalinata de mármol, entre dos filas de guardias que presentaron armas. Cruzó la calle y la plaza, hundiéndose en la nieve hasta los tobillos. Acurrucado al pie de un árbol, un mendigo viejo, barbado y andrajoso, extendió la mano y con voz quejumbrosa le pidió caridad. El ex embajador se detuvo, pero al recordar que no traía monedas, se quitó el abrigo y se lo dio al pordiosero. Después, con las manos en los bolsillos, echó a andar

por una larga avenida flanqueada por hileras de árboles con las ramas desnudas, cubiertas de nieve.

Ahí lo alcanzó Lolita, que había salido del palacio en pos suyo. Jadeante, le puso una mano en el brazo. Lopitos se volvió y su rostro se iluminó con una sonrisa. Sin decir palabra, besó larga y tierna y apasionadamente los labios húmedos que le ofrecía la chica. Tomados por la cintura, la pareja del trópico cruzó un prado cubierto de nieve y se perdió en la oscuridad de la avenida.

A lo lejos, con ese aullido agudo y melancólico de los ferrocarriles europeos, el silbato de una locomotora rasgó el silencio de la noche,<sup>[2]</sup> anunciando su partida de la capital de Pepeslavia.

**FIN**



MARIO M. CANTINFLAS (1911-1993) cuyo nombre completo era Fortino Mario Alfonso Moreno Reyes, más conocido como «Cantinflas», nació en Santa María La Redonda, México D.F. el 12 de agosto de 1911 y murió el 20 de abril de 1993. Era el sexto de doce hermanos, hijo de Pedro Moreno Esquivel, (cartero), y, Soledad Guizar Reyes de Moreno.

Además de ser denominado como Cantinflas, fue conocido también como «El Mimo» o «El Cómico de la Gabardina». De origen humilde, tuvo que sufrir la pobreza durante su infancia. Creció en el barrio de Tepito. Para salir adelante supo utilizar su audacia y los trucos callejeros que sabía. A los 16 años de edad Mario se dio de alta en el ejercito ingresando de forma voluntaria en el 27 Batallón de la 3a Compañía, diciendo falsamente que tenía «21 años»; posteriormente quiso ganar dinero y se metió al boxeo donde le apodaban «el Chato», entro a la rama profesional con el propósito de triunfar rotundamente pero lo noquearon en el primer round y por ello dijo adiós al Boxeo. Se matriculó en la Facultad de Medicina de la Universidad de Ciudad de México para complacer a su padre, pero durante los estudios comienza a realizar sus pinitos profesionales como bailarín e imitador. «Cierta día acudió a una cita con un empresario del teatro de variedades de Jalapa

(Veracruz, México) para que lo viera bailar pero por un incidente ocurrido en el local Cantinflas tuvo que salir a escena y calmar los ánimos del público. Los nervios no le permitían hablar con fluidez y su forma entrecortada de charlar hizo reír al público». En 1934 conoció a la actriz de origen ruso Valentina Ivanova, con quien contrajo matrimonio. Su primera película la filmó en 1936: No te Engañes Corazón. Actuó en 47 películas como: Los Tres Mosqueteros, Si Yo Fuera Diputado, El Padrecito, El bolero de Raquel, entre otras. Fue también aficionado práctico del Toreo.

Cantinflas, el maestro de la improvisación y de los discursos incoherentes, no tardó mucho en convertirse en un actor famoso. El personaje de la gabardina deshilachada y de los pantalones de cadera caída, provocaba las risas de los espectadores. Pero escribir era otra de sus pasiones. Se sentaba frente a las duras teclas de su máquina y comenzaba a llenar hojas y hojas. Siempre con la idea de reflejar el humor que lo hacía vibrar y «cantinflar», a pesar de que cuando se le veía sin el personaje su rostro era adusto. En 1969, se publicó Su excelencia, la única novela que él escribió (la sexta edición, de 1970, se puede comprar en Internet por unos 30 euros).

Mario Moreno viajó a Europa y a los Estados Unidos, donde conoció a personas muy importantes del mundo del cine. Participó en muchas películas y actuó con los actores más famosos de Hollywood. Con la película La vuelta al mundo en 80 días, que le valió dos Globos de Oro, Mario conquistó al público americano y alcanzó fama internacional. Cantinflas era comparado con el cómico Charles Chaplin, que era un gran admirador suyo.

# Notas

[1] ...*rasgó el silencio de la noche...* *rasgó el silencio de la noche* (¿en dónde habré oído esto antes?). N. del A. <<

[2] ...*rasgó el silencio de la noche...* *rasgó el silencio de la noche* (¿en dónde habré oído esto antes?). N. del A. <<